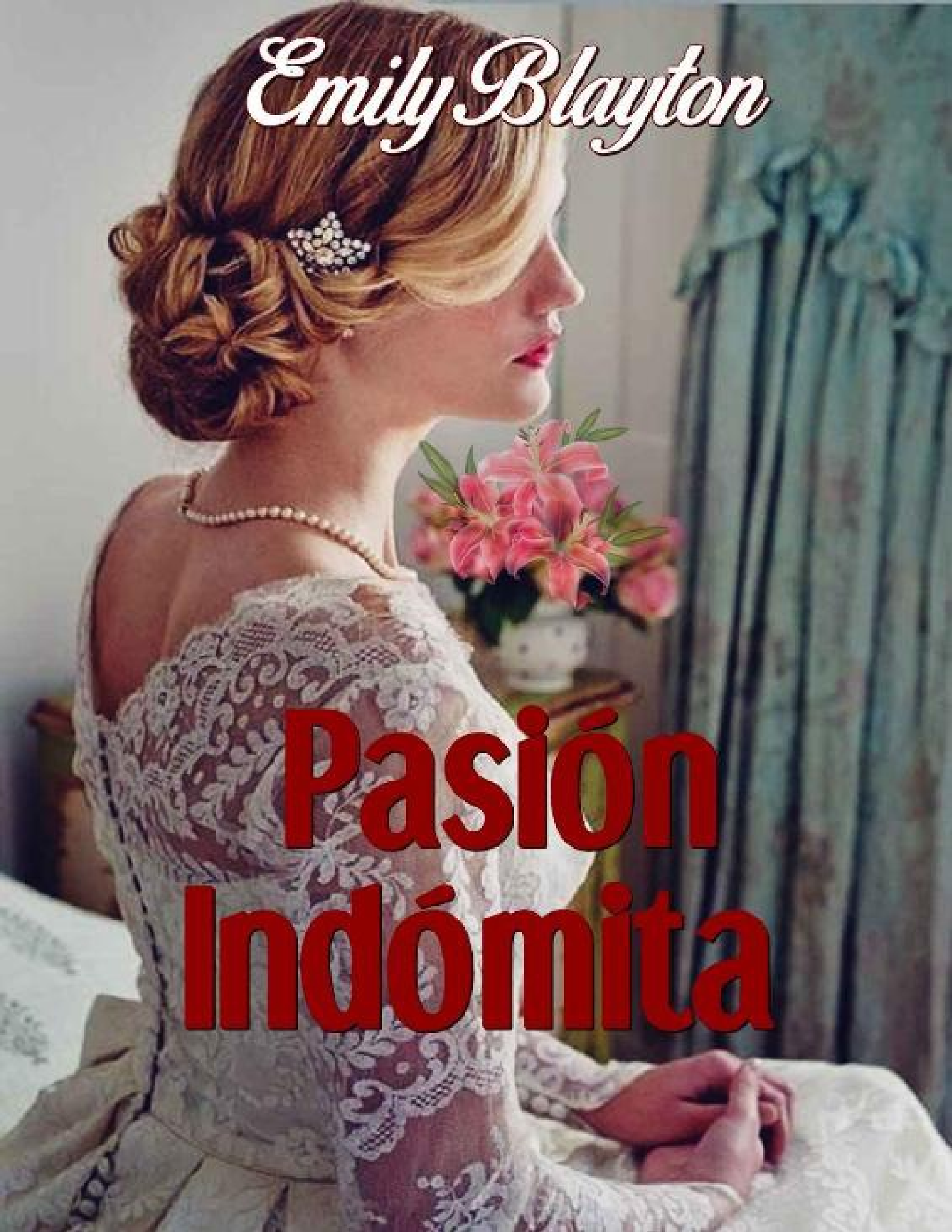


Emily Blayton

**Pasión
Indómita**



Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

© Pasión indómita-Saga Kavanagh 1

Emily Blayton

Novela original e inédita, registrada en safecreative.org.

Octubre de 2018

Registrada en Safecreative.org

Código de registro: **1810088685810**

Fecha de registro : **08-oct-2018 22:05 UTC**

Pasión indómita

Saga Kavanagh (1)

Emily Blayton

Primera parte

La joven en el piano

Cuando Ephraim Kavanagh, conde de Stone Hill, entró en el atestado recinto se hizo un silencio que resultó embarazoso, todos huían del caballero como de la peste mientras intercambiaban miradas de secreto horror y cierto desconcierto, hasta de disgusto. Pues muchos se preguntaron quién había tenido el mal gusto de invitar a ese hombre maligno a una boda. Era como si... se invitara a la desgracia, un mal augurio y lady Beth, que era muy católica y devota, se santiguó en el acto (como si estuviera frente al demonio) y no conforme con eso, rezó en silencio para que esa impía criatura no lanzara un maligno hechizo sobre los recién casados como había hecho en un cuento la madrina envidiosa.

Pero el caballero irlandés, ajeno a las miradas y falsa cortesía de los invitados, no se sintió perseguido porque él sabía bien quién era y todo le resbalaba, había ido a saludar a los novios porque tenía una vieja amistad con Sir Lawrence y lo había invitado y pedido encarecidamente que fuera a su boda y allí estaba.

No era un hombre sociable, nunca lo había sido y su aspecto inspiraba respeto, temor, su vida trágica y las leyendas siniestras de la mansión de

Drake house habían hecho el resto. No le importaba, era un hombre solitario y en su mansión solo invitaba a muy pocas personas y sus familiares no estaban entre su compañía favorita.

Ahora observaba el salón con cierto gesto calculador.

Diablos, necesitaba una esposa, la anterior se había muerto de gripe hacía tiempo y no le agradaba frecuentar burdeles. Una esposa bonita y alegre, tal vez una viuda, que fuera divertida y apasionada para compartir las tristes tardes de invierno.

No, en realidad sólo buscaba una dama bonita y leal, que no huyera de él como hacían esas jovencitas consentidas. Bellas y mimadas que se espantaban de todo. No, su próxima esposa debía ser de una dama fuerte, inteligente, decidida, que no se dejara influenciar por habladurías y que...

Vaya, no era tan sencillo encontrar una dama así en el condado, todas se veían tan jóvenes, no podía entender por qué casaban a las chicas a una edad tan tierna, luego morían en el parto o ante la primera helada de invierno.

Es que en realidad no entendía muchas cosas de esa sociedad hipócrita y maligna, por esa razón vivía replegado en su mansión: su pequeño reino en miniatura dónde podía gobernar y hacer las cosas a su manera y no tener que sociabilizar con criaturas tan hipócritas como los presentes. Estaba allí por mera cortesía, era amigo del conde de Warwick y era de rigor que no faltara a la boda de su heredero con la bella Catherine de Oxford.

El caballero caminó decidido sin detenerse ni saludar a nadie, no los conocía íntimamente pero sí había oído hablar de casi todos ellos, su único deseo era saludar a los novios, conversar con su viejo amigo y luego marcharse, no tenía intención de quedarse en la fiesta más tiempo.

Se disponía a hacerlo, cuando escuchó esa melodía de piano tan triste desde un rincón, era como algo que solo oía su mente. Demonios, conocía esa melodía, la había escuchado antes, pero ¿dónde? Buscó con gesto exasperado al pianista y pensó en preguntarle y descubrió a una joven rubia y pequeña, a la distancia parecía una colegiala de quince años, pero luego se dijo que no podía ser, pues las damitas de esa edad no frecuentaban las fiestas de adultos a menos que fuera la hija consentida de su anfitriona y sabía que no era así. Era una mujer joven, aunque se viera menor por su baja estatura y su complexión menuda, frágil, como una muñeca de porcelana. Sus ojos la estudiaron con avidez y curiosidad, sin saber por qué y notó que llevaba un hermoso vestido color lavanda con un recatado escote cubierto de encajes y el cabello peinado hacia arriba en un moño que no lucía tirante sino grácil. El cabello rubio de la damita tenía unos mechones rebeldes de una tonalidad más clara, muy rubios y caían a ambos costados de su rostro pequeño y redondo, de mejillas llenas, como sus labios... El fino cuello, los colores rosados de su rostro la hacían parecer saludable como una manzana a pesar de ser tan delgada.

Sabía que los caballeros las preferían con más carnes pensando que las damas rollizas eran más saludables y parían hijos sin dificultad, pero él pensó que le habría gustado tener una esposa como esa jovencita, y que era perfecta porque siendo como era le gustaba así. No había nada remilgado ni artificial en su rostro ni en sus ojos... cuando posó sus ojos en él, tal vez al notar que la observaba a distancia con demasiada insistencia, sintió que algo palpitaba en su corazón. Algo nuevo, algo distinto. La dama no sonreía, pero sostuvo su mirada un instante mostrando cierta sorpresa y desconcierto y él tuvo la sensación de que había visto antes esos ojos hermosos, inmensos, tan dulces y de mirar tan triste. Pensó que podría estar horas contemplando esos ojos y perderse en ellos mientras abrazaba y besaba a esa joven y le hacía el amor con mucha ternura.

—Oh, señor Kavanagh—la voz de su anfitriona en esos momentos lo enfureció, porque su presencia, su voz chillona y molesta acababa de romper la magia de ese encuentro.

—Déjeme presentarle a la señorita Sophia Carrington, por favor.

Bueno, a parecer todos miraban a la damisela y esta, inquieta, incómoda, se acercó para ser presentada, sintiendo pesar al abandonar su amado piano.

Sus miradas se encontraron un momento, Sophia murmuró un saludo mientras el caballero irlandés, más atrevido no dejaba de mirarla como

quisiera memorizar cada detalle de su hermosa estampa.

Entonces sintió las miradas de desaprobación a su alrededor y también como una dama de opulento talle se llevaba luego sin ocultar su disgusto a su ángel.

Debía ser su madre, o una tía chaperona encargada de cuidar el tesoro de un indeseable como él. Un irlandés al que pocas personas invitarían a sus fiestas, un hombre al que nadie querría tener de yerno...

Memorizó el nombre de ese ángel de ojos tristes y volvió a verla momentos después sentada en un rincón del salón mientras todos los demás bailaban, la dama de opulenta estampa se encontraba a su lado al tiempo que otra joven sonreía y conversaba con ella.

Días después habló con un leal sirviente y le rogó que averiguara quién era la señorita Carrington y qué podía decirle de su familia.

Su mayordomo era un escocés al que conocía desde hacía años, y sus otros sirvientes eran compatriotas, no se fiaba de los ingleses a pesar de su fama de fidelidad, ni ellos habrían tenido interés en trabajar en su mansión embrujada por supuesto.

—Lo haré señor, en seguida— le respondió su mayordomo.

Mientras recorría la mansión pensó que debía buscarse pronto una esposa, antes de que llegara el invierno. Sonrió para sí al pensar en la joven

del piano, qué extraño, tuvo la sensación de haberla visto antes, de conocerla, pero al ser formalmente presentados ella no dio muestras de conocerle, ni sorprendida, ni tampoco... sus ojos tristes lo miraron un instante, pero como no era apropiado mirar fijamente a ningún caballero la damisela bajó la mirada enseguida, sonrojada, incómoda tal vez por la forma en que él debió mirarla. Es que no pudo evitarlo, era una jovencita hermosa, pero no tenía la belleza que imperaba en ese entonces, no había afectación ni maliciosa coquetería, solo timidez, reserva y una profunda tristeza. Vaya, nunca había conocido a una joven de esa edad que tuviera esa pena en la mirada, no entre las señoritas de sociedad que estaban educadas para conquistar, seducir, porque encontrar un marido era la obsesión entre las jóvenes de edad. Todo giraba en torno a eso.

Se preguntó si esa joven tendría muchos festejantes, si frecuentaría fiestas y veladas musicales para encontrar marido. Parecía tan joven...

Abandonó la mansión y fue a recorrer los alrededores a caballo. Los arrendatarios de ese señorío eran un verdadero incordio, siempre atrasaban los pagos de la renta y tenían motivos de sobra para quejarse. Se preguntó si lo hacían porque él era un irlandés. Manga de llorones esos ingleses, locos y manipuladores, artistas del drama como esos actores callejeros de Londres.

Pues él se sentía poco inclinado a dejarse manipular con sus tonterías. Su padre había sido más débil, lo convencían los arrendatarios, sus amigos

que le pedían dinero, las astutas rameras que frecuentaba también se aprovechaban de su debilidad. Pero él tenía el temple de su madre, afortunadamente.

Se preguntó con ansiedad qué noticias le traería el mayordomo ese día sobre la damita de ojos tristes...

Sophia recibió una inmerecida reprimenda por haber conversado con el caballero irlandés, pero no se inmutó, para nada. Solo se sintió mal por esa nueva injusticia. No conocía al invitado, estaba segura que nunca lo había visto antes de ese momento y fue él quién se acercó tal vez deleitado por la melodía que interpretaba. Le había ocurrido otras veces. Era como un imán para atraer amistades y también pretendientes. Tal vez nadie se habría fijado en ella de no tener un talento especial para la música.

Sentada frente al piano, días después, recordaba la mirada del invitado no deseado (como le llamaban todos) preguntándose si serían verdad las leyendas que se contaban sobre ese hombre. Y para empezar no podía entender por qué todo el mundo le temía y creía que atraía la desgracia como pájaro de mal augurio.

Los Warwick lo habían invitado a la boda de su primogénito y eran gente bondadosa y sensata, su madre se defendió de eso diciendo que en realidad él era amigo del novio, un amigo muy cercano y era su más

vehemente defensor.

Un sonido en la sala hizo que perdiera la concentración.

Tía Amy entró con expresión incómoda, no entendía su pasión por el piano ni por qué perdía tanto tiempo todos los días en su compañía.

—Sophia, ¿acaso lo has olvidado? Ve a arreglarte. Es la velada de la señorita Ernestina.

Sí, lo recordaba, pero no quería ir. Las veladas y las fiestas habían perdido interés para ella como todo lo demás. Solo visitar a su hermano en el viejo señorío la animaba. Su esposa acababa de dar a luz una preciosa niña que llevaba su nombre y le encantaba cuidarla, tenerla en brazos. La compensaba de la tristeza que cargaba su corazón, además ella adoraba Richmond, la antigua mansión familiar. Ese Cottage en el que vivían era tan insignificante en comparación.

Su hermana menor entró entonces dando saltitos, algo le pasaba, sus ojos castaños brillaban y se notaba la impaciencia que sentía por hablar con ella a solas. Alina lo llevaba mucho mejor que ella, la triste realidad de que no podrían casarse porque su dote era escasa, porque toda la fortuna había sido para su hermano mayor, mientras que ambas solo tenían esa casa y una renta anual que solo alcanzaba para vivir y mantener dignamente la propiedad. Pero para nada más.

Su hermano había gastado el dinero de sus dotes, porque era necesario

salvar Richmond de la ruina.

—Alina, ve a arreglarte—su tía parecía un loro de feria, cuando tenía que decir algo lo repetía un montón de veces.

La joven la miró con expresión inocente.

—Yo no voy, qué aburrimiento. Además, nadie se interesa por nosotras tía, en cuanto averiguan que no tenemos dote, nos descartan.

Esas palabras tan sinceras ofendieron a tía Amy que enrojeció como una fresa balbuceando lo decía siempre:

—Oh, pero eso no cuenta, Alina, nuestra familia es muy importante, de noble linaje y en el pasado fuimos...”

Por supuesto, en el pasado eran dueños de la mitad del condado, ahora solo tenían un trozo y ellas estaban condenadas a la soltería y luego que muriera su madre...

Sophia se angustió. Mudarse a Winter Cottage y saber que no podrían casarse ya había sido un duro golpe para ella, pero no poder ir a Viena como le había prometido su tío como regalo de cumpleaños el año pasado fue mucho más doloroso.

Su tío era pianista y había viajado por el mundo, tenía mucho dinero y siendo soltero nada lo ataba a seguir de viaje dando conciertos y la oportunidad de acompañarle a Viena había sido más que un sueño hecho realidad. Allí conocería a los grandes músicos, podría verlos, aprender...

Pero su madre, lady Emily Carrington, se lo había prohibido. Una señorita casadera de buena familia no podía ir a una ciudad como Viena, aunque su tío la acompañara, no era sensato ni era correcto. Como tampoco podría ir a Londres a aprender con otros pianistas. Solo debía conformarse con lucir sus cualidades en alguna reunión social, velada, fiesta o tocar el piano en su casa en solitario, consolarse con la música sabiendo que el señor así lo había decidido porque era su destino y no debía quejarse sino agradecer lo poco que tenían.

—Sophia, vamos, ve a arreglarte, se hace tarde. Y por favor, no quiero volver a oír que no tenéis suerte o algo así. Sabes bien que lo importante son las cualidades, la educación, los valores morales y no el dinero.

Sophia huyó antes de que acabara el discurso y su hermana menor la siguió pues quería arreglar su larga cabellera rubia, le encantaba peinarla, hacerle peinados nuevos.

—Ya verás como todos caen rendidos a tus pies—solía decirle.

Ahora en su habitación, Sophia sonreía al recordar la mirada intensa del caballero irlandés, al parecer él sí la consideraba bonita. La forma en que la había mirado era especial, era distinta... no la perdía de vista y era como sí...

—Sophia, ¿de qué te ríes? —le preguntó su hermana impaciente despertándola de sus ensoñaciones.

—Nada, sólo recordaba.

Ambas estuvieron listas con la ayuda de su doncella Molly, mientras se cambiaban los vestidos conversaban animadamente cuando la llegada de su tía interrumpió la alegre conversación diciendo que estaban demorado demasiado.

Sophia no quería ir, no era tan sociable como su hermana menor y solo disfrutaba si podía tocar el piano, cuando alguien insinuaba su talento musical y luego la aplaudían y admiraban. Pero muchas veces eso no pasaba y entonces solía quedarse en un rincón sin bailar ni hablar con nadie. Sospechaba que esa tarde ocurriría eso.

Y, sin embargo, nada más llegar vio al joven irlandés, la personificación del mal entre los invitados y se preguntó si había sido casualidad o...

Porque sus ojos la miraron con intensidad en más de una ocasión y la tercera vez se acercó para conversar con ella.

—Señorita Carrington, qué placer volver a verla—le dijo.

Ella sintió su mirada oscura y profunda y tembló de pies a cabeza. Qué guapo era y qué distinto a los caballeros ingleses rubicundos y anodinos. Había una elegancia, una fuerza inusitada en todo su ser que le encantaba y turbaba a la vez.

—Gracias, es usted muy amable señor Kavanagh.

No era nada buena flirteando, en realidad era un completo desastre según su hermana y que si de ella dependiera pues moriría solterona. Porque su especialidad no era atraer sino espantarlos a todos.

Sophia suspiró inquieta pensando que no era buena conversadora, ni simpática como sus primas o su hermana menor, pero por fortuna para ella, el caballero irlandés la invitó a buscar un piano en el salón donde poder demostrar su gran talento. Esa idea la entusiasmó de inmediato.

El piano fue su aliado, fue el señuelo. Sus conocimientos musicales deslumbraron a la joven que de pronto olvidó lo que todo el mundo decía de ese caballero y escuchó encantada de su viaje a Viena, a Paris el año pasado...

Cualquier excusa era buena para conversar, para compartir un momento, en realidad Sophia solo hablaba con sus amigas, nunca con un caballero y esa noche muchos observaron la escena, sorprendidos.

Sophia creyó que el caballero intentaba hacer nuevas amistades, no sospechó que tuviera otra intención. Le parecía algo tonto pensar que cada hombre que se le acercara era con fines casamenteros. Lo que ella temía era ser tildada de joven casadera desesperada como le ocurría a otras jovencitas de su edad por mostrarse muy ansiosas de llamar la atención de un hombre que estuviera dispuesto a casarse con ellas.

Alina los vio conversar y sonrió, pensó que hacían bonita pareja excepto porque ese hombre tenía una reputación siniestra. Sí, no había

palabra más apropiada para describir los malignos rumores que circulaban por todo el condado luego de su regreso: inesperado y para muchos “desafortunado”.

Pocos querían acercarse al irlandés, y en realidad casi nadie le dirigía más que un frío saludo y esto debía afectar a cualquiera, pero... no a él. A ese hombre debía importarle eso un comino, si deseaba ir a una fiesta a la que seguramente no sería muy bien recibido iría y punto.

Su hermana le dedicó mucha atención, bueno, toda la atención que podría brindarle por cortesía a un hombre que era casi un desconocido, pero cuando fue el turno de interpretar una melodía en el piano Sophia se olvidó del guapo irlandés y de todo su alrededor. Estaba en su mundo, la música y Alina sabía que nadie, ni ella podría entrar sin ser invitado.

Pero nadie era invitado. Su hermana se encerraba cuando tocaba el piano y por más que tocara frente a todos en las tardes de invierno o frente a un numeroso auditorio, ella los veía sin ver, tan absorta en su mundo, en la música que nada más parecía importarle. ¿Lo notaría su reciente admirador? A juzgar por la forma en que la miraba parecía muy interesado en su hermana. Y solo la había visto una vez en la boda del hijo de los condes de Warwick.

La música siempre le daba consuelo. Música, bálsamo del alma herida como dijo Shakespeare una vez. Porque tal vez cuando ejecutaba una melodía

la tristeza de su semblante se evaporaba y eran uno solo con su piano, sintiendo las notas fluir, sintiendo que estaba en su mundo y nada más le importaba que la paz de sentir la música, de estar en ese lugar privilegiado dónde nada podía agobiarla.

Y cuando terminó la pieza sonrió levemente y se inclinó para recibir los aplausos.

Un desconocido se acercó para alabar su talento y dijo ser concertista de piano y estar muy impresionado por lo bien que interpretaba a Mozart.

—Gracias...

La intromisión del músico pareció disgustar al caballero de Stone Hill, quien permaneció cerca y alerta, esperando con ansiedad la respuesta de la damisela.

—Debería viajar a Londres, allí su talento sería mejor valorado y quizá...

Esas palabras provocaron desconcierto en Sophia.

—Es muy gentil señor Harrison, pero jamás podría dar conciertos, ni viajar por el mundo. Mi madre moriría del disgusto.

—Oh qué dice, señorita Sophia. Podría ir a Viena, allí la música es muy apreciada y podría ser reconocida como una gran concertista.

Para Sophia eso no era más que un sueño imposible. Su madre jamás le permitiría siquiera dar un concierto en Londres mucho menos viajar por el

mudo.

Los ojos de Sophia se llenaron de lágrimas y a pesar de ser educada no pudo responderle, ni continuar esa conversación. Hacía años que soñaba con dar conciertos, viajar por Europa y poder asistir a un concierto con músicos talentosos pero ese sueño largo tiempo se había evaporado. Su tío Anthony quiso enviarla a un conservatorio de música, pero eso escandalizó tanto a sus padres en su momento que le prohibieron hablar del asunto.

Y por supuesto que su poesía tampoco vería la luz, nada lo que deseaba se haría realidad y la herida que eso le había causado aún la atormentaba.

—Señorita Carrington—gritó una voz.

Se detuvo sorprendida porque no conocía esa voz y sin embargo la forma en que la llamó la había asustado y obligado a detenerse casi en el acto, cuando llegaba a los jardines. Necesitaba tomar aire y estar sola, llorar sin que nadie la viera.

Pero allí estaba el caballero irlandés y no tardó en alcanzarla. Qué extraño, parecía furioso.

—Señorita Sophia, ¿acaso ese hombre le dijo algo indebido? Le ruego que me lo diga, se marchó de una manera que me dejó preocupado.

—No... ni siquiera conozco al señor Harrison más que de vista. Es que no me sentía bien en ese salón tan atestado, por eso me alejé—tuvo que inventar.

Demonios, no podía decirle la verdad, pero estaba temblando y al borde de las lágrimas. Quería buscar a su hermana y a su tía y regresar a Winter Cottage cuanto antes.

Él notó que estaba nerviosa y decidió ser prudente y no insistir y, sin embargo, al notar que se alejaba decidió seguir sus pasos a cierta distancia.

Sophia se detuvo en los jardines y de pronto descubrió a su hermana besándose con un caballero de una forma que le provocó horror y vergüenza. No, no podía ser Alina, ella solo tenía diecisiete años y...

Dijo su nombre en un arrebato de desesperación, porque estaba tan abrazada a ese hombre, tan apretada que resultaba inmoral y obsceno.

Su hermana menor la miró espantada y entonces descubrió que era Brandon y no podía ser, ella le había dicho que no le prestaba ninguna atención ¿cómo de repente aparecía con él besándose? Si alguien los veía...

—Sophia...—murmuró aterrada.

Ella no le respondió, estaba lívida de furia y también asustada porque si alguien los había visto... pero decidió hablar con ese joven y ponerle en su sitio. Él la miraba con cara de espanto. Alto, pelirrojo y pecoso, no era nada guapo desde luego pero su hermana moría de amor por Brando Becket de Blackwood.

—Señor Brandon, esto es muy penoso. Mi hermana solo tiene diecisiete años, ¿cómo pudo comportarse de una forma tan poco caballerosa?

—dijo Sophia.

Ahora era de nuevo la hermana mayor y fue muy firme a pesar de los nervios que sentía no permitiría que ese asunto fuera tomado a la ligera, esperaba una explicación.

El joven parecía tan avergonzado como su hermana, pero solo murmuró una disculpa y huyó, bueno, no esperaba que hiciera algo mejor que eso, era un pardillo y no sabía qué había visto Alina en ese joven.

—¿Es que te volviste loca? Si tía Amy o cualquier otra persona te viera así con ese joven... tu reputación quedaría arruinada.

Alina no respondió, porque entonces vio algo que la asustó mucho más que su hermana sermoneándola. Sus ojos castaños vieron al caballero irlandés que estaba allí testigo del momento más penoso de la velada.

—¡Oh diablos! ¡No puede ser! Ese hombre nos ha visto, qué vergüenza, me quiero morir, Sophia—estalló.

Ahora era Sophia quién más temblaba. No solo descubría a su hermana en una situación vergonzosa con el joven Becket, sino que del hecho había habido testigos.

—Mejor será que salgamos de estos jardines ahora, regresa conmigo y no vuelvas... Nunca más se te ocurra besarte con ese tonto. ¿No ves que solo quiere aprovecharse de ti?

Sophia pensó que su atolondrada hermana entraría en razones, que

luego de pasar esa vergüenza de ser descubierta no solo por ella sino por el irlandés, escarmentaría, que el susto sería más que suficiente, pero se sintió enferma al recordar a ese hombre presenciándolo todo, su discusión, las lágrimas de Alina y por supuesto: el beso, apasionado y vergonzoso.

¿Qué pensaría de todo eso, de su hermana y de ella?

Y para que todo fuera aún peor su tía estaba picada porque la había visto conversar con el visitante indeseable.

—Ese irlandés. ¡Cuánto descaro que tiene al frecuentar casas decentes! Ese hombre es muy malo, Sophia y te ruego, o mejor os digo que... Os prohíbo que volváis a hablar con él. Alejaos. Ignoradle.

—Tía Amy no puedo hacer eso, sería muy descortés.

Su tía enrojeció de furia.

—¿Y por qué estáis obligada a hablar con él? ¿Desde cuándo lo conocéis?

—Desde la fiesta de bodas del hijo del conde de Warwick.

—Pues no veo la gracia de haberos presentado a ese caballero, lady Agatha debió estar loca. ¿En qué estaba pensando esa dama? ¿No tenía un ser más siniestro que presentaros?

Sophia se sintió incómoda y pensó que el viaje de regreso sería una pesadilla y miró de reojo a su hermana. Qué injusta era la vida, su hermana hacía diabluras en los jardines con su tonto enamorado, y a ella le echaban un

sermón solo por conversar con el caballero irlandés. Pobre hombre, no entendía por qué lo odiaban tanto. Solo porque vivía en una mansión embrujada y se decía que toda su estirpe estaba maldita porque en el pasado ... vaya historia pintoresca, no la conocía en profundidad pues no prestó atención cuando alguien la mencionó en la fiesta de bodas.

Tía Amy volvió al ataque.

—Solo espero que ese caballero no esté interesado en ti Sophia, he oído que... busca una nueva esposa, una señora que al menos pueda darle hijos antes de... deshacerse de ella cuando le resulte molesta.

—Tía Amy por favor, solo conversamos dos veces, ¿crees que tenga interés en mí? No... solo fue amable.

—¿Amable? Jamás se ha acercado a otra joven, solo a ti y lleva meses buscando una nueva señora para su mansión encantada. Mejor será que os mantengáis apartada y tengáis cautela. Alejaos de ese hombre por favor, huid de él como de la peste, vuestra madre tendría tanto disgusto si se entera que...

Sophia no respondió, su tía estaba loca, exageraba por supuesto, no podía estar hablando en serio. ¿Y qué habría dicho de haberse enterado que su hermana se había estado besando con un segundón del caballero de Ravenston? Pues le habría dado un infarto.

Llegaron Winter Cottage poco después y ambas se metieron en la cama

sin decir palabra. Sophia no quería reñir con Alina, la conversación con su tía la había dejado demasiado alterada, aturdida y nerviosa. No debió ir, algo le decía que esa velada sería un desastre y no se equivocaba.

Siguieron días frescos anunciando lentamente la llegada del otoño. El otoño tenía un encanto especial para Sophia, le gustaban las reuniones a media tarde, frente al fuego, las charlas con historias de otros tiempos, disfrutaban de una rara paz que ella creía nada ni nadie podría perturbar.

Tuvo oportunidad de mantener una conversación privada con su hermana y advertirle que su imprudencia había sido tan temeraria que casi lo arruina todo.

Alina se mostró arrepentida al comienzo y dijo que no volvería a pasar, pero de pronto dijo:

—Hablas como nuestra tía como si... como si alguien se interesara en nosotras al punto de afectarle especialmente que perdiéramos la reputación por unos besos robados.

Sophia se sintió molesta por esas palabras y aguardó a estar un poco más lejos de la casa para decirle:

—Al demonio con eso, sabes que no es decente besarse con un joven en los jardines que ni siquiera es tu prometido, Alina... Todavía no has explicado cómo fue que de repente apareces en una situación tan

comprometida con un caballero que ni siquiera te dirigía la palabra.

Su hermanita se sonrojó.

—No hables así, sabes que nadie pedirá nuestra mano, no importa si llamas la atención nada más entrar en un salón, si tu música conquista el interés de un caballero. Eso no ocurrirá. Nunca podremos casarnos, Sophia.

—Eso no me afecta, pero tampoco justifica la locura de besarse en los jardines con Brandon Becket. Sabes bien que nuestra reputación es un tesoro y que el señor Kavanagh os vio y no puedo ni pensar en ver a ese hombre de nuevo, de mirarle a la cara...

Ahora Alina la observaba con curiosidad.

—¿Entonces os agrada él? Oh, vaya... pensé que el día que un caballero despertara vuestro interés pues sería la última en enterarme porque tú nunca demuestras nada. Eres tan fría Sophia.

—¿De qué estáis hablando? Ese caballero os vio y yo siento vergüenza de verle de nuevo, eso fue todo lo que os dije. No estoy interesada en ese irlandés, apenas le conozco—respondió la joven exasperada. La habilidad de su hermana por tergiversar las cosas era asombrosa. Y seguía sin explicar su absurdo comportamiento.

—Pues no te alteres tanto, vamos, creo que tú le gustas y si me descubrió en los jardines fue por tu culpa, pues sospecho que seguía tus pasos, querida. Oh sí, no dejaba de mirarte y si os mostráis un poco más

amistosa pues... quién sabe. Tal vez no sea como esos remilgados que solo piensan en esposas jóvenes con abultada dote.

Sophia enrojeció, su hermana sí que estaba loca.

—¿Os burláis de mí? ¿Creéis que ese caballero pasará por alto vuestra conducta en los jardines? ¿Y si alguien más os vio ese día?

—Oh tranquilízate por favor, nadie más vio nada. Al menos yo sé lo que es un beso de mi enamorado...

Sophia no supo qué responder a eso, años atrás había estado un poco enamorada del joven William Henley, pero esa fascinación pasó cuando se marchó al extranjero y supo que se había casado con una francesa para disgusto de sus padres que esperaban se casara con una joven de buena familia. Comprendió que esas miradas durante la liturgia o cada vez que se encontraban no habían significado nada para él y que los jóvenes podían mostrar cierto interés, pero ese interés no alcanzaba para ser tomado en serio.

Desde entonces Sophia se había mostrado fría, y completamente indiferente a los flirteos. Además, no había nadie en ese condado que le interesara y como su madre había sentenciado que no tenía salud para el matrimonio... ¿De qué habría servido insistir?

—Lo lamento Sophia, lamento mucho que ese caballero estuviera espionando ese día y no... Creo que si están destinados el uno al otro nada impedirá que estén juntos—dijo entonces Alina creyendo que su hermana

mayor estaba triste por el irlandés.

Los ojos de su hermana mayor echaban chispas.

—No estoy interesada con él, ¿entiendes? Deja de hacerte fantasías románticas y procura no meterte en más líos por favor. Arruinar tu reputación sería lo más triste, no importa lo que creas, porque tal vez en unos años encuentres un caballero que quiera casarse contigo y si descubre que te besabas en los jardines con los muchachos, pues tal vez desista de hacerlo.

Alina se detuvo, ahora ella también estaba furiosa.

—¿Y crees que me casaré con un pobrete o uno de esos doctores como se estila entre las jóvenes sin dote del condado? No, jamás lo haría. Quiero a Brandon Becket de Blackwood y me casaré con él ¿entiendes? Lo haré y nada va a impedírmelo.

Se oía como capricho, un capricho del corazón, sueños de juventud. Pero ¿cómo lograría que se casara con ella?

—Pero es que él es un joven pobre y su familia seguramente le conseguirá una esposa rica como suele pasar entre los segundones de las familias de linaje. Despierta Alina, sus padres jamás aprobarían esa boda y no... no dejes que te engañe, que vuelva a besarte porque te arruinará y luego se casará con otra.

—¡No, no lo hará! Se casará conmigo.

—Oh por favor, ¿es que piensas obligarlo? Deja de pensar en eso, solo

tienes diecisiete años. Ven, regresemos, hace mucho frío hoy.

Sophia no pudo regresar a su piano como esperaba, su madre la llamaba casi a gritos. Necesitaba que le leyera una novela y le hiciera compañía pues había despertado con jaqueca.

A media tarde, cuando finalmente pudo escapar tuvo una inesperada visita.

Tía Amy se puso pálida cuando entró en la habitación y le dijo que el irlandés había ido a visitarla.

—¿El irlandés? —repitió su madre. —¿Y acaso no tiene nombre?

—Ephraim Kavanagh, conde de Stone Hill—le respondió su hermana con gesto de disgusto como si repetir ese nombre fuera algo desagradable y nefasto.

La señora Lisa hizo un gesto de desconcierto, ese nombre no le sonaba de nada, ¿ese caballero era del condado o era un recién llegado?

Tía Amy prefirió omitir los detalles para que su hermana no se preocupara, era muy impresionable y de haber sabido la reputación siniestra de ese sujeto y que pretendía a Sophia, pues le habría dado un síncope. No, mejor ocultarle todo lo incómodo y desagradable como hacía siempre.

Sophia en cambio sonrió mientras se dirigía a reunirse con su nuevo “amigo”.

No lo había invitado, pero al menos podría dejar de leer esa aburrida

novela victoriana que no hacía más que sumergir al lector en reflexiones morales interminables y...

Además, había otra razón. El caballero estaba solo en ese condado, nadie le ofrecía amistad y Sophia pensó que su tía exageraba, no había ningún peligro en ello.

Nada más entrar en la sala sintió su mirada y enrojeció como una tonta. Esa mirada la hacía sentirse rara, incómoda, sus ojos cafés parecían traspasar los suyos y leer en su mente, en su corazón.

—Buenos días, señorita Sophia. Le pido disculpas por esto... en realidad estaba de paso y pensé en traerle unos libros.

Ella se acercó curiosa y le dio las gracias. Eran de poesía y también de unos cuentos, una antología de historias de fantasmas.

—Puede quedárselos... tengo demasiados libros y poco tiempo para leer ahora y...

Era una descortesía no invitar al caballero a quedarse a tomar el té, pero por otra parte tía Amy se desmayaría si lo hacía, si alentaba a ese caballero, aunque solo fuera una simple amistad.

—Aguarde señor Kavanagh, por favor... tal vez desee quedarse a tomar el té—se vio obligada a decirle.

Y como si el sospechara que la invitación era algo forzada declinó el ofrecimiento pidiéndole disculpas por no poder aceptar.

—Pero si lo desea, le ruego que venga a verme el sábado, hay más libros y ... tal vez tenga interés en llevarse alguno. Sé que lee novelas y disfruta mucho la lectura de novelas góticas. Están de moda ¿verdad?

Sophia asintió encantada, el caballero dijo tener una colección única de manuscritos sobre fantasmas y apariciones, leyendas muy antiguas y también la saga de romances del medioevo.

Él sólo estaba invitándola a conocer su biblioteca, se sentiría solo, los lugareños eran tan poco amables con el irlandés, qué malvadas historias se contaban.

Lo vio marcharse con cierta pena. En ese condado eran unas pocas familias importantes y el resto se conformaban con husmear y ver qué hacían los demás, perder el tiempo en los odiosos chismes, rumores, tenían que tener algo de qué hablar a la hora de la cena.

Regresaba a su habitación cuando se encontró con Alina que la miraba con expresión traviesa.

—¿Qué estás mirando tú? ¿Acaso estabas espiándome? —dijo molesta.

—Claro que no. Solo quería ver... El caballero no dejaba de mirarte... creo que tú le gustas—Alina se pavoneaba y alejaba por temor a que su hermana se enojara y le diera una zorra. En ocasiones la sacaba de quicio como ahora, pero su hermana no estaba tan enojada, la visita del caballero irlandés la había hecho sonreír y hasta sus mejillas tenían cierto color.

—Os agrada él ¿verdad? Pero oye ten cuidado porque es muy guapo y muy malo... muy malo con sus esposas, al menos con la única que tuvo... no lo olvides.

—Deja de decir tonterías. ¿Crees que porque vino a traerme unos libros me pedirá matrimonio?

—Pues yo creo que te está estudiando, con cautela, te observa, te vigila y ahora hasta viene a visitarte. Tía Amy está furiosa, casi llora de la rabia.

Sí, lo imaginaba.

Esa noche durante la cena, aprovechando la ausencia de su madre tía Amy le preguntó por qué había invitado al irlandés a su casa.

Sophia la miró con cara de espanto.

—No lo invité... solo vino a traerme unos libros que mencionó la última vez que nos vimos.

Los ojos de su tía se abrieron con horror.

—Os lo ruego pequeña, ignora a ese caballero... él no es como los hombres honorables de este condado, al contrario, es... no es buena idea hacer amistad con ese irlandés.

—Está bien tía... pero no es muy cortés lo que me pides. Nadie se compadece de ese hombre solo en su mansión, sin esposa, sin hijos, sin familia...

—¡Pues nadie es más culpable que él de esa soledad! Ese caballero se

burla de todos nosotros, nos detesta en realidad, vive en su mundo, en su mansión embrujada y se ríe del mundo entero. Sé bien lo que os digo. Además, las historias que se cuentan...

—Historias que no son más que historias en realidad...

Tía Amy abrió y cerró la boca hasta apretarla, no, no le diría nada más. Excepto que...

—Sophia... si se acercó a ti no fue por simple amistad. He oído que ese hombre malvado está buscando esposa.

—Por favor, no lo llares así. Me horrorizas tía, creí que tú...no te dejabas influenciar por habladurías. No lo conoces, no sabes quién es en realidad ni.

—Ni quiero conocerlo y tú si eres sensata te alejarás de él de inmediato. Es una orden ¿entiendes Sophia? Soy tu tía y siempre he cuidado de ti como una madre y nunca os he pedido nada como os pido esto. Alejaos cuanto antes de ese caballero, no le prestéis atención que luego, si os pide matrimonio y le rechazáis sería capaz de mataros. Es el diablo en persona. Sus ojos, esa alma oscura que tiene... solo una jovencita tierna como tú es capaz de dudar, de creer que hay algo bueno en ese irlandés. Y creedme, ninguna joven se casará con él, deberá regresar a su tierra para conseguir una esposa.

Alina miró a su hermana y bajó la mirada, tía Amy realmente estaba

loca. Exageraba. Ni que el pobre irlandés fuera el diablo en persona. ¿Qué había hecho el pobre hombre? Solo porque su esposa murió de forma misteriosa, prematura y...

Pues solo tenían una amistad, no estaba enamorada de él, santo cielo, solo habían conversado... ¿Tres veces? ¿Era tan terrible eso?

¿Por qué todo lo que deseaba en esa vida se le negaba? No podía ir a Londres, ni a Viena ni poder dedicarse a la música, no era apropiado para una señorita de su clase, tampoco pudo conservar su antiguo hogar por ser mujer y porque su hermano prefirió alojar a la familia de su esposa en el señorío: sus dos hermanas y su madre viuda.

¿Y ahora tampoco podía tener amistad con un caballero tan fascinante? ¿Qué mal había en ello? ¿Y si un día decidía casarse con el irlandés o con quién fuera por qué rayos también estaba mal? Pasaba gran parte del día cuidando a su madre enferma. Era una hija ejemplar, todos lo decían, pero también necesitaba salir un poco de la casa y tener alguna distracción que no fuera ir a una velada.

Visitar la mansión encantada del irlandés era una invitación irresistible...

Y al día siguiente mientras daba un paseo por los jardines su hermana le preguntó si iría a ver al irlandés el sábado.

Sophia la miró con desesperación.

—¿Podrías acompañarme? Es que me muero por ir, pero no me atrevería a ir sola. Tal vez no sería correcto.

Alina sonrió con picardía.

—¿Y qué tendré a cambio de acompañarte a la mansión embrujada?

—¿Por qué dices eso? Yo siempre te hago favores.

—Pues creo que acompañarte a ese antro de perdición debería tener alguna recompensa como por ejemplo...

Al ver que su hermana se enojaba Alina se contuvo.

—Está bien... no diré nada. Pero creo que debes saber que te invita porque está interesado en ti, no lo olvides. Y mamá dice que no tienes salud para el matrimonio y tía Amy, aunque piensa diferente siempre hará lo que mamá diga.

—¿Y qué te hace pensar que quiere casarse conmigo? No tengo dote Alina, y además tía Amy lo detesta, jamás aprobaría nuestra boda.

—Pero eres joven y de buena familia, y bonita. ¿Qué más puede pedir un caballero ermitaño como ese? Vamos, sé un poco más amable, no tan fría, tu frialdad siempre espanta a los pretendientes.

—Deja de decir tonterías. ¿Me acompañarás o no?

—Por supuesto... pero deberemos inventar algo para que ti Amy nos deje salir solas...y en realidad no sé cómo te las arreglarás para mentir cada vez que quieras verlo...

El sábado fueron a la mansión de Drake house a la hora acordada y su anfitrión las esperaba con una leve sonrisa. Sus ojos se detuvieron en Sophia luego de darles la bienvenida a su mansión.

Alina miraba todo sin ocultar su espanto. Era un lugar oscuro, solitario y se imaginó que quién vivía en ese lugar no debía ser muy alegre. ¿Serían ciertas las leyendas que se contaban de esa familia? El nacimiento de ese hombre ya había sido un escándalo, porque su madre se había fugado con un irlandés que conoció en Londres y su familia la había repudiado rompiendo todo contacto...

Pero una tragedia ocurrió en la mansión: el heredero al señorío que al parecer bebía demasiado se cayó del caballo y murió, y la herencia iba a perderse, porque la hermana de la alocada que había huido a Irlanda para casarse con su enamorado, también había muerto.

El anciano lord Edmund fue a Irlanda a conocer a su nieto y a convencerlo de que viviera en la mansión. Como sus padres habían muerto y estaba solo en el mundo, el caballero decidió aceptar la invitación.

Así fue que el caballero irlandés se estableció en la mansión, o eso había escuchado.

Luego estaba el asunto de la muerte misteriosa de su esposa. Un suicidio porque al parecer él era un marido cruel e insoportable y tenía una

amante escondida en la mansión. No la amaba, lo habían obligado casi a esa boda, ella era una joven heredera muy hermosa del condado y el matrimonio había sido concertado por su abuelo antes de morir de un ataque al corazón luego de discutir con su nieto que tenía el genio vivo y violento de los irlandeses.

Si su hermana conociera el resto de la historia y sus rumores pues se lo pensaría dos veces antes de alentar a ese monstruo.

Bueno, ella no lo alentaba, no habría sabido hacerlo era muy tímida, pero aceptar su invitación y conversar con él era alentar una amistad que luego...

Ese irlandés no dejaba de mirarla, estaba loco por su hermana y podía entenderlo, Sophia era un ángel, demasiado buena para alguien tan oscuro.

—Señorita Alina, se ha quedado atrás—dijo él.

Ella sintió un escalofrío al sentir la mirada de ese hombre como si... como si pudiera leer sus pensamientos. Fue un instante aterrador, sintió que el corazón se le aceleraba y la garganta se le puso seca de golpe, pero no pudo ser verdad, debió imaginarlo...

—Disculpé por favor, es que tiene una casa fascinante señor Kavanagh y me distraje—respondió mientras llegaban a la biblioteca, un santuario lleno de libros y con olor rancio que la hizo estornudar varias veces. Rayos, era alérgica al polvo y de pronto comenzó a toser...

Sophia la miró alarmada.

—¿Qué tienes, Alina? ¿Te sientes bien?

—No es nada, es que la alergia... estos lugares siempre me hacen toser...

Tuvieron que sacarla de la biblioteca y llevarla a que respirara aire puro y bebiera un vaso de agua. Alina se sintió aliviada a pesar de que el cielo se había nublado y hacía frío, vaya, no era un día propicio para visitar mansiones encantadas. En realidad, ese lugar le provocaba una sensación fea como si esa historia de las muertes y la maldición fuera cierta.

Sophia se acercó preocupada.

—¿Te sientes mejor?

—Sí... es que esa sala estaba muy fría.

Horriblemente fría y se preguntó si su hermana se convertiría en la señora de esa mansión. No... la pobre era muy tímida y ese caballero comprendería que la boda tal vez no fuera una buena idea. ¿Por qué preocuparse?

Si un sano consejo le había dado tía Amy a su madre es: “no dejes que los problemas se te adelanten, aguarda a que lleguen y luego ya verás.”

Aunque su madre nunca había resuelto ningún problema, su tía debió siempre cuidar de ellas, porque luego de enviudar su madre se había

deprimido tanto que pasó días enteros sin salir de la cama, encerrada en su cuarto llorando. Aún ahora vivía postrada en la cama porque siempre estaba cansada o le dolía la cabeza.

Pobre Sophia, ¿qué vida tendría cuidando de su madre enferma? ¿Pero sería mejor una boda con ese caballero?

Cuando regresaban al salón, poco después, vio que Sophia sonreía y conversaba con el irlandés como si fueran viejos amigos, olvidando por completo los consejos de tía Amy, al parecer sus ruegos fueron desoídos por completo. El caballero irlandés ejercía no sé qué fascinación, qué poder sobre su invitada y parecía sentirse complacido de ello, sus ojos no dejaban de mirarla ignorando por completo a la otra joven que le pareció una joven asustadiza y atolondrada.

Alina no era ni uno ni lo otro, permanecía alerta a cada señal, a cada susurro siniestro que adornaba la penumbra de esa sala que de pronto observó tenía lámparas y un hogar que ardía como el infierno en su necio afán de dar algo de calidez a la sala maligna y helada.

La única luz era Sophia que conversaba con el caballero y le miraba a hurtadillas disimulando un coqueteo que Alina jamás le había visto.

—Me mudé a ese pueblo hace poco tiempo, señor Kavanagh—
puntualizó entonces—Vivía con mi familia en un señorío llamado Richmond,
pero mi hermano se casó y debimos dejar la mansión.

—Y eso debió apenarla, imagino.

Sophia asintió con un gesto nervioso y de pronto notó que su hermana estaba pálida.

—¿Alina, te sientes bien?

El caballero miró a la jovencita de castaña cabellera pensando que era un verdadero incordio. Pero luego pensó que debía saber algo de la mansión, como el resto de los habitantes de ese pueblo. ¿Conocería las historias siniestras de esa mansión la señorita Sophia?

—¿Por eso se la ve triste a veces? —le preguntó en voz baja.

Sophia se quedó mirándole sin responder. No habría sabido qué decirle. Ahora no se sentía tan triste como antes, como a veces.

—Discúlpeme por favor, no quise ser indiscreto.

Sophia sonrió y Alina pensó que había algo entre ambos, un secreto que solo ellos compartían y sabía de qué se trataba.

—Señor Kavanagh, ha sido muy amable, pero debo regresar a casa.

La mirada de su anfitrión cambió, sus ojos se oscurecieron y tuvieron una expresión maligna. No quería que se fuera, que se fuera la única luz que de repente había llegado a su vida.

—Por supuesto... por favor. Permita que la escolte de regreso a su casa —le rogó.

Pero Alina pensó que nunca olvidaría esa mirada loca y maligna y

pensó que debía advertirle a su hermana, debía hacerlo, antes de que fuera demasiado tarde...

Durante el viaje Sophia sintió la mirada del irlandés, esa mirada profunda, intensa y algo extraña y se preguntó si él... pensaba que era bonita o solo estaba siendo amigable. No debía hacerse ilusiones, pero.

Alina en cambio estaba tensa y tuvo miedo todo el tiempo, temió que el carruaje virara bruscamente y regresara a la mansión siniestra o que su anfitrión se convirtiera en un demonio y las matara a ambas. La sensación de terror y peligro era tan latente, tan presente que debió esforzarse mucho por conservar la calma y no ponerse a gritar como una loca. Había oscurecido y se imaginaba que su tía estaría más que histérica porque todavía no habían regresado “del paseo al pueblo” ... Ese hombre las había retenido más tiempo del que debían, por Sophia por supuesto, estaba bobo por su hermana y eso no era algo bueno, lo temía.

Demonios, Sophia podría encontrar un mejor pretendiente para casarse... de no haber sido pobre y tan tímida, tal vez...

Llegar en el carruaje del irlandés no fue algo sencillo, su tía estaba que trinaba a pesar de que lo disimuló bien, Alina fue quién improvisó una historia de que al ir al pueblo se encontraron con el señor Kavanagh y este fue muy gentil al llevarlas de regreso.

Sophia se sintió tan avergonzada que casi huyó al interior de la

mansión, mientras el irlandés no la perdía de vista.

—Señora Shelton, le ruego le permita a su sobrina venir el próximo miércoles a Drake house, es el cumpleaños de mi querida tía Anne y se sentirá muy complacida con su visita.

Tía Amy miró al caballero con expresión desencajada.

—Lo lamento mucho... pero me temo que no podrá ser. Ese día recibiremos visitas y no será posible que mi sobrina vaya a la fiesta.

No le dio mayores explicaciones, solo deseaba darle a entender que no alentaría nunca esa amistad.

Sophia se detuvo y miró con tristeza al caballero que la observaba parado en su carruaje. Su tía había sido tan descortés, solo porque se contaban historias extrañas de la mansión y su familia, no era justo...

Ahora le aguardaba una reprimenda, lo sabía, pues no quería escucharla.

—Sophia, ven aquí, por favor. ¡Sophia!

Corrió desesperada sabiendo que su tía no podría alcanzarla.

—Sophia, abre... —era su hermana menor.

—¿Estáis sola? — le preguntó Sophia con cautela.

—Sí, tía ya se fue, dijo que iría a ver cómo estaba mamá.

—¿Cómo está nuestra madre?

—Abre la puerta y te cuento. ¿Por qué diablos te has encerrado? ¿Qué

te pasa?

Sophia abrió la puerta con cautela y al ver que no había nadie la dejó entrar.

Pero no hablaron de su madre esta vez sino de la mansión de Drake house.

—Es un sitio sombrío, un verdadero espanto —opinó Alina.

—No es verdad... solo piensas eso por las historias que has leído— respondió Sophia.

Alina la miró con suspicacia.

—Os agrada el irlandés ¿verdad?

Ella no lo negó y enrojeció incómoda.

—Bueno, a tía Amy le dará un infarto y además... Sophia, ten cuidado. No... no es prudente alentar a ese caballero de forma alguna. Esta amistad que tenéis...

Su hermana mayor la interrumpió.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que no puedes dejar de pensar que...? Es un amigo, nada más.

—¿Amigos? ¿Y qué amigos tiene ese caballero? Nadie visita su mansión, vive aislado en ese lugar. Y sabes la razón. Tía Amy lo contó hace años, ¿es que lo has olvidado?

—Pues yo no creo que sea verdad, la gente inventa historias cuando

está aburrida. Y sé que lo odian porque es irlandés.

—Y yo tampoco creí esa historia, pero luego de estar en su mansión... me dio miedo. Es un lugar muy extraño. Solo te pido que seas prudente y no... no continúes con esta amistad porque él no quiere ser tu amigo. Te mira con otros ojos, lo he visto. La forma en que os miraba hoy y además estuvo a tu lado siempre...

—Estáis inventando—la interrumpió su hermana mayor, molesta.

—No, eso sí que no. Yo no miento ni invento, a menos que tía Amy me obligue. Tú le agradas y no se trata de una simple amistad, espero que seas prudente y no... aléjate de ese hombre Sophia. Debes hacerlo. Esa casa era... es un lugar siniestro, lleno de secretos, hay algo maligno en esa casa, en ese hombre y no... te juro que no estoy siendo precipitada ni injusta, ni me dejo llevar por las habladurías del condado.

Pero ella no quería oír nada de esas visiones. Todo era producto de la imaginación exaltada de su hermana menor que siempre había inventado historias, visto fantasmas, voces misteriosas... ¿qué habría visto en la mansión del irlandés? ¿Acaso el fantasma de la esposa de Ephraim Kavanagh?

Ella no quería saber nada de esas visiones ahora y su hermana lo supo por el gesto desafiante de su barbilla.

—Sophia, despierta, sabes que terminarás enamorada de ese hombre y

luego sufrirás, porque mamá no permitirá que te cases con él. No te dejará hacerlo. Ahora estás a tiempo, aléjate de ese caballero, por favor, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde dices? ¿Demasiado tarde para qué?

Sophia se alejó molesta y luego de liberar su largo cabello trenzado comenzó a desnudarse y se metió en la cama. Estaba cansada y ya no oía o tal vez fingía no escucharla. A lo mejor suspiraba pensando en su enamorado preguntándose si realmente había estado mirándola toda la tarde como había dicho Alina...

—Te pedí que no insistieras en esa amistad. Por favor Sophia, no me des este disgusto, siempre has sido una niña tan obediente, tan dulce...

Tía Amy no perdió ocasión de rogarle que dejara de ver a ese hombre, que se mantuviera apartada.

“Si se os acerca no os acerquéis, no le digáis una palabra...”

Y su sobrina dijo que no podía hacer eso porque era muy descortés.

“Oh, te desconozco, ¿qué te ha hecho ese caballero? Parece ejercer sobre ti un poder maligno, esto es... incomprensible.”

Sophia se sintió acorralada ante la siguiente acusación: ¿será que te has enamorado de ese hombre?

—OH, claro que no tía, ¿qué dices? Es sólo una amistad, por favor,

deja de insistir con eso. —replicó acalorada.

Luego agregó:

—Además ¿quién puede enamorarse de un extraño? Ni que fuera tan infantil o tan tonta para hacer algo como eso.

Pero enamorarse era un acto involuntario, ocurría de repente y ella sentía pena y rabia por no poder continuar esa amistad. Quería volver a ver al irlandés, no porque estuviera enamorada sino porque deseaba hacerlo. Nunca podía hacer nada. Le habían arrebatado su hogar, sus sueños de ser pianista, y su dote que la condenaría a la soledad porque sabía que nunca podría casarse. ¿Tampoco podría tener amistades?

¿Y si algún día se enamoraba y deseaba casarse? ¿Tampoco podría hacerlo solo porque su madre la había condenado a la soltería diciendo a todos que era débil y enfermiza?

Entonces, en un arranque de rebeldía y osadía le contestó a tía Amy que ya no era una niña. Que era una joven sensata y nunca daría disgustos a su familia.

Pero que si quería tener amistad con el caballero irlandés...

—Pues soy tu tía y te he criado como mi hija y te prohíbo que vuelvas a ver a ese hombre. Es un hombre malo, dicen que su esposa murió de los disgustos que le dio y esa amistad no será beneficiosa para ti, al contrario: os perjudicará querida. Nada bueno tendréis de ello y si vuestra madre se

entera... Por Dios no me deis ese disgusto, no lo hagáis... Corta esta amistad ahora antes de que sea demasiado tarde. No eres más que una joven inocente, Sophia, que será víctima de un seductor porque tú... Es que tú nunca piensas mal de nadie. Eres tan buena... Y el diablo siempre busca eso, busca quebrar a los buenos y llevarlos por el camino de la perdición.

La joven conocía las andanzas del demonio para tentar a las jóvenes y hacer que pecaran y luego así poder apoderarse de sus almas. Pero no creyó ni un instante que el caballero irlandés fuera el diablo o tuviera algo que ver con él. No era más que un hombre triste y solitario al que todos señalaban por haber perdido a su esposa meses después de la precipitada boda. ¿Qué había de maligno en él o en conservar esa amistad?

Pero comprendía que una vez más la apartaban de lo que deseaba.

Así que juró solemnemente que no volvería a ver al caballero irlandés mientras sabía que haría lo contrario. Lo hizo sólo para que la dejaran en paz.

Mientras se encerraba en su habitación cuando podía hacerlo para leer esos libros tan maravillosos y pensar en él.

Día tras día, su recuerdo se hizo más fuerte que el ser real de carne y hueso, y el deseo de verle, de ir ese día se convirtió en obsesión. Tenía que verle, tenía que estar cerca de él ...

Pero le fue imposible salir el sábado pues su madre sufría una de esos dolores de cabeza que la dejaban postradas por días y debió quedarse en su

habitación cuidándola.

Se sintió mal y deprimida y pensó que el irlandés pensaría que no quería volver a verlo, debía avisarle, que supiera que...

Luego de atormentarse el día entero decidió escribirle una carta y convencer a su hermana esa noche para que la llevara al día siguiente.

—Oh, no haré eso... no, ni lo sueñes.

—Alina por favor.

—Quieres que oficie de alcahueta para que puedas intercambiar cartas con tu enamorado irlandés?

—No... solo para que no piense que...

Alina sonrió con picardía.

—¿Para que él no piense que lo has abandonado? Vamos... si está interesado en ti regresará y si no lo hace, pues temo que eso sería lo mejor que podría pasaros.

—Lina por favor, no hagas esto.

Ella lo pensó un instante.

—Está bien... pero si hago lo que me pides recuerda que me deberás un favor. Que no se te olvide eso.

—Por supuesto... yo tampoco conté nada a tía Amy sobre tú y el señor Becket. ¿Y tú... sigues viéndote con él?

Alina se sonrojó. Sus salidas eran misteriosas y furtivas, pero sí, seguía

viéndose a escondidas con Brandon.

—Sophia... soy sensata, sé que nunca podré casarme con Brandon, pero tú sospecho que quieres casarte con tu irlandés sabiendo que jamás te dejarán. No alimentes un amor que te hará daño en el futuro, no lo hagas.

Su hermana mayor no le respondió, pero parecía enfurruñada como siempre que quería hacer algo y no podía.

Pensó que nada de eso era buena idea, pero acababa de dar su palabra y además... necesitaría ayuda para verse de nuevo con Brandon. Moriría si no lo veía pronto, llevaba días, horas interminables sin saber nada de él...

Suspiró preguntándose en qué terminaría toda esa historia. Ciertamente que no eran los pretendientes que su tía hubiera soñado para ellas, no, no lo eran... Uno era heredero de un señorío empobrecido, casi arruinado y el otro el hombre menos querido del condado y el amo de una mansión encantada.

¿Y acaso podrían tener una boda concertada, ventajosa como sus viejas amigas?

Pues tendrían suerte si encontraban un hombre joven y medianamente guapo para casarse. Nada de herederos codiciados ni hombres de opulenta fortuna, esos caballeros siempre se casaban con jóvenes hermosas y de abultada dote, lo sabía bien, pero eso nunca lo reconocería ni tía Amy ni nadie.

Observó el cuadro de la dama que pendía en su habitación, esa joven

anodina que decían tenía ese don de ver cosas. Había muerto tan joven y no había sido feliz porque su prometido se había ahogado en un viaje a la costa francesa y luego...

Apartó esos pensamientos, no quería pensar cosas tristes ni atraer más desgracias a su vida. Si tan solo pudiera saber por qué se había asustado tanto en la mansión del irlandés...

Regresar a la siniestra mansión de Drake house fue una dura prueba para Alina.

Pero debía entregar la carta, maldita sea, había dado su palabra y tuvo la sensación de que volverían a pedirle que llevara otras cartas de amor al demonio que moraba en esa mansión encantada.

Un criado pálido y con ojos muy saltones abrió la puerta y la interrogó con expresión perpleja.

Sólo tenía que entregar la carta y largarse, no quería entrar en ese antro fantasmal nuevamente, pero su señoría pensó que debía hablar con ella, las reglas del decoro lo obligaban a ser cortés, pero... al diablo con la cortesía, no quería hablar con ese caballero, ni que la interrogara sobre la carta... debió leerla y quedársela y luego, tomarse un tiempo para responder, en vez de enviar a su criado poco después.

—Por favor acompañeme señorita, el señor Kavanagh la recibirá en la

sala de música—dijo este.

Alina lo siguió resignada mirando los oscuros tapices y el decorado sombrío de la sala roja que atravesó con prisa y sin mirar atrás como si temiera que la siguiera un fantasma.

En esa casa se respiraba un ambiente extraño, sombrío, había algo que le helaba la sangre y estaba allí, en alguna parte, podía sentirlo... Miró de un lado a otra espantada sin poder evitarlo.

Y cuando entró en la atestada sala de música repleta de muebles, y un inmenso piano, vio al caballero irlandés en un rincón como si fuera un fantasma y ahogó un gemido. Porque la miraba desde un rincón. Los ojos del diablo... una mirada llena de maldad y sabiduría.

—Señorita Alina, qué sorpresa tan grata me ha dado al traerme esta carta—dijo.

Tenía la carta sobre la mesa y sonreía como si su vista le causara mucho placer. Su visita no... la carta que le escribiera Sophia, por supuesto.

—Señor Kavanagh, disculpe que llegara sin avisar, pero mi hermana estaba muy apenada por no haber podido acompañarle al cumpleaños de su tía.

Esas palabras hicieron que sonriera aún más.

—Por favor siéntese. Debo hablar con usted. Espero que no tenga prisa...

Sí que la tenía, pero prefirió no decir nada y obedeció, resignada. ¿Qué quería preguntarle ese caballero? Debía imaginar que su hermana estaba loca por él, no hacía falta saber más que eso.

Por cierto, ¿dónde estaba la tía que cumplía años? ¿Dónde estaban sus familiares, personas que vivieran en la mansión y que no fueran sus sirvientes? El día que había ido con su hermana no había visto a nadie.

—¿Cómo está su madre? —preguntó entonces por cortesía mirándola con fijeza.

—No muy bien, es que sufre dolores de cabeza y ahora además creo que ha pillado un resfriado.

—Oh, lo lamento, de veras... ¿Y su hermana debe cuidar de su madre siempre?

Alina asintió con cautela. ¿Acaso ese caballero le haría más preguntas privadas? ¿Sería tan osado?

—Pobre ángel, vive encerrada cuidando a su madre enferma... ¿acaso no tiene su madre una dama de compañía? —preguntó él.

No, no la tenía. Apenas podían mantener a los criados y pagar las cuentas que nunca dejaban de llegar. Rayos, qué caro era mantener una casa, aunque solo fuera un Cottage como Winter Cottage.

—Disculpe, no quise ser indiscreto... aguarde... Quiero que ...le entregue esta carta a su hermana, la escribiré ahora. Porque sospecho que no

sería bien recibido en su casa. Su tía lo dio a entender el otro día.

No se atrevió a mentirle, algo en ese caballero la intimidaba. No, no le gustaba ni pizca esa mirada oscura, ni la forma en que había mirado a Sophia.

—Lamento que mi tía no fuera muy cortés, señor Kavanagh, es que ella cree... que su amistad no sería beneficiosa para Sophia—bueno, debía decir algo, se sintió obligada a hacerlo.

Él la miró con fijeza un instante y continuó escribiendo. Notó que su trazo era irregular pero muy veloz. En un momento había tomado la pluma, una hoja y escrito una carta para Sophia. Vaya, qué feliz se pondría ella con esa carta.

De pronto levantó la mirada y le preguntó:

—Su hermana no tiene muchos amigos ¿no es así?

Ella negó con un gesto.

—Es muy solitaria y tiene una mirada tan dulce, tan triste... ¿Por qué está tan triste su hermana, señorita? ¿Puede decírmelo?

Esa era una pregunta inesperada y muy indiscreta, no podía esperar que la respondiera ¿o esperaba que lo hiciera?

—Mi hermana siempre ha tenido esos ojos, esa mirada señor Kavanagh, desde niña. Hay quienes no lo conocen y no saben eso y creen que es melancólica pero no es verdad... siempre ha tenido la mirada triste.

—¿Entonces no está triste por una razón en especial?

Alina se sonrojó, no le parecía correcto hablar de su hermana con ese hombre, ni contarle sus penas ni nada.

—No lo creo. Sophia es feliz, siempre y cuando pueda tocar el piano por supuesto. Ahora le pido que... debo regresar porque mi tía se enojaría mucho si sabe que vine a verle.

—Su tía me odia, como los demás. Creen que soy una especie de demonio, ¿no es así? ¿Acaso su hermana está comprometida con otro caballero y por eso no desean que me acerca a ella?

Al parecer no había oído sus palabras, o no quiso hacerlo, tenía prisa y debía irse, no podía seguir respondiendo a sus preguntas.

—No... mi hermana nunca ha estado prometida a nadie. Su único amor es el piano, la música, ella ama estar a solas con su piano, es lo único que le da paz y bienestar en esta vida señor Kavanagh, como ya habrá notado tal vez...

Esas palabras encendieron algo en ese hombre, sus ojos oscuros se convirtieron en dos llamaradas como si le hubiera dicho que su hermana había tenido un amante o algo así y por un instante se quedó mirándola como si no supiera qué decir.

Pensó que era el momento ideal para insistir en que debía irse, no le gustaba nada ese hombre y mucho menos esa mansión. Empezaba a tiritar porque esa habitación estaba tan helada que...

—Señor Kavanagh, ha sido usted muy gentil, pero debo irme.

—Oh, sí, por supuesto, mi criado la acompañará hasta la puerta y por favor, entregue esta carta a su hermana.

Alina escondió la carta en su carterita y huyó antes de que ese hombre le hiciera más preguntas sobre Sophia o ella se sintiera tentada a hablar más de la cuenta. Estaba nerviosa y no olvidaba que él la había visto besarse con Brandon aquella noche. ¿Qué pensaría de ella? No quería averiguarlo. Su obsesión era llegar a su hermana y temía que él también quisiera usarla de Celestina... No, no quería unirlos, ese hombre no era bueno, no era conveniente para su hermana, era algo que intuía y no sabía bien por qué. Pero le parecía un hombre muy malo, nada conveniente para Sophia.

Al regresar supo que su hermana estaba acostada porque se había sentido mal a media mañana y no había querido levantarse.

—Alina, ¿dónde te habías metido? —chilló tía Amy desde las escaleras.

No pudo interrogarla, su madre también sufría jaquecas ese día.

—Ve a cuidar a Sophia, la pobrecita nunca pide nada, pero no la vi nada bien, está muy pálida. Dios santo, espero que no se haya pillado un resfriado también.

Alina obedeció y entró corriendo en la habitación de su hermana, tenía la carta de su enamorado irlandés, imaginó que esa esquila cambiaría todo

ese día.

Sophia la miró con aire conspirador. Se veía pálida, cansada, pero nada más enterarse que el irlandés había preguntado por ella y le había escrito esa carta en respuesta a la suya, dio un brinco y sus mejillas se llenaron de color.

—OH, ¿de veras? Dámela, por favor...

Alina la observó con curiosidad. Se moría de ganas de leerla, pero no se atrevió, era algo privado y su hermana confiaba en ella.

Sophia tomó la carta y suspiró. Su letra era algo extraña, pero logró entenderla y volvió a leerla de nuevo.

—¡Oh, dime qué dice, por favor! —chilló Alina con desesperación.

Los ojos claros de su hermana brillaron con entusiasmo.

—Es que... me invita a que le escriba siempre que desee y también que... puedo ir a su casa a buscar más libros... Sólo eso. no dice nada más.

—Oh vaya... ¿entonces os escribiréis cartas de amor? Pues procura mantenerlas muy escondidas, porque si tía Amy las descubre te matará y a mí también por ayudarte.

Sophia la miró ceñuda y fingió hacerse la desentendida, pero sin embargo guardó cuidadosamente la carta en su cajita de madera y luego la cerró con llave. Faltó que luego se tragara la llave para que la escena fuera más dramática.

Alina suspiró “alea jacta est” se dijo entonces repitiendo la sabia frase

que solía decir su institutriz hace años. Lo hecho, hecho está...

Las cartas desde Drake house, hogar del irlandés, llegaban una vez a la semana, un criado de la confianza del amo de la mansión las llevaba hasta su habitación y luego iba al día siguiente a una casita abandonada que había a varias millas del Cottage. Alina era la encargada de dejarla porque su hermana no sabía montar, en realidad le daban terror los caballos y en la mañana siempre debía cuidar de su madre.

Pero sabía que esas cartas le daban consuelo y esperanza.

Rayos, si algo salía mal sería su culpa porque ella los había ayudado, ella había sido su Celestina... a pesar de que nunca quiso serlo.

Por momentos la atacaba la angustia, no porque creyera como su tía Amy; que Sophia podría tener un mejor pretendiente que ese caballero irlandés, sino porque estaba segura de que su hermana se estaba enamorando y luego, se sentiría muy desdichada cuando su familia entera se opusiera a su boda.

Su hermano Anthony seguía teniendo el mando, como ocurrió luego de morir su padre y tía Amy lo mantenía muy al tanto de todo lo que pasaba en el Cottage. No solo de que su madre estuviera padeciendo un resfriado.

Pensó que debía romper esa carta o negarse a llevarla, pero luego recordó la tristeza de Sophia y tembló. Siempre había sido así, de pequeña su

odioso hermano Anthony se burlaba de ambas, pero sobre todo de Sophia porque tenía cara triste y nadie hizo nada para defenderla.

Lo más insólito era que luego de casarse con esa tonta presumida llamada Ivette Rouston, cambió un poco, ya no era tan insoportable con ellas. Al contrario, se volvió amable y puso a su hija el nombre de su hermana... Tal vez fue un castigo por burlarse de ella por su estatura y porque era muda, porque su hija Sophia era una réplica de su tía: de baja estatura y muda. Con los mismos ojos y...

Sonrió al pensar que su sobrinita era lo único tierno en esa mansión. Desde que Ivette se había mudado con su numerosa familia a la mansión todo había cambiado, se respiraba un aire incómodo, hostil y por eso habían dejado de visitar su antiguo hogar.

Pero Sophia solía ir y siempre la convencía de que la acompañara, se moría por ver a su sobrinita que no hablaba, pero siempre daba muestras de alegría al verlas.

Alina contempló el paisaje y suspiró como hacía siempre al recordar el pasado. Su hermano lo tenía todo ahora; la herencia, y el dinero de sus dotes inmolado para salvar la magnífica propiedad.

Dejó la carta en la casa abandonada sintiendo que hacía un mal y un bien, y que en realidad lo hacía por su hermana. Tal vez ese caballero no fuera tan malvado como todos decían, además: ¿qué clase de villano podría

hacer daño a Sophia?

Debía calmarse y...

Regresaba a su caballo cuando escuchó relinchos a la distancia y se detuvo un instante aterrada. ¡Alguien la había visto y avanzaba por el sendero!

Oh, vaya, eso era demasiado, ahora debería defenderse de un curioso.

Miró hacia abajo con desesperación y encontró una piedra de mediano tamaño. Serviría, pero lo mejor sería subirse al caballo y correr, antes de que descubrieran que era ella.

Subía al caballo sujetando su falda para no enredarse cuando escuchó que decían su nombre. ¡Diablos!

Pero no era un curioso ni un rufián sino el irlandés que al parecer había ido personalmente a buscar la carta como si supiera que estaría allí a esa hora. ¿Acaso había estado espiándola?

Bueno, era un alivio saber que no era un desconocido.

—irlandés, me asustó... creí que...

Él sonrió levemente.

—Señorita Alina, disculpe por favor, no fue mi intención. Aguarde... necesito pedirle algo.

Observaba sus movimientos con gesto nervioso.

—Tengo prisa, si me descubren... esto es muy peligroso para mí. —

respondió la joven.

Y para su hermana también pero no lo dijo. Miró al caballero con desconfianza. No le gustaba ese hombre, había algo en él que la espantaba, algo instintivo que le advertía que corriera.

—¿Cómo está su hermana? Supe que estuvo resfriada.

—Sophia... está bien señor Kavanagh.

—Me alegro entonces, pero... ¿cree que podrá venir mañana a esta hora a este lugar para dejar su carta? Quisiera verla. Solo un momento. Le prometo que no la demoraré más.

Parecía desesperado y su hermana también lo estaba, en poco tiempo se habían enamorado o tal vez ocurrió en el mismo instante en que se conocieron...

—Hablaré con Sophia, señor Kavanagh, pero no sé si pueda porque... en la mañana debe cuidar de mi madre y... Escuche mi tía nos vigila, no permite que nos alejemos demasiado de la mansión y si descubre que he estado trayendo estas cartas...

—¿Y por qué mantienen cautiva a Sophia? No es justo. Es una joven tan adorable, tan buena... ¿por qué debe quedarse encerrada en la mansión como si fuera una prisionera? —quiso saber él, indignado.

Alina tragó saliva y le dijo la verdad.

—Mi familia se arruinó señor Ephraim, todo quedó para mi hermano

Anthony: la mansión, las tierras y para nosotras esta casa que debemos compartir y vivir de una renta que solo alcanza para pagar cuentas y endeudarnos... mi padre hizo malos negocios en América, pensó que se haría rico si invertía en una mina de oro pero... lo estafaron, porque el caballero que le habló de ese negocio le mintió, solo tomó su dinero y se fue a América y nunca más volvimos a saber de él—hizo una pausa y lloró—Somos muy pobres y no podemos aspirar al matrimonio, solo agradecer que tenemos casa y no debemos trabajar todavía pero sé que un día, cuando mi madre ya no esté... Lamento tener que hablar de esto con usted pero ...

—No se angustie por esto, todo tiene solución, imagino que su hermano velará por ustedes en el futuro, debería hacerlo. No comprendo por qué...

—Se equivoca, mi hermano tiene una nueva familia ahora y no piense que se hará cargo de sus hermanas solteras. A menos que quiera que cuidemos de sus hijos, pero esa perspectiva me deprime terriblemente, no lo imagina cuánto. Lo que quiero decir que mi madre no quiere que mi hermana se case, ella está destinada a cuidarla, a quedarse en Winter Cottage el resto de su vida. Sé que no es justo, que eso debería pasarme a mí por ser la menor, pero... Ella asegura que Sophia no tiene salud para el matrimonio.

El irlandés guardó silencio, pero notó que estaba furioso, que no dejaba pensar en todo ese asunto con rabia.

—Señorita Alina, le agradezco su sinceridad y le ruego que convenza a su hermana, que la ayude a venir mañana a esta hora.

—Lo haré, pero... si lo ayudo a conquistar a mi hermana espero que sus intenciones sean honorables, irlandés.

Él sostuvo su mirada un momento.

—Por supuesto, cuente con ello señorita Alina. Pero le ruego que lo que hablamos este día quede aquí y le prometo que tendrá en mí un amigo leal si me ayuda en lo que le he pedido.

—Usted no podría ayudarnos...

—Sí lo haré... sé que tiene un enamorado que vive en Blackwood, y que es muy pobre para poder pedir su mano. Usted lo ama, la he visto reunirse con él en secreto...

Ella palideció al oír esas palabras, le sonó a chantaje, a amenaza. ¿Cómo rayos sabía que se veía a escondidas con Brandon? Demonios, no tenía derecho a espiarla, era su secreto, era su vida...

—¿Cómo se atreve a decirme eso? ¿Acaso ha estado siguiéndome? — le dijo sintiendo que las mejillas se enrojecían.

Él se mostró imperturbable, muy seguro de sí y de dónde quería llegar. Si ella esperaba despertar en su conciencia algo llamado culpa pues al parecer no lo conseguiría.

—No se ofenda por favor, no era mi intención juzgarla ni tampoco

mortificarla al decirle que conozco su secreto señorita Alina. Pero si desea casarse con ese joven su tía no la dejará, deberá fugarse, ¿no es así? ¿Y qué futuro le espera con él? Es un joven pobre, condenado a buscarse una rica heredera y ... Yo cambiaré su suerte, solo le ruego que sea leal porque sospecho que harán lo imposible por separarme de Sophia y yo... Yo amo a su hermana señorita, la amo desde el primer momento en que la vi y quiero casarme con ella si me acepta.

Alina pasó del enojo a la sorpresa en un momento, no podía creer que hablara con tal franqueza dejando de lado su orgullo, que debía ser mucho...

—Mi hermana es muy tímida, irlandés. Debe darle tiempo y ser paciente. Si desea casarse con ella deberá enfrentarse a mi familia y a sus miedos. Sophia siempre ha vivido encerrada, absorta en su piano, escribiendo poesía, no sabe nada de estas cosas. Ella huía de los pretendientes, les daba la espalda y si le hablaban no les respondía. Excepto con usted... por eso creo que debe corresponder a su interés, pero si le soy sincera, no me habla de ello. Es muy reservada.

—Sí, ya lo he notado... solo le pido lealtad y que me ayude a conquistar su corazón. Háblele de mí, dígame que estoy sinceramente interesado en pedir su mano. Sé que ha sido nuestra Celestina y se lo agradezco infinitamente...

El irlandés estaba equivocado. Fue la alcahueta a la fuerza, casi se vio

obligada a llevar las cartas, a ir a su mansión pues en su corazón seguía teniendo reservas. Ese hombre no le agradaba ni creía que fuera buena idea que su hermana se casara con él. ¿Querría Sophia casarse con ese caballero? Le parecía algo precipitado. Sospechaba que necesitaba una esposa y había elegido a su hermana porque la consideraba bonita y manejable, ¿pero ¿cómo se las vería la pobre en esa horrible mansión embrujada llamada Drake House?

—Debo irme ahora, le ruego me disculpe...—se vio obligada a decirle.

Y se alejó para subirse al caballo de un salto no demasiado elegante. Montar a horcajadas era considerado algo de mal gusto, las damas no montaban demasiado los caballos por esa razón.

Sí el irlandés pensó que era una señorita muy poco convencional no lo dijo, sus únicas palabras fueron “tenga cuidado con ese caballo, y por favor, hable con su hermana y si algo inesperado ocurre en su casa, avíseme”.

Rayos, la estaba obligando a ser su cómplice, su celestina alcahueta ¿y qué le daría a cambio? Pues la ayudaría en su boda con Brandon. Lo haría. Tuvo la sensación de que la desesperación o una pizca de locura eran los responsables de la extraña conversación de esa tarde. Él le daría lo que pidiera, solo debía convencer a su hermana de que se casara con ese enamorado irlandés...

Como si eso fuera necesario... la pobre estaba boba con ese hombre.

Pero ¿estaría preparada para el matrimonio?

Se sonrojó al imaginar a su hermana abrazada al irlandés...

Su madre sentía horror a la intimidad y jamás les había hablado de esas cosas, las damas no lo hacían y su tía tampoco...

Pero ella sabía algo más que Sophia, había visto cosas en el campo que su hermana jamás se habría atrevido a mirar. ¿Sabría lo que pasaba entre los esposos la noche de bodas? ¿Qué haría cuando el irlandés intentara acercarse a ella, hacerle el amor? ¿Saldría corriendo asustada, gritando como una loca o...?

Sophia no tenía su picardía ni tampoco su temperamento fogoso, era apocada, tímida y... estaba segura de que ese hombre no sería bueno con ella. No debía ayudarlo...

Lo había prometido. Había dado su palabra.

Alina sintió rabia, ese irlandés era malo y había algo más, algo que le impedía saber lo que escondía. Él quería hacerle creer que sus intenciones eran nobles, que no era lo que decían en ese pueblo, que su esposa no murió por su culpa...

“Un pájaro de mal augurio, eso es lo que es, alejaos de ese hombre ahora, hacedlo por favor” había dicho tía Amy con desesperación.

¿Y si era cierto?

Al llegar al Winter cottage saltó del caballo y mientras se dirigía a la

casa descubrió que tenían visitas. Su hermano y un caballero acababan de descender del carruaje bien vestidos y elegantes... Anthony esbozó una forzada sonrisa al verla.

—Buenos días Alina... vaya, ¿qué ocurrió con tu sombrero? —le preguntó.

Su aspecto era lamentable y el caballero que lo acompañaba también lo notó.

Anthony los presentó sino ocultar su disgusto y luego preguntó por Sophia.

Odioso hermano mayor. Era malo y la vida le sonreía, siempre le había sonreído. Lo tenía todo: una esposa hermosa y rica, la mansión ancestral y diez meses después de su boda nació la pequeña Sophia, una niña hermosa, adorable...

Entró en el Cottage y corrió a cambiarse, su falda estaba embarrada y su cabello era un desastre.

Nada más entrar en su habitación vio a Sophia cepillándose el cabello con expresión pensativa frente al espejo. Su llegada inesperada la animó de inmediato.

—Alina, al fin, has venido... ¿pudiste dejar la carta? —preguntó con ansiedad.

—Sí... él estaba esperándome. Y me pidió que fueras mañana a la

cabaña. Me lo pidió encarecidamente. Al parecer quiere verte...

Sophia se sonrojó y tomó la carta que le entregaba su hermana. Una nueva carta de amor.

—Gracias Alina, qué buena eres—dijo y leyó la carta con avidez.

Un golpe en la puerta interrumpió su entusiasmo. Tía Amy entró sonriendo de oreja a oreja como siempre que su sobrino predilecto las visitaba.

—Arreglaos por favor, vuestro hermano vino acompañado de un caballero muy distinguido.

Sophia palideció y miró a Alina con desesperación. Su hermano la odiaba, siempre la había odiado por ser según él “la preferida” de su madre. Qué hacía en el Cottage, ¿qué tramaba?

—No os tardéis por favor... Alina, arreglad vuestro cabello.

Sophia bajó pegada a su hermana.

El caballero saludó ambas muy galante pero solo detuvo sus ojos en una de ellas, en la más baja y de cabello rubio. Se veía tan joven, tan dulce...

La recordaba bien, pero ya no era una niña, acababa de cumplir dieciocho años y... sus ojos azules observaron su grácil figura y suspiró. Vaya, se había convertido en una hermosa jovencita.

—Sir Lawrence Gladstone ha regresado de su largo viaje y os trajo obsequios para todas—anunció Anthony a quién le gustaba demasiado hablar

por los demás.

Sir Lawrence les entregó regalos a todas; un perfume francés para Sophia (era el regalo más costoso) jabones perfumados para Alina y tía Amy y un abanico indio para su madre...

—Es usted muy amable sir Lawrence, por favor, me siento abrumada —dijo tía Amy.

Sophia y su hermana agradecieron sus regalos mientras el recién llegado les hablaba de su viaje por América. No había ido muy lejos esta vez, luego de que casi lo habían matado en la India por ser inglés, decidió no aventurarse por esas latitudes y aventurarse por el nuevo continente.

—¿Y los indios? ¿No tuvo usted miedo, sir Lawrence?

Los ojos azules del caballero parpadearon inquietos.

—Al comienzo sí, pero en realidad recorrí la costa este, y en Boston y Nueva York las cosas son muy similares a aquí, solo el sur es visiblemente diferente y... la guerra de secesión ha devastado al sur...

Sophia y Alina escucharon con interés las historias sobre el nuevo mundo que les contó el señor Gladstone. Era un alivio que no hubiera indios, otros viajeros habían contado historias terribles sobre esos salvajes. Muchos iban en busca de fortuna y bienestar, la fiebre del oro aún continuaba y Alina recordó las palabras de Brandon sobre América. Sabía que le habría gustado ir, pero sus padres intentaban persuadirle de lo contrario por los peligros de

ese grupo de peligrosos indios que solía matar a todos los hombres blancos de la forma más cruel.

Sophia sintió la mirada de Sir Lawrence y se sonrojó. No había dejado de mirarla desde su llegada. Ciertamente que era una sorpresa tenerle de regreso, era un viajero incansable, un explorador como lo había sido su padre también. Era un caballero agradable, pero... a pesar de las bromas de su hermana nunca había pasado nada entre ambos. Ahora sin embargo parecía muy atento con ella.

Algo que por supuesto no pasó desapercibido para Alina...

—Vaya, al parecer tienes un nuevo admirador... qué afortunada. Tía Amy cree que pedirá tu mano en una semana—le susurró esta mientras se dirigían al comedor a almorzar.

—Calla Alina, no lo digas ni en broma.

No, no tenía en mente casarse con ese caballero ni él se lo había pedido por supuesto. En el pasado había visitado la antigua mansión familiar porque era el mejor amigo de su hermano y tía Amy siempre pensó que se casaría con ella cuando llegara el momento como solía ocurrir en el condado. Algunas jovencitas siempre terminaban casándose con el mejor amigo de su hermano. Pues ella no pensaba hacerlo.

La conversación era acaparada por su hermano Anthony, Sophia habría deseado ver a su sobrina, era una pena que no la hubiera llevado, la echaba de

menos...

“Sé amable con él por favor, puede ser tu única oportunidad” le susurró luego tía Amy.

¿Amable? Se preguntó intrigada.

Sophia sospechó que algo tramaba su hermano, él solía ir a ver a su madre sí, pero sus obligaciones como nuevo señor de Richmond house lo mantenían ocupado.

Sus pensamientos estaban lejos y fue una tortura quedarse sentada el resto de la tarde escuchando la conversación animada del recién llegado sobre su viaje, ser amable, asentir... se moría por regresar a su habitación para leer la carta del irlandés. Es que no había nadie como él en todo el condado y sir Lawrence era agradable sí pero no tenía misterio ni era tan guapo como el irlandés. Tal vez en el pasado llegó a mirarle de otra forma, pero ahora, cualquier hombre se veía insípido, sin vida, sin nada que pudiera atrapar su mirada. Pero era un buen hombre, lo sabía, pues sus cualidades eran más numerosas que la de su hermano, por ejemplo, él vivía con sus hermanas y cuidaba de ellas cuando no estaba de viaje, y había dicho una vez que ese siempre sería su hogar, aunque en el futuro él se casara y tuviera hijos. Algo que Anthony no había hecho por supuesto...

Bueno, había sido mejor así, a pesar de todo... no habría soportado las bromas y burlas de su hermano el resto de sus días. De cierta forma vivir en

otra casa era un alivio...

—¡Sophia! Estás distraída—dijo tía Amy.

Sí lo estaba y su tía había decidido que todos se enteraran. O a lo mejor quería que prestara más atención a sir Lawrence.

Sus miradas se encontraron y la joven se ruborizó al notar que el joven sir la miraba con intensidad.

—Por favor, toca una melodía de piano para nuestro invitado—dijo tía Amy.

A ella no le agradaba tocar para extraños, pero siempre le pedían que ejecutara alguna pieza pues porque lo hacía tan bien y habría sido descortés negarse.

Bueno, no costaba nada ser amable, era lo que siempre decía tía Amy.

Sir Lawrence no dejaba de mirarla y se preguntó por qué no se fijaba en su hermana menor, era más bonita y vivaz, ella en cambio era callada, aburrida y ...

Suspiró deseando que el día pasara rápido solo para ver a Ephraim, su amor irlandés. Y de pronto pensó que si un día decidía casarse querría hacerlo con un hombre como él...

Pero su madre no la dejaría, se opondría...

Allí estaba Meg, la criada, llamándola para que fuera a leerle un libro.

En realidad, fue un alivio alejarse de la sala y hacer que su hermano se

disgustara e intentara retenerla a continuación.

—Sophia, no puedes irte ahora, tenemos visitas—dijo con aire autoritario.

—Pero mamá no se siente bien, me necesita—le respondió ella y se escabulló sin que nadie pudiera detenerla.

Entró en su habitación como todas las mañanas y encontró a su madre inquieta, nerviosa.

—¿Quién es el joven que vino con tu hermano? —quiso saber su madre.

Sophia le respondió que era sir Lawrence Gladstone.

Los ojos de su madre se abrieron con espanto cuando ella le habló de ese viaje a América.

—¡Los indios! —dijo como si dijera “los demonios”.

Pero había algo que la angustiaba más y era enterarse de que ese caballero en el pasado había estado muy interesado en Sophia y amenazaba con arrebatársela. Sophia era su tesoro. Además, ella no estaba hecha para el matrimonio, era un artista... con la luz que tenían los privilegiados por el señor de nacer así, con una sensibilidad especial para la música.

—Pero tú no estás interesada en ese joven ni tampoco estás hecha para el matrimonio —le recordó sin pestañear.

Sophia arregló sus cojines y le dio el agua que le pedía.

—¿Por qué crees que no estoy preparada para casarme, madre? —le preguntó entonces.

Ella se quedó mirándola sorprendida por la pregunta, porque daba por sentado que su hija y todos los de esa casa conocían la respuesta.

—Es que tú no tienes salud—comenzó—ni tampoco fortaleza ni temperamento para casarte, querida.

—Pero tía Amy cree que sí debemos casarnos, para no ser una carga para ti madre—insistió Sophia con expresión traviesa pensando oh, ¿qué diría mi madre si se entera que le escribo cartas al irlandés?

—Amy dice tonterías—sentenció—No sois una carga, sois mis hijas y no quisiera que sufierais en manos de un esposo, que padecierais estrecheces y...

Su madre siempre empleaba esa palabra antigua: padecer estrecheces que era simplemente pasar necesidades, vivir como los pobres del condado, eso era lo peor que podía pasarles a ambas.

—¿Y si encontrara un marido rico, mamá? ¿Entonces podría casarme?

—No... tú no debes casarte. El doctor dijo que no tienes salud para engendrar ni estar sometida a los rigores de las damas casadas. Oh pobrecilla, te marchitarías como una flor si eso te pasara. Tú eres especial, eres tan frágil Sophia y te pareces a mí cuando tenía tu edad. Era como tú, sí, tocaba el piano, hacía dibujos y no estaba hecha para el matrimonio... no quería

casarme, pero mis padres no querían que me quedara sola porque, bueno ya sabes, ellos me tuvieron mayor y no tenía hermanos... —hizo un gesto de tristeza al evocar el pasado.

—¿Entonces no querías casarte con papá? —quiso saber Sophia. Era la primera vez que su madre le decía esas cosas.

Su madre no respondió, parecía ensimismada en sus pensamientos. Algo más la angustiaba, cualquier contrariedad le provocaba nervios y que su hija predilecta insinuara que estaba pensando en casarse realmente la alteraba. Oh, habría hecho cualquier cosa por impedir que su ángel fuera sometida a la vergüenza de tener que desudarse ante su marido y soportar que...

Oh, no quería ni acordarse, ella había sufrido tanto todo eso que fue un alivio que el doctor le dijera a su marido que no podría tener más hijos. Porque eso significaba que él no volvería a tocarla. Qué horror sufrían las mujeres sin que nadie les advirtiera. Pues eso no les pasaría a sus hijas. A ninguna. Un día se lo agradecerían, lo sabía.

—Por favor querida léeme un poco, tengo sueño y a veces me cuesta mucho dormirme—se quejó, poniendo fin a la conversación de forma brusca.

Sophia obedeció. Adoraba a su madre y nunca la habría desobedecido, pero... ahora dudaba. No entendía por qué decía que no tenía salud para el matrimonio.

Tampoco la tenía para viajar a Viena ni a Londres para poder ser concertista, eso no era para ella porque simplemente tenía talento, pero había nacido mujer.

Leyó en voz alta hasta que su madre se quedó dormida.

De pronto pensó que siempre había estado en esa cama con dolor de cabeza o cansada, pero antes al menos daba paseos a media mañana con tía Amy o iban juntas al pueblo o casa de alguna amiga. Pero ahora siempre estaba en su cuarto, en su mundo, sin ganas de salir... Era tía Amy quien dirigía los asuntos domésticos y también oficiaba de anfitriona... “Envíale cariños a tu madre querida...” solían decirle.

Sophia en cambio no soportaba estar en cama, solo cuando la atacaba la melancolía, a veces... decía dolerle la cabeza para que la dejaran en paz, pero en realidad no le dolía nada.

La jovencita cubrió a su madre con la manta y pensó que podría quedarse leyendo esa novela para no tener que ver a su hermano y a su amigo explorador.

La tarde caía y las horas pasaban de prisa. Faltaba menos para que llegara el día de su cita con el señor Kavanagh de Drake house...

Suspiró pensando que había olvidado casi su rostro de tanto pensar en él todo el santo día, de sentir su voz, su presencia... Qué cartas tan bonitas le escribía y siempre le dedicaba unas líneas de poesía. Ella las guardaba todas

como un tesoro luego de leerlas una y otra vez y se preguntaba sí...

No tuvo tiempo a seguir soñando con el irlandés porque su hermano irrumpió en la habitación.

—Sophia, ven... ¿mamá está dormida? —la miró con curiosidad. —Es que debemos marcharnos, Lawrence está cansado por su viaje y desea despedirse.

Sophia obedeció y fue a despedir al invitado.

No esperaba volver a verle en realidad, como no esperaba todo lo que pasó después... ¿Habría podido impedirlo, habría deseado hacerlo?

Sabía que su hermana Alina tenía visiones, y en ocasiones presentía cosas y cuando esa noche en su cuarto le preguntó si pensaba que se casaría con el irlandés dijo “es que no lo sé... esas visiones llegan de repente, no puedo simplemente adivinar lo que pasará, pero Sophia... Apenas conoces a ese caballero, no puedes querer casarte con él. ¡Mamá no te dejará!”

—Pues me casaría si me lo pidiera, es un hombre tan especial... pero sé que eso no pasará—respondió.

Vaya, era la primera vez que su hermana hablaba del irlandés.

—Sophia... en ocasiones nuestros deseos se convierten realidad, era lo que siempre decía el abuelo, ¿lo recuerdas?

Esas palabras la animaron de inmediato.

—Sí, lo recuerdo... ¿pero crees que sea suficiente con sólo pedir un

deseo?

—No lo sé, pero él solía decir que en ocasiones nuestros deseos se cumplen y que a veces eso ... puede no ser lo que esperábamos.

—El abuelo Thomas nunca dijo eso.

—Sí lo dijo una vez, pero tú estabas tocando el piano seguramente.

—No... el abuelo decía que cuando deseábamos algo con mucha fuerza unos duendes oían nuestros deseos y luego los cumplían.

—Bueno, en realidad creo que no eran duendes, sino ángeles—insistió Alina—Y ese no fue el final... dijo sí que los ángeles cumplían nuestros deseos, pero a veces no eran los ángeles quiénes llevaban a cabo esa labor...

Ahora Sophia estaba desconcertada y algo asustada.

—¿Bromeas verdad? ¿Quién cumpliría nuestros deseos si no fueran... criaturas así...?

—Bueno tía Amy diría que el señor tiene un destino trazado para cada uno y nadie puede ni debe intervenir en sus designios—respondió su hermana menor evasiva. Parecía enojada mientras cepillaba su larga cabellera castaña frente al espejo.

—Tía Amy no cuenta, dime qué quiso decir nuestro abuelo por favor...

—Se refería a otras criaturas no tan puras como los ángeles. ¿Recuerdas cuando tía Amy perdía su libro de oraciones y se enfurecía porque no lo encontraba y decía que eran los duendes que lo escondían?

—Sí, lo recuerdo... siempre echaba la culpa a los gnomos. Decía que eran gnomos del bosque o algo así.

Sophia la miró con fijeza, con el cabello largo muy lacio y oscuro parecía mucho mayor, se veía mucho mayor esos últimos meses. Su mirada, la forma de pararse y algo en ella que le pareció distinto, como si hubiera crecido de prisa. Además, notó que Alina estaba algo misteriosa últimamente, se iba sin decir a dónde iba y sospechaba que seguía viéndose con Brandon y que aprovechaba el encargo de llevar su carta al irlandés para hacer sus propios mandados. Hacía mucho tiempo que estaba enamorada de ese joven... a pesar de saber que no había esperanzas para ella.

—Sophia escucha... el abuelo dijo que debemos tener cuidado con lo que deseamos porque a veces nuestros deseos se hacen realidad y que en ocasiones no son los ángeles quienes escuchan nuestros pedidos...sino el demonio.

Sophia se persignó al escuchar esas palabras.

—No digas esas cosas, qué horrible. No puedo creer que el abuelo...— dijo.

—Sí, lo dijo, lo recuerdo bien. Y también recuerdo lo enojado que se puso nuestro padre al oír esas palabras—replicó su hermana menor.

—Pero yo jamás pediría algo al diablo hermana, eso sería espantoso.

—No es necesario que lo hagas, el diablo siempre está cerca...

—¿Cerca? Pues yo digo mis oraciones y sé cómo alejarlo Sophia. Vamos, deja de hablar así, me asustas. Solo quise saber si has tenido esas visiones...

—¿Quieres saber si te casarás con el caballero de Drake house en unos años verdad? Quieres huir de este Cottage, tú odias vivir aquí.

Su hermana se sonrojó.

—Eso no es verdad, no quiero escaparme.

—Bueno, no te culpo, Sophia... tu vida es algo triste, siempre leyéndole novelas a mamá, debes querer otra cosa, pero ... no estoy segura de que el irlandés sea la respuesta.

—¿Y por qué piensas eso? ¿Por qué no te agrada el señor Kavanagh?

Alina demoró en responderle y se metió en la cama tiritando.

—No es eso... por favor, deja de pensar que odio a ese caballero, no es verdad. Solo que creo que... En realidad, no lo conoces. Sophia. No sabes nada de él. Es guapo y educado, sus modales son muy agradables, pero temo por ti. Temo que te lastime, tú no eres fuerte... No digo que seáis débil. Tú sabes lo que quiero decir.

—Por supuesto, tú piensas como nuestra madre que no tengo salud para el matrimonio y estoy casi condenada a la soltería.

—Yo no dije eso, sabes que no pienso así. Salud tenéis por supuesto, pero... Sophia. A ti nunca te ha besado un pretendiente, ni siquiera has tenido

un flirt en tu vida. Cómo crees que podrías casarte y luego... tú ignoras todo al respecto.

—Y tú sí te has besado con Brandon y con Andrew... por eso crees que sabes más que yo y que por eso soy una boba. Pues no es verdad... y os aseguro que la primera vez que me besen será por amor no por picardía como lo hiciste tú.

—Oh sí por supuesto... y cuando os besen vais a desamayaros.

Sophia le dio la espalda molesta, habría deseado tener su propia habitación, pero su hermanita era tan brabucona como cobarde y en las noches se levantaba sonámbula o tenía pesadillas. Siempre había sido así, desde pequeña y no podía dormir sola.

—¿Y tú cuando dejarás de hablar dormida? Quiero tener mi propia habitación. Estoy harta de ser tu niñera, ¿oyes?

Ante esas palabras Alina palideció, no, todo menos eso. No soportaba la oscuridad ni tampoco dormir sola. A veces tenía sueños tan feos que ni el tónico del doctor Rupert la calmaba. No quería tener visiones, no quería saber nada, prefería que en la vida todo transcurriera y fuera bonito, agradable, sin tragedias, sin desengaños. Como en los cuentos de hadas y todo ese asunto del irlandés le ponía la piel de gallinas. Habría deseado que su hermana espabilara un poco y no fuera tan tonta. Era muy boba para casarse, muy tímida y estaba segura de que ese irlandés haría algo muy malo, no sabía qué

pero el otro día había tenido una visión inquietante y sombría de ese sujeto. Pero ¿cómo decirle a su hermana sin que pensara que se lo estaba inventando o que se lo decía para fastidiarla? Qué cosa tan extraña, Sophia jamás se había encaprichado con ningún joven, huía de los pretendientes y se ponía enferma si se le acercaban hechizados por su belleza. ¿Por qué ahora se mostraba tan obstinada?

Sophia se despertó temprano para ver a su amado irlandés. Pero necesitaba ayuda, no podría hacerlo sola así que llamó a su hermana.

Esta la miró con los ojos hinchados. Dormida y malhumorada porque la había despertado y tenía mucho sueño.

—Levántate, debo ver al señor Kavanagh, por favor...—Sophia estaba ya lista, con el cabello trenzado y olía a perfume de rosas. Y hasta se había puesto su vestido más nuevo, el de terciopelo azul que sólo había usado dos veces.

Alina despertó asustada al ver que su hermana chillaba y lloraba rogándole que la llevara a ver al irlandés.

Sí, estaba llorando al ver que no pensaba dar un paso para salir de la maldita cama.

—Es que no me siento bien hoy Sophia, de veras que no, me duele mucho la cabeza.

Sophia se desesperó, no podía ser, ¿por qué tenía que pasarle eso ahora?

Miró a su alrededor en busca de ese tónico que lo curaba todo, insomnio, dolor de cabeza, náuseas, mareos... ¿dónde lo guardaba su hermana?

—¡Ali, ayúdame a encontrar ese tónico!

Pero si hermana no podía levantarse, lo intentó y dijo estar mareada.

Sophia le rogó y lloró para que la ayudara, para que tomara ese tónico.

—Debes ir sola ... hoy no podré ayudarte. Perdóname. El tónico está en la repisa.

Ella comprendió que no podía hacer otra cosa que salir de Winter Cottage a escondidas y caminar hasta la casa abandonada.

¿Pero tendría valor? ¿La descubrirían? Nunca antes había ido a ese lugar y tuvo miedo, no era tan osada como su hermana, ni sabía montar a caballo. Debía hacer el trayecto andando y nada más ver las colinas desoladas se sintió enferma de miedo. No, no podría hacerlo.

Se armó de valor y se cubrió con la pelliza marrón para que nadie la viera ni pudiera reconocerla. Estaba temblando cuando tomó el abrigo y se encaminó por la puerta lateral de la biblioteca, pues no quería salir por la puerta principal pues todos la verían y avisarían a tía Amy.

Rayos, ¿qué locura estaba haciendo? Caminó un buen trecho sin

detenerse. Todo parecía sencillo esa mañana, como si todos sus sirvientes estuvieran muy atareados para notar su ausencia. Bueno, tal vez la creían dormida o indispuesta como su hermana.

—Señorita Sophia—dijo una voz. La habían visto desde el Cottage y le dirían a su tía.

Era Med una de las fregonas y la miraba alarmada.

—¿A dónde va? —quiso saber.

Sophia la miró enojada, ¿qué le importaba? No era más que una fregona, no era su niñera, hacía años que no tenía una. Así que ignoró su pregunta y corrió rumbo a la casa abandonada. Conocía un atajo pues el año anterior habían jugado al escondite con sus primas y de pronto olvidó que estaba asustada, huir de Med fue más importante y también demostrarle a su hermana que no era una miedosa, que podía hacerlo. Debía dejar atrás a Med y no le costó demasiado hacerlo porque conocía un atajo por la campiña y lo siguió...

La visión de la casa abandonada le dio coraje sin embargo no vio el carruaje del irlandés por ninguna parte. ¿Acaso habría olvidado la cita?

Se detuvo inquieta. No podía acercarse si el lugar estaba completamente desierto. Tuvo miedo, nunca salía sola, y decidió esperar un poco...

Hasta que oyó una voz a la distancia llamándola. Era él, no podía ser,

la colina estaba vacía. Salió de su escondite y entonces lo vio montado en su caballo negro. No había llevado su carruaje, pero no estaba solo, había tres hombres que supuso que criados, sin embargo, sintió vergüenza de que la vieran allí escondida.

Pero él la estaba esperando, la buscó en la casa, debía ir... pero estaba sola y eso hizo que se escondiera detrás de un árbol y aguardara, con el corazón palpitante.

“Debes ir boba, querías verlo, ve y conversa un momento, o creerá que no quieres verle” pensó.

Y de pronto, sin darse cuenta escuchó su voz. Estaba allí mirándola con fijeza. No sonreía, pero sus ojos la miraban con tanta intensidad y ... parecía exultante o divertido por haberla encontrado escondida, como si estuvieran jugando al juego infantil del escondite.

—Señor Kavanagh —balbuceó.

Él sonrió y notó que decía algo a sus criados. Los miró con curiosidad y pensó que parecían esos personajes de Londres dedicados a robar carteras.

—Buenos días señorita Carrington, ¿jugaba al escondite? ¿Dónde está su hermana?

—Es que no pudo venir, le dolía la cabeza.

—¿Y vino usted sola?

Ella asintió nerviosa.

—No debió hacerlo, este lugar es peligroso. Descuide, la escoltaré de regreso. Acompañeme por favor.

Sophia obedeció porque no se atrevió a hacer lo contrario, pero estaba temblando mirando a su alrededor, preguntándose qué habría sido de Med y también a dónde pensaba llevarla.

—Disculpe... es que no puedo quedarme mucho tiempo, Alina no se sentía bien y debo regresar—dijo al notar que se alejaban de la casa abandonada.

—No se vaya por favor... deseo mostrarle un manuscrito medieval raro que he visto en la biblioteca y desconocía su existencia.

—¿Un manuscrito medieval? —preguntó la joven.

—Sí, sabía que le interesaría. No le robaré más de unos minutos.

Allí estaba el carruaje esperándolos y Sophia subió sintiendo que no debía ir. No debía hacerlo, pero una fuerza desconocida la impulsaba, había esperado tanto ese momento y ahora no podía negarse o actuar como una tonta. Debía dejar de pensar que su tía se pondría histérica, que mentiría de nuevo y luego... empezaba a hartarse de que la trataran como una niña. No lo era.

Entró en el carruaje con su ayuda y el irlandés le preguntó qué le había pasado a Alina.

—Le dolía la cabeza y no pude convencerla de que me acompañara,

creo que se sentía muy mal.

Él la miró con fijeza y Sophia se sonrojó inquieta.

—Es que no podía avisarle señor Kavanagh y en realidad una criada me acompañó la mitad del viaje, pero luego corrí—le confesó.

Esas palabras le sorprendieron.

—¿De veras? Pero no va nadie en los alrededores, pensé que no habría podido venir...

Ella lo miró con fijeza.

—¿Y cómo supo que estaba escondida?

El irlandés sonrió.

—Lo intuí... sentí que estaba cerca señorita Sophia. —declaró.

Era un hombre frontal pero la jovencita estaba asustada, no era correcto que hubiera ido a su mansión sola. Si su tía se enteraba, solo disponía de una hora para no llamar la atención, si descubrían que no estaba dando su paseo matinal como había dicho que haría. Estaba asustada y no podía disimularlo, sin embargo, él habló del manuscrito para distraerla y dijo que sospechaba que era uno de las primeras versiones del Roman de la rose, un manuscrito medieval muy antiguo y fascinante y que debía valer una fortuna.

—¿Acaso piensa venderlo, señor Kavanagh?

—Tal vez... pero antes quiero que lo vea, tiene ilustraciones muy bellas. ¿Ha oído hablar de ese libro señorita Sophia?

Ella asintió sorprendiendo al caballero.

—Mi abuelo paterno coleccionaba antiguos manuscritos del medioevo.

—¿De veras? Vaya, qué sorpresa, debo ver su biblioteca un día.

La jovencita pareció algo contrariada, apenada, a decir verdad.

—Los manuscritos están en Richmond, la mansión ancestral que heredó mi hermano junto con todos sus tesoros...

—Qué pena. ¿Y no pudo usted conservar esos libros tan fascinantes?

—No... todo pertenece a Richmond y a mi hermano Anthony. Pero mi padre me habló de esos libros... sospecho que mi hermano los ha vendido como los otros tesoros de la mansión porque la casa necesitaba reparaciones y esas mansiones son muy costosas de mantener. O eso dice siempre mi tía.

—Sí, es verdad—el irlandés suspiró—Sin embargo, creo que cuando llega el momento de repartir una herencia se debe proteger primero a las damas de la familia.

Lástima que su hermano no pensara lo mismo. Él siempre había dado prioridad a sus necesidades y caprichos como amo y señor del señorío de Richmond.

Habían llegado a la mansión de Drake house y él la ayudó a descender del carruaje y luego la escoltó hasta la biblioteca. Ella lo siguió sin mirar atrás embrujada por su presencia, por ese algo que emanaba de él, sentía que caminaba por las nubes como cuando tocaba el piano. La casa no le pareció

sombría ni oscura como la primera vez, se moría por estar allí y luego recordar cada momento de ese día...

De pronto tuvo en sus manos el ejemplar añejo del Roman de Rose del año 1689, uno de los más antiguos, con ilustraciones y escrito en su lengua original. Leyó unas líneas, pero a pesar de saber francés no pudo entender gran cosa.

—Es francés antiguo, señorita Sophia. ¿Sabe francés?

—Sí, mi madre insistió en que lo aprendiéramos para estar a la moda y también sé algo de historia, botánica pues tuve una institutriz que... era una erudita casi y cómo nos hacía leer y leer... a mí me gustaba, pero mi hermana no demasiado, nunca le gustó demasiado estudiar.

Ephraim sonrió y miró sus ojos de una forma que la hizo temblar, sus manos temblaron mientras ojeaba el libro.

—Y quién os enseñó a tocar el piano? Toca usted tan bien, señorita— dijo entonces.

—Aprendí sola, cuando tenía siete años y luego mi madre contrató a una pianista para que perfeccionara mi técnica. Tocaba de oído, inventaba melodías, pero no eran importantes, eran muy simples.

—¿De veras? Entonces es usted como los grandes genios de la música que inventaron su primera melodía a los nueve años. Mozart, Shubert...

—Oh no... mis piezas eran muy simples en comparación con esos

talentosos músicos, señor Kavanagh.

—Tiene mucho talento y sensibilidad, pero su destino no es la música y viajar por el mundo. Su destino es otro, señorita Sophia.

Esas palabras le provocaron una emoción intensa.

—¿Y usted cree que podemos elegir nuestro destino, señor Kavanagh?
—dijo ella con cautela.

—En parte sí y en parte hay trazos invisibles que escriben nuestra existencia, hechos que la marcan para siempre. Sin embargo, creo que muchas cosas dependen de nuestras pequeñas decisiones.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Entonces cree usted en Dios?

Él sonrió ante esa pregunta, como si la hubiera esperado y no supiera qué responderle.

—En realidad no... creo que los católicos y cristianos en general han causado las peores guerras de este mundo, y también impedido durante cientos de años que la humanidad progresara en cuanto a ciencia, medicina y todo lo que hoy ha conseguido el progreso. Pero cuánto falta por saber, por descubrir. Esto es sólo el principio y hace poco tiempo que nos libramos del oscurantismo medieval. ¿Usted es creyente, señorita Carrington?

Sophia vaciló al oír esa pregunta.

—Sí, por supuesto, pero a veces tengo dudas porque no logro entender

por qué pasan cosas tan dolorosas, tanta injusticia y maldad... No sé si es peor el dolor de perder un ser querido o de sentirse abandonado a nuestra suerte. Todo lo que he soñado lo he perdido, me fue negado y de haber vivido mi padre un poco más eso no habría pasado, él sí nos amaba y cuidaba de nosotras. Quería que fuera pianista, que viajara, pero luego de morir mi madre dijo que eso no era posible—mientras hablaba la joven comprendió que nunca le había contado eso a nadie.

El irlandés la miró con pena, pero no parecía sorprendido pues su criado había hecho algunas averiguaciones sobre la familia Carrington, de cómo su hermano había despojado a sus hermanas de sus dotes para conservar el señorío pues al morir su padre había dejado algunas deudas... salvó su herencia, pero dejó a las jóvenes sin dote, viviendo en un Cottage triste y sombrío. Se decía que el heredero había sido insensible y nada más casarse hizo los arreglos para deshacerse de sus hermanas y su madre. Era un sujeto egoísta, insensible y los lugareños conocían la historia con lujo de detalles.

—¿Entonces soñaba con ser concertista, señorita Sophia?

Ella asintió.

—Amo la música, señor Kavanagh, pero soy muy tímida, ¿sabe? Creo que no habría podido tocar frente a un público tan exigente y numeroso. Hay tan buenos concertistas que creo que mi talento no habría destacado para

nada, pero siempre supe que era un sueño inalcanzable para mí.

—¿Y echa de menos Richmond, señorita Carrington?

Ella dejó el manuscrito y tomó otro del estante. Tristán e Iseo, qué historia de amor tan triste, la había leído hacía años y había sufrido con la desventura de los enamorados.

—Sí, por supuesto... tenía el piano de mi abuela y también lugares que recuerdo con alegría y tristeza porque ya no forman parte de mi vida. Pero sería frívolo decir que fue doloroso abandonar la mansión, la muerte prematura de mi padre me afectó mucho más. Todo era tan distinto cuando él vivía, era un hombre muy bueno y tan alegre.

Y tan distinto a su madre, pensó ella, pero Sophia también amaba a su madre, solo que la entristecía verla postrada en una cama todos los días, como si no tuviera salud, las madres de sus amigas eran tan distintas, activas, sociables... su madre se había replegado en sus aposentos como una reina anciana.

—¿En qué piensa señorita Sophia? ¿Acaso la he ofendido con mis preguntas?

—Oh no... solo pensaba en el pasado. No me ha ofendido en absoluto, señor Kavanagh.

Él sostuvo su mirada.

—Por favor, llámeme Ephraim.

La joven se sonrojó pensando que no se atrevería a llamarlo por su nombre todavía.

El reloj de la biblioteca dio las once campanadas y Sophia las contó una a una y entonces se sintió como la cenicienta del cuento sufriendo la misma angustia porque sabía que debía regresar a su casa.

—Disculpe señor Kavanagh, creo que debo irme—dijo entonces.

—No se vaya todavía, por favor. Es temprano. Acompáñeme a almorzar.

Era una descortesía negarse, pero había ido a Drake house fugada de su casa y sin avisarle a nadie. Miró al caballero desesperada.

—Es que no dije que me encontraría con usted y si se enteran me prohibirán que lo vea y no deseo perder su amistad—le explicó.

El irlandés se acercó intrigado provocándole una extraña agitación.

—¿Y por qué le prohibirían verme, señorita Sophia? ¿Es que soy le encarnación del mal?

—No, no es eso, pero...

—Bueno, no los culpo de pensar así, todos en este pueblo piensan que soy un demonio y me imagino que su familia pensará que nuestra amistad podría perjudicar su reputación.

Sophia se sintió acorralada y dejó el libro en el estante y pensó que debía insistir en regresar a su casa en ese mismo instante.

—Yo no creo que sea usted un malvado, señor Ephraim, pero, es que no avisé a nadie que vendría. No me habrían dejado venir... Pero si tía Amy se entera de que lo vi a escondidas y que además tuve la osadía de visitar su casa sin compañía... me darán una paliza y me dejarán encerrada y de nuevo sentiré ese horrible desamparo de estar sola y abandonada a mi suerte. No quiero que eso pase, debo regresar ahora.

Él se interpuso en su camino y sus ojos la miraron con vehemencia y desesperación rogándole que se quedara un poco más en un susurro.

—No tema, señorita Sophia. Hablaré con su familia, le avisaré que está aquí.

—Oh no lo haga por favor.

—¿Y cree que podrá ocultar nuestra amistad por más tiempo?

Sophia se sintió mortificada, no quería hacerlo, pero temía que todo su arruinara como pasaba siempre en su vida.

—Señor Kavanagh, escuche, me encantaría quedarme, pero mi hermana está enferma y no debí salir sola, fue una imprudencia hacerlo. Y no quisiera que sufriera ningún desplante de mi familia, ellos lo juzgan sin razón, sin saber nada de usted y eso me provoca mucha tristeza.

Él supo que no debía insistir, su ángel quería volar y debía escoltarla de regreso a su casa, tal vez era muy pronto para exigir lealtad y decisiones que en esos momentos no tendrían buen resultado. Acababa de saber algo más de

Sophia y debía ser paciente. Era un hombre muy paciente en realidad.

—Está bien, comprendo. No insistiré esta vez, sé que desea regresar y está muy nerviosa pues teme ser descubierta por su tía—dijo.

Y muy contra su pesar dijo que la escoltaría hasta su casa.

Mientras emprendían el camino de regreso en su carruaje le preguntó si iría a la velada musical del francés. El francés era un pianista que se alojaba en la mansión de cierto caballero muy respetado del condado, pero a raíz de ciertos rumores de que tenía una amante, muchos lugareños le habían retirado el saludo y la amistad.

—No creo que pueda ir...—respondió Sophia apenada y luego lo miró con curiosidad—¿Usted irá?

Él asintió despacio. En realidad, sus amistades en ese condado eran antisociables o “unos descarriados” como él. No es que tuviera tantos amigos en realidad, unos pocos, pero leales. Seguía siendo un recién llegado, un extranjero, “el irlandés” como le llamaban y las amistades de su abuelo hacía tiempo que no visitaban la mansión de Drake house. Los lugareños recordaban, tenían una memoria nefasta para saber al dedillo vida y obra de todos sus vecinos, desde los menos afortunados hasta los más ricos y la fuga de su madre había sido el gran escándalo de su tiempo. Un escándalo que nadie había olvidado y él era el fruto de ese desliz. Pensó que si se casaba todo mejoraría para él, pero luego de morir su esposa de forma trágica e

inesperada casi perdió la esperanza de ser aceptado de nuevo en los círculos más selectos de Devon. Casi ni le importaba, a decir verdad.

—Quisiera ir—esas palabras lo despertaron de sus amargos recuerdos. Sophia le decía que le habría gustado ir a la velada musical del francés, pero sospechó que su tía no la dejaría.

Él la miró con una sonrisa.

—Señorita Sophia, ¿es que siempre hará lo que le diga la tía Amy? Debe atreverse a desafiar las órdenes sus parientes o nunca vivirá su vida ni será feliz.

Los ojos de la joven brillaron con intensidad.

—Es que no es tan sencillo como parece, señor Ephraim, usted puede rebelarse, es hombre y además... es el señor de su mansión, pero yo... soy mujer y no puedo ir a dónde deseo, he tenido que mentir para verle y eso no me agrada. Me vi obligada a hacerlo, pero no creo que sea bueno, que deba ser así.

El irlandés asintió en silencio, comprendía su angustia y se preguntaba por qué era tan odiado en ese condado, rayos, no había hecho nada, sin embargo, él conocía muchos secretos vergonzosos de muchos caballeros del condado que en apariencia eran tan respetables y tenían una doble vida: amantes, hijos ilegítimos y cuando eso era poca cosa se aventuraban por cofradías impías adorando al señor de la oscuridad. Secretos vergonzosos que

muchos ignoraban y que jamás habrían creído ni imaginado siquiera. Y él sabía porque tenía amistad con alguno de ellos y luego de beber un vaso de whisky llegaban las horas de las confesiones. Ephraim Kavanagh sentía especial placer en saber esas cosas de personas que no vacilaban en señalarlo con el dedo por ser el fruto de una pasión clandestina.

Habían llegado, el viaje se había hecho corto, qué lástima, el tiempo había volado sin darse cuenta y su estómago rugía, tenía hambre, pero no solo rugía su estómago, su alma entera clamaba por esa delicada criatura de ojos tristes. Estar a solas había sido tentar al diablo, pero se había controlado. No era un sátiro y sabía esperar para satisfacer sus deseos, aunque sintieran que estos le corroían el alma. Y cuando tomó su mano para besarla la sintió cálida, tan suave.

—Hasta pronto señorita Sophia, cuídese...—dijo.

Ella lo miró con fijeza sintiendo que es beso le provocaba una emoción intensa y él sostuvo su mirada y sonrió mientras le susurraba:

—¿Volveré a verla, señorita Sophia?

—Sí... —le respondió con voz apenas audible mientras él observaba sus ojos con una expresión extraña, era como un brujo, un demonio que quería embrujarla, hechizarla con la mirada como si eso fuera necesario...

Sophia no corrió como deseaba hacer, se quedó hasta que notó voces que se acercaban. Debían estar buscándola y sospechaba que le harían

preguntas y eso pareció romper el encantamiento de ese momento.

—Debo irme, señor Kavanagh—dijo entonces con pesar, apartándose despacio.

—Ephraim, dígame Ephraim por favor—le respondió él sin dejar de mirarla—Le escribiré, espero que se mejore su hermana, señorita Sophia.

Ella se alejó y corrió hacia la casa y en un momento, al volverse notó que el irlandés no se había movido de dónde estaba como si hubiera estado observándola a la distancia sin perderse detalle.

Sophia corrió movida por una emoción que no lograba entender, realmente habría deseado aceptar la invitación del caballero de quedarse a almorzar, pero una parte de ella quería correr, escapar y no sabía por qué...

Tía Amy aguardaba con expresión maligna, estaba furiosa y la casa entera era un caos. Su hermana había pillado una gripe y el doctor Edmund Peterson demoraba en aparecer.

—¿Dónde te habías metido? ¿Por qué ahora os agrada dar paseos y perderos durante horas? ¿Dónde estabais? Los criados se han vuelto locos buscándote, niña.

Sophia sostuvo su mirada y le respondió con mucha calma que había ido a caminar por los campos y no se dio cuenta de la hora, pero su tía no le creyó.

—Vamos jovencita, no te atrevas a mentirme. Acabo de verte hace un

momento caminando en compañía del irlandés de Drake house. Y yo te prohibí que vieras de nuevo a ese caballero, te rogué que no tuvieras amistad con él. ¿Acaso te atreves a negarlo?

Ella no le respondió y se alejó. No discutía con su tía ni con nadie, toda su vida había soportado estoicamente las reprimendas, diabluras de Alina de las cuales la responsabilizaban por no haberla cuidado, por no haberle advertido.

Pero tía Amy no estaba dispuesta a dejarla escapar sin una reprimenda y sin recibir explicaciones.

—¿Es que no vais a decirme por qué os visteis con el caballero de peor reputación en todo el condado? Sophia, ven aquí. Tenemos que hablar.

No, no tenían que hablar, porque dijera lo que dijera su tía tendría la voz cantante, estaba acostumbrada a mandar y ella siempre iría en desventaja. Lo único que podía hacer era callar y soportar la reprimenda y tal vez jurar que nunca más hablaría con el conde de Stone Hill, aunque fuera una promesa que sabía no cumpliría, al menos la dejaría en paz...

Eso debía hacer, pero en esos momentos algo cambió en ella al oír el sermón preparado por su tía, se sintió cansada y harta de todo.

—Sophia, ¿cómo has podido hacernos esto? ¿Cómo te has atrevido? Así que la señorita sale en las mañanas a reunirse con su enamorado diabólico. Os desconozco Sophia— clamó dramática.

Iba a decirle que la dejara en paz, iba a revelarse, pero sabía que sería peor, que si la enfrentaba la dejaría encerrada y no podría soportarlo. Así que mejor sería moderar su genio.

—Lo lamento tía Amy, no fue mi intención disgustarte. No fui a reunirme con él, fue casualidad... Daba un paseo y lo vi y conversamos un momento, nada más—se vio obligada a decirle.

Una nueva mentira, ¿qué más daba a esa altura? Lo que fuera para calmar el genio vivo y los temores de su tía al notar que no era la primera vez que se acercaba al irlandés.

—Está bien... solo quiero que sepas que ese caballero además de ser malvado y haber matado a su pobre esposa a disgustos está arruinado y dicen que busca una rica heredera. Cuando sepa que tú solo tienes una familia ilustre, pero sin un céntimo se alejará. Y no quisiera que te lastimara, ni tampoco que ... Cualquier acercamiento a ese hombre tendría consecuencias nefastas.

La joven suspiró y miró a su tía con expresión grave, dijo que solo habían conversado y nada más. Estaba temblando. La sola idea de que se casara con una rica heredera la hizo sentir enferma de celos y rabia. A ella no le importaba que fuera pobre y estaba segura de que no era un hombre malvado, simplemente vivía alejado con pocas amistades porque debía sentir el rechazo de los lugareños. Era de esperarse que no fuera sociable en

consecuencia, pero... él no era un cazadotes y sin embargo sabía que sin una dote estaba condenada a la soltería...

—Sophia, aléjate de ese caballero. No quiero ser descortés ni tener que intervenir, pero creo que fui muy sincera en nuestro último encuentro. Ese hombre sólo va a perjudicarte. Tu hermano cree que su amigo Lawrence está interesado en ti...

—Tía Amy, no he hecho nada malo—replicó.

Su tía la miró ceñuda.

—Bueno, sólo quiero que tengas en cuenta a sir Lawrence. Es todo un caballero y parece estar muy interesado en ti, siempre lo ha estado en realidad.

No, no quería ni oír hablar de ese asunto. Solo ir a ver cómo estaba su hermana. Estaba harta de que siempre quisieron prohibirle algo, no podía hacer nada, solo lo que ellos querían que hiciera. ¿Fingir interés para que sir Lawrence Gladstone pidiera su mano? No, jamás lo haría.

El doctor dijo muy serio que Alina estaba enferma y debía hacer reposo. Tenía gripe. Pero era muy leve. Si no había fiebre no había de qué preocuparse.

La señora Carrington sin embargo sólo tenía un constipado leve, nada importante.

—¡Qué fastidio! —dijo Alina esa mañana luego de haber pasado más de tres días en la cama por consejo del doctor.

Sophia que se había dedicado a atender a ambas, a su hermana y a su madre estaba agotada.

Pero ese día le pidió a tía Amy que cuidara a su madre. Ella prefería quedarse con su hermana pues su madre estaba de un humor de perros y se quejaba por todo.

Encima se había enterado de que había visto de nuevo al irlandés y la reprendió y le prohibió salir a dar paseos sin compañía. Estaba furiosa, como si el irlandés fuera el diablo.

—Ten paciencia, te pondrás bien, Ally—dijo Sophia—Os leeré una novela.

Su hermana sonrió complacida.

—Gracias. Eres un ángel Sophia.

Ella comenzó la lectura, pero su hermana no la escuchaba, parecía pensar en otra cosa.

De pronto le preguntó sin rodeos:

—¿Es que no me dirás cómo te fue en Drake house el otro día? Vamos, no me mires así, tía Amy me contó que os vio con el caballero. Ese día yo no podía acompañarte y tú estuviste desaparecida toda la mañana.

Sophia dejó la novela en la mesita de luz y miró a su hermana inquieta.

—Por favor, no le digas a tía Amy.

—No lo haré por supuesto. Pero cuéntame, me divierte más que ese libro que me lees.

Sophia se sonrojó mientras le contaba del encuentro. Pero luego recordó las palabras maliciosas de la tía Amy y su ánimo cambió.

—Oh, eso no es verdad. Vamos, ese caballero está muy interesado en ti, Sophia. Es tu pretendiente, aunque finja ser tu amigo. No le hagas caso a tía Amy, ella piensa como todos, que el irlandés es la encarnación de Lucifer... Además, cree que tú harías mejor en querer atrapar al señor Gladstone porque es tu única oportunidad de hacer una boda ventajosa. Y tal vez tenga razón.

—No lo haré Ali, tú me conoces. Sería incapaz de engañar a un hombre solo porque mi familia cree que un matrimonio así sería afortunado. No sé fingir y ... en realidad todos son inventos de nuestra tía. Ese caballero jamás me ha hablado.

—Lo haría si le prestaras atención, pero tú estás enamorada del irlandés...

Sophia se sonrojó inquieta.

—Calla por favor Ally, pueden oírte.

—Y no me has terminado de contar cómo fue ese encuentro el otro día... ¿Te besó?

Su hermana la miró escandalizada.

—Claro que no, el señor Kavanagh es un caballero.

—Pero los caballeros también besan pequeña tonta y abrazan a sus esposas para hacerles muchos bebés...

Alina no pudo resistir la tentación de hacer rabiar a su hermana y rió al verla enrojecer hasta las orejas.

—Vamos, no te enojas, solo quiero decirte que si te casas con él no solo querrá besarte y tú. Ay eres tan tímida que creo que saldrás corriendo cuando eso suceda.

Sophia palideció y no dijo una palabra como ocurría cuando realmente estaba enojada. Detestaba que su hermana se burlara de ella y la creyera una tonta, no lo era ni tampoco le contaría nada.

Y su hermana menor, al notar que había metido la pata y su hermana amenazaba con dejarla sola se apresuró a disculparse.

—Sophia perdóname, no quise ofenderte. Solo decirte que, no creo que el irlandés sea el adecuado para ti.

A su hermana no le cayó nada bien ese comentario, lo vio en su expresión.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó. — ¿Acaso crees que no me conviene porque tal vez los rumores sobre él sean ciertos? ¿Qué sabes tú de Ephraim y no quieres decirme? Os conozco, y sospecho que me ocultáis algo.

Su hermana no le respondió, no quería hacerlo, o tal vez se tomaba tiempo para meditar su respuesta, ¿cómo decirle lo que intuía, lo que temía sobre ese hombre?

—Sophia, mírame, no es lo que crees. No es por lo que digan de él— aclaró y se incorporó un poco pues comenzó a toser.

Sophia le dio un vaso de agua y ella se lo agradeció en silencio.

—Escucha. El día que fuimos a su mansión tuve una visión, percibí algo trágico en ese lugar, algo siniestro y oscuro y no he podido desprenderme de la sensación de que ese hombre no es bueno. Ni él ni su casa o ambos... no lo sé, pero me da mala espina. Ignoro la razón y te aseguro que no me dejo llevar por los prejuicios, y no sé por qué, pero te aconsejo que seáis prudente. Solo eso.

Sophia la miró con fijeza.

—Tía Amy dijo que el caballero está arruinado y busca una rica heredera para casarse—dijo con un hilo de voz.

Alina guardó silencio. No era momento de defenderle, de confesarle lo que ese caballero estaba loco por ella y quería pedir su mano.

—Sin embargo, no creo que él sea así, no parece un hombre que busque una esposa rica...

—Bueno, pero eso es común, en ocasiones solo buscan una rica heredera y eso no tiene por qué notarse pues lo disimulan bien.

—Yo no lo creo, me pidió que... dijo que quería verme de nuevo y creo que estuvo a punto de besarme.

Los ojos de Alina se pusieron redondos como platos y sin pestañear, sin respirar murmuró: “¿de veras? ¿Y lo hizo?”

—No... pero me atormenta mentir para verle y tener que soportar un sermón cada vez que tía Amy me descubre. ¿Por qué no puedo hacer amistades? No me ha pedido que sea su esposa, solo me ha pedido amistad.

—Por favor, tú sabes bien que no quiere solo ser vuestro amigo. Y no riñas conmigo, me duele la cabeza... creo que voy a dormirme un rato.

Sophia se alejó y decidió ir a tocar el piano, lo necesitaba. Su mente era un torbellino. Ver al irlandés siempre la alteraba un poco, no sabía bien por qué. Bueno, sí lo sabía, estaba en sus pensamientos, no había día que no pensara en él. Su amor irlandés, su amigo especial, era tan extraño, pero casi podían entenderse sin hablar y solo cuando estaba a su lado podía sentir tanta paz como nunca antes había experimentado.

Pero su tía le había prohibido verle. Su hermana le había confesado que tenía un mal presentimiento.

Sophia se alejó del mundo y se sumergió en la música y fue lo único que le dio alivio y esperanza, sabía lo que estaba pasando, lo que le había pasado el día que conoció al caballero irlandés ya no tenía sentido negarlo y, sin embargo, su corazón estaba lleno de dudas y miedos. ¿Volvería a verle o

sería como su tía Amy que un día tuvo un amor que no pudo ser y decidió permanecer soltera el resto de su vida? Y qué extraño, había sido su tía quién le prohibiera volver a ver al caballero irlandés.

Una semana después Sophia aguardaba la carta del irlandés con impaciencia y entonces, mientras esperaba verle y sufría por no poder ir a la velada del pianista francés, su hermana Alina le entregó una carta Ephraim con gesto ceñudo. “Está loco! Acaba de entrar aquí disfrazado de criado... no sé cómo se atrevió.”

Sophia tomó la carta con gesto rapaz y luego se quedó pensando en esa historia.

—¿Qué has dicho, Ally?

—Pues lo que oyes... al parecer no consiguió que un criado trajera una carta, decidió él mismo entrar aquí, tal vez hasta ha estado espiándote mientras dormías pues eran menos de las siete y... ese hombre está loco. Me dio el susto de mi vida.

Su hermana tosió, se había curado rápido para poder ver a Brandon, pero no podía deshacerse de esa molesta tos.

Sophia se levantó de la cama de un salto. ¿Entonces él había estado en su habitación espiándola? No podía ser, llevaba un camisón y el cabello suelto y...

¿Pero sería verdad? En ocasiones su hermana inventaba cosas.

Abrió la carta y la leyó: “Señorita Sophia, por favor, disculpe que entrara así en su casa, pero no he tenido oportunidad de verla, supe que su hermana estaba enferma y que por eso ha pasado los días replegada en su residencia cuidándola.

Quisiera presentarme y simplemente saludarla, pero temo que no me permitirían verla, su tía fue más que sincera la última vez que nos vimos. Sé que le han prohibido verme, pero le ruego que...”

Le rogaba que fuera ese viernes a la casa abandonada.

Verse a escondidas, verlo era su mayor anhelo y besó la carta luego de leerla y suspiró mientras su hermana se vestía con prisa para ir a desayunar. Estaba hambrienta y malhumorada. Sabía que se veía a escondidas con su enamorado y que se moría por salir ese día, buscaría la forma de escabullirse. Ella sabía montar y lo hacía con mucha velocidad.

—¿Es cierto que viste a Ephraim, aquí Ali?

Su hermanita, completamente recuperada de su gripe asintió con una sonrisa.

—Sí, estaba parado en la puerta como un fantasma, casi me mata del susto. Está loco... ese hombre es como el diablo, te juro que lo vi y pensé que era un espectro del más allá—dijo luego.

Sophia sonrió.

—¿Crees que alguien pudo verlo, Ali? Tía Amy se enfadará.

—Pues no lo sé, los sirvientes debieron confundirle, ¿no ps dije que iba disfrazado de criado? Dios mío, ese hombre está loco. ¿Y qué dice la carta? ¿Acaso no me lo dirás?

—Quiere que nos vemos el viernes, en la casa abandonada, pero... no quiero ir sola, por favor, debes venir conmigo.

—Pero él quiere verte a ti tonta, ¿qué voy a hacer yo? Además, no podrás ir, tía Amy os pilló la última vez y sospecha, no es boba, está vigilándonos día y noche. Sobre todo, a ti...

—Debo ir...—Sophia estaba desesperada—ayúdame.

Alina se trenzó el cabello, se lavó la cara con el agua de la jofaina y luego la miró.

—Está bien, veré cómo ayudarte. Pero ¿cuánto tiempo más podrán verse a escondidas? ¡Despierta por favor! —dijo Alina exasperada—Nunca dejarán que te cases con el irlandés, ¿crees que serán novios secretos toda la vida? Ni Anthony ni mamá accederán a eso. Solo te harás daño a ti misma, ¿es que no lo entiendes, Sophia?

Su hermana mayor no dijo palabra y salió de la habitación, no discutiría con su hermana ni tampoco oiría sus consejos... Vería al irlandés ¡y al diablo con todo!

El viernes amaneció nublado y a media mañana llovió torrencialmente. Sophia contempló el paisaje plomizo sintiendo que una onda depresión se apoderaba de su alma al comprender que no podría ir a su cita con el irlandés. Dio vueltas como alma en pena observando el desolado paisaje, aguardando que tal vez la lluvia cesara y pudiera escapar, pero su hermana fue menos optimista.

—Bueno, no te angusties... será otro día. Hoy ni lo sueñes, te llenarás de barro y además... Escucha, creo que el irlandés debe entender que esos encuentros clandestinos son peligrosos.

Sophia la miró aturdida, no entendía por qué Alina siempre se ponía en su contra, como si hubiera asumido la personalidad de su tía.

—¿Por qué dices eso? Sabes que me muero por verle una vez más.

—Sí, lo sé, pero. Me refiero a que recorrer esa distancia sola o en mi compañía casi es lo mismo, porque si un rufián nos ve podría hacernos daño. Mucho daño. Creo que lo más sensato es ir a su casa, o verse en un lugar concurrido. Estoy pensando en nosotras, en ti. Lo que hiciste la última vez fue una locura. Sophia, despierta... el ser una Carrington no te salvará de sufrir un ataque... muchas criadas y campesinas lo sufren en ese campo, lo he visto y no querrás que algo así te pase.

Sophia miró a su hermana menor aturdida. ¿De qué hablaba? ¿Un ataque? ¿Se refería a los bribones de Londres que robaban monederos?

Y como si leyera sus pensamientos Alina se lo dijo:

—No hablo de que roben un monedero sino algo más valioso... pero tú no sabes nada de eso, ¿verdad? Ni siquiera sabes cómo se hacen los bebés ni qué hace un hombre para dejarte preñada. ¿Y tú quieres ser la esposa de ese irlandés?

Su hermana retrocedió espantada pero roja como un tomate, pero sus ojos eran dos llamaradas y de pronto, cuando menos lo esperaba le dijo que sí sabía.

Ahora era Alina la que parecía espantada.

—¿Lo sabes? —su tono de voz era de duda—¿y cómo lo sabes si nunca has espiado a los enamorados del bosque?

Los enamorados del bosque eran los mozos que retozaban con alguna doncella escondidos en el campo, Alina había visto a un par de ellos en pleno acto hacía tiempo, luego de verlos algunas veces dejó de espiar por temor a ser descubierta, ya sabía lo que quería saber. Pero Sophia jamás había querido participar de sus picardías, era demasiado seria, no le interesaba saber nada, ella solo quería tocar el piano y leer poesía.

—¿Crees que soy una tonta? —dijo Sophia con calor.

—No... yo no digo eso, pero tú... a ti nunca te interesó saber.

Sophia no le daría más información, sospechaba que mentía para que dejara de burlarse de su ignorancia.

—Bueno... lo que quiero decir es que en el bosque un rufián podría hacerte eso si te atrapa sola, sin nadie y luego no podrás casarte, Sophia. Y no te horrorices, ha pasado antes, pero nadie lo menciona...

Pero su hermana no lo entendía, no tenía tanto sentido común ni sabía del mundo como ella. Tal vez lo mejor sería hablar con el irlandés, debió hacerlo la última vez, pero ciertamente que su último encuentro en Winter Cottage fue muy extraño y fugaz y él ciertamente que se escabulló como un fantasma. Ese hombre estaba loco. Procuraría intentar convencer a su hermana al menos...

Sophia por su parte se alejó para retomar sus quehaceres pues luego de mirar por la ventana de su habitación y notó que ese día no podría hacer nada. Ni siquiera dar un paseo por los jardines.

La lluvia duró días y Sophia pasaba los días enteros cuidando a su madre que volvía a sufrir fuertes dolores de cabeza que la dejaban extenuada y dormida al recibir el tónico. Ese día, su madre no quería que le leyera y luego de permanecer horas viéndola dormir, la jovencita se encerraba para tocar el piano, era lo único que aliviaba su pena.

Pero todos los días se parecían al anterior y su único solaz era tocar el piano y pensar en el irlandés, aunque su recuerdo le diera pena, deseaba hacerlo...

Sin embargo, una mañana al despertar vio una rosa sobre su mesa de luz. Se preguntó si acaso era un sueño o la rosa estaba allí tendida con su tallo y salió lentamente de la cama para investigar.

Cuando la tomó supo que era real y adivinó quién se la había enviado. Casi sintió su perfume, su presencia en esa habitación y se sonrojó. El irlandés la había dejado, y era un pimpollo junto a una esquila que llevaba su nombre. Tomó la flor y suspiró mientras sentía su corazón latir en su pecho enloquecido. ¿Entonces él había estado en su habitación? ¿Por qué no la despertó? Habría querido verle un momento.

La rosa era la señal, la huella de su llegada, el recuerdo de algo que anidaba en su corazón, y en el suyo también. Tal vez simbolizaba un comienzo, el inicio del amor, de algo que había nacido y...

Besó la rosa y con ella en la mano se acercó a la ventana con la esperanza de verle. Pero no había rastro del irlandés... Sólo un tímido rayo de sol asomándose por el horizonte le dio esperanzas, al menos ese día no iba a llover.

Se sintió tan animada e ilusionada. No debía perder las esperanzas, no se rendiría, si su afecto por ella era lo suficientemente sólido y honesto, si realmente quería convertirla en su esposa entonces... esperaría, no le importaba cuánto.

Fue a buscar la rosa y la besó, sentir su aroma fresco le daba tanto

placer. Era una rosa pequeña, casi un capullo y decía la frase: “para ti, Sophia. Tú eres una rosa en flor en un jardín de lleno de cardos y espinas.”

Qué extraño, ¿por qué le habría escrito eso? Bueno, tal vez sólo quiso ser galante y decirle que ella era algo bello en su vida.

Se preguntó cuándo podría verle, llevaba días encerrada y...

De pronto notó que su hermana no estaba a su lado, diablos, casi se había olvidado de Alina. ¿Se habría levantado temprano?

Qué extraño, no era la primera vez que despertaba y no la veía. Como si de repente le gustara madrugar cuando siempre había sido una dormilona...

—Sophia, Sophia...

Su hermanita apareció con una tarjeta poco después. Se veía radiante.

—Es del señor Gladstone. Nos invita a su fiesta—dijo y sonrió con aire conspirador.

—¿A su fiesta? —replicó su hermana sorprendida y nada entusiasmada con la noticia.

—Tía Amy dijo que debemos ir, no podemos faltar. Así que ve pensando que vestido te pondrás.

Sophia puso cara de malhumor. En esos momentos lo que menos quería era ir a la fiesta del amigo de su hermano y mucho menos tener que escoger un vestido.

—Ali, ¿dónde estabas? —le preguntó de repente.

Su hermana menor la miró.

—En el comedor boba, tía Amy me despertó temprano para darme la noticia, pero desistió de hablarte a ti porque dormías como un tronco. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que desperté hoy y vi una rosa. Pero tú no estabas.

—¿Una rosa?

Sophia sonrió.

—Es del irlandés, estuvo aquí. ¿Tú lo viste?

—Oh, claro que no. Pero ¿dices que te envió una rosa?

Alina recorrió la habitación buscando la flor, pero no la vio por ningún lado.

—Sí, pero la guardé. Me escribió un mensaje y pensé que tal vez... tú lo habías visto.

—Vaya, ahora entiendo por qué estabas tan feliz y sonrosada. Estuvo aquí... pues a lo mejor me lo crucé en los jardines pensando que era algún mozo. Sabes que le gusta disfrazarse y aparecerse de vez en cuando. Aunque no creo que sea buena idea que entre en tu habitación y te vea sin hablar con nuestra tía.

Sophia se puso seria.

—Pero tú sabes que tía Amy jamás le daría su aprobación.

Alina se puso seria.

—Pues creo que debería arriesgarse y hablar con nuestra madre si sus intenciones son honorables, Sophia. Una vez fue gracioso, apareció disfrazado y se metió en la casa para dejarte una carta, pero una segunda vez es un acto osado y atrevido.

Ella no lo había pensado, por supuesto.

—Quizás no se anima, Ali. Teme no ser bien recibido.

Su hermana menor la miró perpleja.

—Oh es que no te das cuenta? Se metió en tu habitación y eso no es una conducta de caballeros.

—Pero sólo me dejó una rosa y un mensaje. No hizo nada malo.

—Y aprovechó mi ausencia, debió estar espiando y se deslizó como un zorro por escaleras y pasillos. Ay Sophia, eso demuestra astucia y mucha malicia. Tú estás tan ciega que no lo ves, ¿pero acaso no has pensado lo disgustada que se pondría nuestra tía si se entera? Alguien pudo verlo, alguien de aquí pudo reconocerle y...

—¿Y qué quieres que haga, Alina? No le pediré que no me escriba— Sophia guardó la rosa molesta y sintió sus ojos ardientes por las lágrimas que brotaron de sus ojos. No debía llorar, no debía hacerlo, su enamorado le había enviado una rosa y un mensaje, jamás perdería las esperanzas, si acaso había esperanzas para su corazón...

—Sophia... lo siento—Alina se sintió mal al ver a su hermana llorar. A

fin de cuentas, no era su culpa sino la de ese loco irlandés.

Su hermana mayor secó sus lágrimas y la miró.

—Descuida, no quise llorar. No sé por qué lo hago. Me envió una rosa y una carta, debo estar feliz, pero... es que siento miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

Su hermana la miró con tristeza.

—Es que todo me ha sido negado en esta vida, Ali, nada de lo que deseo puedo tenerlo. Nuestro padre se fue, luego tuvimos que abandonar Richmond y mi sueño de ser concertista jamás podrá ser. Y ahora al parecer tampoco podré conservar esta amistad, tía Amy querrá arruinarlo todo otra vez. Lo hará.

—Sophia, no digas eso. Tranquilízate y no llores o tía Amy se dará cuenta y os echará un sermón que os hará sentir peor. Sé lo que sientes, también me he sentido así a veces. Esta vida ha sido tan injusta con nosotras, tan triste, pero... siempre hay esperanzas, lo sé. Ten fe que todo va a solucionarse.

Pero Sophia no era tan optimista, sabía que su hermana sólo quería consolarla, ayudarla, pero no creía que todo se solucionara como por encanto. Eso nunca pasaba. Por desgracia. Sólo sabía que si la privaba del amor de ese hombre ya nada más tendría sentido en esa vida para ella.

Alina estaba malhumorada, no quería ir a esa fiesta. En realidad, estaba furiosa porque hacía días que no veía a Brandon y porque el irlandés casi la había sobornado para que lo ayudara con Sophia y ella no quería hacerlo, era como vender su alma al diablo. No era decente que ayudara a ese sujeto, pero si no lo hacía no podría casarse con Brandon Becket y moriría si no se casaba con él, lo amaba tanto.

Aunque a decir verdad no había hecho nada para ayudarlo, en realidad no era necesario, Sophia estaba enamorada de ese hombre malvado y misterioso, y no tenía que hacer nada porque nada de lo que le dijera la haría cambiar de idea.

Ahora las dos estaban de mal talante, por distintas razones, pero ambas compartían la rabia por tener que ir ese día a la fiesta en Fendon Castle, la mansión de sir Lawrence Gladstone. Rayos.

—Sophia por favor, vístete de una vez, no podemos llegar tarde—le dijo a su hermana mayor que no hacía más que perder el tiempo leyendo una novela, ignorando la hora por supuesto.

—¿Qué sucede? —preguntó despistada, fingiendo no saber nada.

Alina se impacientó.

—La fiesta grandísima boba, la fiesta en Fendon Castle. Tía Amy ha dicho que debemos ir.

Sophia la miró con expresión malhumorada y luego dijo que no quería

ir a la fiesta.

—Pero debes ir, debemos ir. No puedes negarte.

Sophia dejó el libro y se puso a caminar de un lado a otro de la habitación como un alma en pena, hasta llevaba un vestido color beige muy largo que le daba una apariencia espectral.

—No quiero ir, sé por qué tía Amy insiste. Espera que logre despertar el interés de ese caballero. Pierde el tiempo por supuesto. Jamás moveré un dedo para que ese caballero me hable.

Hablaba con mucha decisión.

—Debes ir, vamos, sabes que no puedes negarte Sophia. Ignoradle y listo. —Alina se impacientó.

—Bueno, puedo inventar que me duele la cabeza.

—No lo hagas, no te creerán. Además, yo quiero ir, al menos podremos salir de esta casa y distraernos. Te hará bien, vamos.

—A ti te hará bien, has estado de un humor de perros estos días.

Alina no respondió.

—Pues yo no quiero ir, ve tú si quieres. Inventaré algo para no tener que ir a Fendon. Ciertamente que no tengo ningún entusiasmo por esa fiesta. Y muchos menos porque sé que nos han invitado a pasar unos días en ese señorío.

—Te hará bien, tonta, aquí te lo pasas triste pensando en el irlandés,

esperando una carta, una rosa... vamos. Haz que sienta un poco de celos por ti.

—¿Celos?

—¿Es que no te das cuenta? Si se entera de que has ido a Fendon Castle querrá saber la razón y todos le dirán que sir Lawrence planea pedir tu mano en el futuro, eso lo volverá loco de celos y decidirá dar un paso más y adelantarse al caballero.

Sophia miró a su hermana menor sin poder disimular que eso le interesaba bastante.

—¿Y crees que eso lo alentaré a hablarme? —murmuró.

—Puede que sí. Vamos, ve a vestirte de una vez. No hagas enfadar a tía Amy.

Pero Sophia no quería ir y fue a meterse a la cama para fingir que estaba indispuesta y con un fuerte dolor de cabeza.

Entonces apareció la tía Amy toda arreglada con su vestido azul marino y su sombrero lleno de plumas azules y violetas mirando a ambas jovencitas con expresión torva. Miró a Alina y luego a Sophia al notar que todavía no estaba lista y llevaba el cabello suelto, sin trenzar ni peinar.

—Sophia, ¿todavía no te has vestido? —dijo molesta—Saldremos en una hora y tú... ¿todavía das vueltas aquí?

Ambas jovencitas se miraron asustadas como si el diablo hubiera ido a

hacerles una visita.

Sophia la miró perpleja.

—Es que me duele la cabeza tía Amy, no creo que pueda ir—dijo con firmeza.

Su tía la miró espantada.

—¿Qué has dicho? —replicó.

—No me siento bien hoy.

—Pues yo te veo rozagante y lozana, como siempre.

Tenía razón, era una joven fuerte y saludable, por desgracia, pero un dolor de cabeza podía tenerlo cualquiera. Excepto que tía Amy no le creyó una palabra.

—Haz el favor de vestirte jovencita, no tenemos tiempo que perder ni voy a tolerar caprichos. El señor Gladstone y su familia aguardan nuestra llegada y tenemos más de una hora de viaje en carruaje.

Sophia protestó, dijo que realmente le dolía la cabeza, pero su tía no la dejó en paz hasta que la vio con su vestido de terciopelo azul y corsé de encaje, el cabello peinado y envuelto en una redecilla para que el viaje no lo estropeará. Se miró en el espejo con expresión malhumorada, pensando que no quería ir y la enfurecía ser llevada casi a la fuerza. ¿Para qué? Jamás se casaría con ese caballero y ciertamente no entendía por qué su familia parecía tan esperanzada con una boda cuando Lawrence ni siquiera le había hablado.

—Vamos, apresúrate por favor, llegaremos tarde. La familia Gladstone aguarda—exclamó su tía con gesto de impaciencia.

Al parecer estaba decidida a no dejarla en paz, pues durante el viaje le dio algunos consejos como por ejemplo que solo bailara y conversara con sir Lawrence, que fuera amable y...

—No dejes escapar este golpe de suerte querida, es tu oportunidad de hacer una boda ventajosa y no me miréis así. Es la verdad. Solo tenéis que ser amable.

¿Amable? Sophia no era coqueta ni tampoco conversadora, podía pasar horas sin decir una palabra, desde niña había sido así. ¿Cómo podría fingir interés en ese caballero si ni siquiera sabía flirtear? Además, no quería hacerlo ni lo haría. Y si ella dependía... pues le haría el vacío todo el tiempo.

Entonces vio la mirada de Alina, ella también estaba malhumorada, no sabía por qué, imaginó que ese viaje la disgustaba porque echaba de menos a Brandon y seguía afirmando que se casaría con él, no le importaba que fuera pobre, que no tuviera futuro, él debía ser su marido y podía entenderla pues si el irlandés fuera pobre a Sophia no le importaría.

Conversaron poco durante el viaje, Sophia se sentía como una muñeca sin vida, vestida, peinada y perfumada para que fuera a una fiesta a la que no quería ir. Se preguntó si al menos serviría para darle celos al irlandés como insinuó su hermana. Y pensando en él miró por la ventanilla inquieta. Habría

jurado que vio un jinete a la distancia y que era el irlandés... o quizás lo imaginó, en ocasiones le parecía verlo en los alrededores, cuando daba paseos matinales. O tal vez fuera el deseo de verlo una vez más, tenía la sensación de que hacía años que no lo veía...

—Sophia, ese bucle, se ha escapado de nuevo de tu sombrero—se quejó su tía.

Ella suspiró, pero no hizo nada por arreglar su cabello, al contrario, en esos momentos habría deseado quitarse el sombrero y liberar su cabello para que todos vieran sus bucles rebeldes al viento.

Su mirada se encontró con la de su hermana que había estado muy silenciosa desde hacía rato y de pronto le sonrió cómplice, como si adivinara sus pensamientos.

—Por favor Sophia, procura ser amable con sir Lawrence. Sabes que siente debilidad por ti, todos lo dicen y tu hermano cree que si no te muestras tan tímida él podría arreglar una boda ventajosa para ti—dijo de repente su tía.

Era la primera vez que le hablaba abiertamente del asunto y la joven la miró perpleja.

—Sólo tienes que ser amable, no expreses mucho interés o creará que eres una joven coqueta e interesada. Tú no lo eres por supuesto.

—Tía Amy, ese caballero jamás expresó que sintiera debilidad por mí,

¿por qué crees que me hará una proposición?

—Sophia, es tu única oportunidad de tener un esposo rico, de tener nuevamente una vida acomodada. Sé por qué te lo digo, no son imaginaciones mías, he hablado con vuestro hermano al respecto.

—¿Has hablado con mi hermano? —Sophia sintió un escalofrío y miró a su hermana menor con cara de espanto.

—Sí, he hablado con él, por supuesto. Y sabe que su amigo está interesado en ti, no hay otra joven por la que muestre inclinación en estos momentos. Tú le agradas y me atrevo a decir que te considera una buena candidata para convertirse en su esposa.

—¿Qué dices? Exageras por supuesto.

—Pues no, no exagero. Sólo deberías mostrar un poco de interés y no ser tan tímida. Es por tu bien. Me preocupo por ti.

Sophia la miró.

—Pero mi madre cree que no estoy hecha para el matrimonio, que no tengo salud—replicó mirando a su tía con fijeza.

—Eso no es verdad. Tu eres una joven bonita y saludable y Anthony cree que sería una crueldad que te quedaras en Winter house condenada a la soltería. Ya ves que se preocupa por ti, querida niña. Y ha dicho que sir Lawrence sería una opción muy conveniente pues es un caballero de buena familia e intachable reputación por supuesto.

Para Sophia sir Lawrence era tan conveniente y atractivo como besar a un sapo y esperar a que se convirtiera en príncipe. No le parecía atractivo, además le parecía viejo, mayor que su hermano y no quería ni imaginarse cómo sería besar a ese hombre ni yacer a su lado.

Su mirada se encontró con de su hermana menor que dijo:

—Tía Amy tiene razón Sophia, mira esto... es un lugar hermoso—dijo de pronto Alina ante la visión de la inmensa propiedad en medio de un valle.

Sophia miró por la ventanilla y vio la inmensa propiedad a la distancia y suspiró. Era un sitio magnífico Fendon Castle, en lo alto de una colina y rodeado de un frondoso bosque, lagos...

Habían llegado mucho antes de lo que había imaginado. Pero ver esa casa hermosa no despertó su entusiasmo y mientras descendía del carruaje con ayuda de los criados pensó que tal vez fuera un lugar magnífico, pero no por eso pensaba hacer una boda arreglada por su hermano y su tía. Y claro que no demostraría en absoluto estar interesada en las atenciones de ese caballero.

—Daos prisa por favor, nos esperan—tía Amy estaba ansiosa por saludar a los anfitriones.

Sophia se acercó desanimada y de pronto se encontró con un grupo de familiares y la casa, inmensa, de piedra y madera, parecida a Richmond, pero más hermosa todavía. Rayos, debía reconocerlo, era un sitio magnífico, como

el hogar que le habían arrebatado.

Entonces lo vio. Al hombre que quería casarse con ella según su tía y su hermano. Sir Lawrence Gladstone aguardaba un poco más alejado para saludarla. Tuvo la inquietante sensación de que sus ojos grises la habían observado desde que descendió del carruaje sin quitarle los ojos de encima y al verle allí parado se sonrojó sin poder evitarlo.

Sin embargo, comprendió que no era una mirada curiosa era una mirada de reconocimiento y deseo porque la conocía desde que tenía nueve años y su hermano se burlaba de su mudez. Conocía a ese caballero de toda la vida y recordó que en una ocasión en la había defendido en dos ocasiones salvándola de una buena paliza. Anthony siempre había sido cruel y no entendía por qué ahora se preocupaba por su futuro buscándole un esposo rico.

—Buenos días, señorita Carrington. Encantado de volver a verla—la salud y besó su mano, galante.

Ella lo saludó y conversó con él un momento mientras entraban juntos a la mansión.

No muy lejos de allí, la tía Amy sonrió satisfecha, al parecer el vestido y la belleza de su sobrina habían logrado el resultado esperado.

Pero faltaba algo más: que los padres de Sir Lawrence la aprobaran y de eso todavía no podrían saber nada...

Entraron en la mansión y permanecieron más de una hora conversando en el salón comedor, soportando el breve interrogatorio de lady Agatha, la madre de sir Lawrence, una dama de cabello castaño con hebras grises y mirada de lince. Las hermanas del joven miraban a las señoritas Carrington con expresión de aburrimiento, sin intervenir en la conversación.

Sophia permaneció en un rincón respondiendo a las preguntas de lady Agatha con pocas palabras, casi monosílabos. Es que ella no era sociable con personas a las que apenas conocía, a veces ni siquiera con su familia más cercana y el pensar que la habían llevado para exhibirla y para animar al amigo de su hermano a pedir su mano la hacía sentirse menos dispuesta a conversar.

Estaba segura de que no pasaría “la prueba”, que esas damas la encontrarían tan hosca y reservada que le dirían a sir Lawrence que jamás sería la esposa apropiada.

—Lawrence, querido—dijo su madre entonces mirándole con adoración—lleva a las señoritas Carrington a recorrer los jardines.

Alina se excusó diciendo que estaba cansada y deseaba retirarse. Tía Amy y lady Agatha intercambiaron miradas. Pero Sophia desfalleció al sentir que todos tramaban dejarla a solas con sir Gladstone.

—Oh sí, por supuesto querida, puedes ir a descansar de tan largo viaje... —dijo la anfitriona y ordenó a una de sus hijas a que la acompañara.

La casa era inmensa, antigua y se parecía mucho a Richmond, pero había tanto lujo en sus adornos y habitaciones que Sophia no pudo dejar de notarlo. Pero sólo miraba por curiosidad, no porque sintiera interés en todo eso y mucho menos tentada... nunca había pensado en bodas ni en pretendientes, la música había sido su única pasión hasta que conoció al irlandés y ahora... ahora sabía que su sueño era ser su esposa un día no muy lejano y que nada la haría renunciar a eso, que no volverían a apartarla de lo que más deseaba como en el pasado.

Alina en cambio parecía fascinada por la mansión y Sophia la descubrió en varias ocasiones conversando con sir Lawrence. A pesar de sus atenciones, de los paseos que dieron en los días que siguieron Alina se unió a ellos y también no dejaba de hablar de los lugares hermosos que había visto en los alrededores., deslumbrada como una chiquilla ante un salón repleto de manjares, mareada en una tienda de vestidos costosos, así estaba ella.

Sophia deseó que sir Lawrence se fijara en Alina y la dejara en paz. Su hermana menor era mucho más vivaz y coqueta, alegre... seguramente sería una esposa vivaz, una de esas damas que eran excelentes anfitrionas y eran el orgullo de su marido y su familia. Lástima que fuera la más joven y su tía pensara que a los diecisiete no era prudente pensar en bodas.

Una mañana mientras daban un paseo matinal Sophia le preguntó por

sir Lawrence.

—Creo que os agrada... él y esta mansión por supuesto—agregó sin malicia.

Los ojos de su hermana se abrieron indignados por la insinuación.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso sientes celos? Pues recuerda que solo me casaré con Brandon además el heredero de Fendon Castle te quiere a ti, Sophia.

—Pero a mí no me interesa él y creo que vosotros haríais una pareja más acertada. Alina, no estoy celosa, pero pienso que Brandon es pobre, no podría casarse contigo y eso es triste, pero es una realidad. Sir Lawrence en cambio necesita una esposa o al menos eso dice nuestro hermano que es su amigo más cercano.

Alina estaba furiosa por la sugerencia, indignada y comenzó a caminar con paso más ligero dejando atrás a su hermana. Sophia la siguió pues no quería pelear y no entendía demasiado por qué se había enojado tanto.

—Pues ¿qué dirías tú si os dijera que el irlandés no tiene dinero ni puede casarse contigo?

Sophia parpadeó inquieta.

—Lo siento, no quise ofenderte. A mí no me importaría eso y lo sabes —murmuró.

—Pues a mí tampoco me importa que Brandon sea pobre. Pero no

creas que voy a sacrificarme por ti, que me casaré con sir Lawrence para que tú puedas casarte con tu amorcito irlandés.

—Yo no dije eso...

—Ah vamos, no te hagas la inocente, sé lo que piensas. Nos has visto conversar y crees que vamos a casarnos. Pues os equivocáis de nuevo. ¡Estás ciega Sophia! Lawrence te desea a ti y le gustas tal cual eres, por eso nos invitó, no fue mera cortesía, quiere acercarse más a ti. Pero tú lo has alejado ¿verdad? Lo has desalentado siempre que has podido.

Sophia enrojeció. Sí, lo había hecho. ¿Por qué demonios no se fijaba en su hermana menor y la dejaba en paz?

—Pues no lograrás que me cambie por ti, a él le gustas tú, porque eres tímida, nunca dices nada, porque no flirteas y además tu escote lo vuelve loco. Eres demasiado rolliza para ser tan pacata Sophia, es como el refrán de Dios da pan a quién no tiene dientes. Y no me miréis así, os digo la verdad, ayer escuché algo...

Esas últimas palabras frenaron la furia de su hermana mayor.

—Oh qué vulgar eres Alina... pero ¿qué dices, ¿qué has estado escuchando?

—Lady Agatha habló anoche con nuestra tía... fue una conversación privada, mientras jugaban las cartas en la salita, yo estaba con ellas, por eso oí lo que decían. Y lady Gladstone dijo que la complacería mucho una boda

en su mansión, que su hijo necesitaba una esposa y que Lawrence te quería a ti. Que hace tiempo que te quiere Sophia. Y ella hizo algo más... le pidió que hablara contigo. Porque te veía demasiado tímida y callada.

Sophia se quedó inmóvil cuando escuchó eso. No podía creerlo.

—¿Lady Agatha dijo eso? Rayos. ¿Y qué le respondió tía Amy?

—Nuestra tía prometió ayudar por supuesto, dijo que sí eras muy tímida pero que intentaría convencerte. Y lady Agatha le advirtió que si no te convencía su hijo no te pediría matrimonio. Que no se atreve a hacerlo por temor a ser rechazado y que solo te hablará si tiene la certeza de que lo aceptarás. ¿Y adivina qué respondió nuestra tía? Pues que te convencerá porque está segura de que tu timidez es más fuerte que todo. Te pedirá que lo aceptes Sophia, lo hará, no te dejarán en paz, conoces a nuestra tía y también a nuestro hermano...

Ella se reveló.

—¿Y por qué a mí? Imagino que habrá muchas señoritas en el condado ansiando ser elegidas, ¿por qué me escogió a mí?

—Porque le gustas mucho, boba, ¿por qué más? Cada vez que te ve se vuelve loco, como si quisiera comerte con la mirada.

—Oh calla, deja de decir tonterías. Sabes que nunca me casaré con ese hombre.

—¿Y por qué estás obstinada con eso?

Sophia miró a su alrededor inquieta.

—Tú sabes por qué.

—OH sí, claro... el irlandés. Pero no olvides que Lawrence hace tiempo que se quedaba mirándote cuando tocabas el piano y antes, cuando éramos niñas y Anthony te pegaba... una vez él te defendió y le dijo que era de villanos maltratar a una dama. ¿Lo recuerdas?

Sophia asintió.

—Es tu antiguo enamorado y si crees que porque nos has visto conversar se fijará en mí pues te equivocas. He visto cómo te mira, está enamorado y te tiene en un pedestal, puedo verlo en sus ojos y tal vez... Es un hombre bueno, de noble corazón y no te lo digo por esta mansión, sabes que yo no soy así, pero te pediría que no fueras tan impulsiva, que no te aferres a un extraño del que nada sabes. Tal vez sir Lawrence sea lo mejor para ti.

—Es solo un viejo amigo, no siento nada por él, sólo el tibio afecto de alguien que conozco desde hace tiempo, ¿cómo crees que podría casarme con él solo porque todos dicen que me conviene?

—Despierta Sophia, despierta de una vez. ¿Acaso piensas que todas las mujeres se casan enamoradas? No... se casan con quién pueden hacerlo, por conveniencia o porque no han tenido una propuesta mejor.

—Despierta tú Alina, no voy a casarme con nadie, nunca quise saber

nada de todo esto, he venido aquí por insistencia de tía Amy, pero te aseguro que no podrán obligarme a que me case con el heredero de Fendon Castle.

—Es que pienso que no tendrás alternativa hermana, eso temo.

Alina no se equivocaba. Alina siempre se adelantaba y veía cosas que nadie más podía ver. Esa visita a la mansión de Fendon Castle fue el primer acercamiento de las familias y también de Lawrence, como su amigo y su pretendiente. Lawrence se acercó a ella como nunca lo había hecho y por primera vez notó que su hermana no mentía, la forma en que la miraba no era la de un viejo amigo. Sus ojos la buscaban y no lo disimulaba, su mirada era profunda y se quedaba a su lado cuando tocaba el piano o...

Una mañana salieron juntos a caminar, pues se había quedado unos días en Fendon Castle por invitación de lady Agatha. Era un lugar hermoso, especial y la ayudaba a olvidar su pena por el irlandés que no había vuelto a escribirle ni a buscarla. Como si supiera que ahora tenía otro pretendiente y eso lo hubiera alejado.

Contempló el cielo azul y suspiró. No sabía si era buena idea caminar solos pero ese día se moría por estirar las piernas y recorrer la pradera aprovechando el buen tiempo.

En esa oportunidad él le habló de sus viajes y la jovencita le hizo alguna pregunta por cortesía, sus ojos se perdían en el paisaje. De pronto mencionó que su padre estaba enfermo. Ella lo sabía por Alina, sufría del

corazón y no le quedaba mucho tiempo de vida.

—Me ha pedido que me case—dijo de pronto en un arranque de sinceridad o desesperación.

Sophia parpadeó inquieta. Ahora entendía por qué la prisa. Vaya. No era porque se sintiera tan atraído hacia ella sino porque su padre lo obligaba.

—¿De veras? ¿Se lo ha pedido? —balbuceó sonrojada al sentir su mirada.

Él asintió despacio.

—Es mi deber y ...

—Necesita una esposa y debe escoger una joven apropiada.

—Es verdad, señorita Sophia.

Sophia comprendió que no lo hacía por ella, lo hacía por necesidad y eso la desilusionó en parte. Luego recordó que su hermana se lo había dicho: que las mujeres se casaban por necesidad o porque no habían tenido una proposición mejor. Nadie lo hacía por razones románticas.

—Pero a usted le gusta mucho viajar, sir Lawrence—insistió ella sin mirarle.

—Es verdad... pero temo que deberé suspender mis viajes por el momento y quedarme aquí junto a mi padre.

Se hizo un extraño silencio y de repente él se detuvo y la miró con fijeza, con tanta intensidad. ¿Acaso iba a pedírselo? Sintió terror de que lo

hiciera.

—Cómo has crecido, Sophia... La última vez que te vi eras una colegiala de trenzas jugando al escondite con tus primas—dijo él.

Ella sonrió al recordar esos tiempos.

—Te has convertido en una mujer muy hermosa ¿sabes? Honesta y de corazón tan tierno. Qué afortunado será el hombre que pueda tenerte como su esposa.

Sophia se alejó al oír esas palabras, al sentir que quería acercarse y entonces, algo pasó, fue muy rápido. Intentó besarla, quiso hacerlo, pero ella lo apartó asustada y furiosa y huyó, corrió en dirección a la casa. Lawrence la siguió y no tardó en alcanzarla, parecía apenado.

—Sophia, perdóname por favor. Sé que eres muy tímida y que os cuesta mucho expresar vuestros sentimientos—dijo. Sus ojos la miraban con fijeza mientras se interponía en su camino. No la dejaba pasar, no quería hacerlo.

—Lawrence, os aprecio, pero.... Siempre habéis sido un buen amigo para mi hermano y muy amigo de toda mi familia. Pero sólo siento un afecto de amigo cercano.

Él aceptó sus palabras sin sentirse rechazado, al contrario.

—No me importa eso, Sophia, lo entiendo y sé que sientes un cariño especial por mí, pero soy un caballero y tengo mucha paciencia. Nunca te haría daño, preciosa, cuidaré de ti como me pidió vuestro padre una vez...

¿Su padre? Ignoraba que su padre hubiera hablado con ese joven sobre su futuro, sabía cuánto las había amado su padre y cuán desamparada se habían sentido cuando murió.

—¿Habéis hablado con mi padre? No lo sabía...—dijo con un hilo de voz.

Lawrence asintió con gravedad.

—Vuestro padre me rogó que cuidara de ti y yo le dije que lo haría... Sophia, sé que vuestra vida es triste, que vives confinada cuidando de vuestra madre y eso es muy encomiable, y os admiro por tener un corazón tan bueno y generoso y por ser tan abnegada—Lawrence parecía estar escogiendo las palabras adecuadas—Pero esa vida no es para ti. Mereces que cuiden de ti, tener un esposo que te ame y venere como yo podría hacerlo, si me dejaras.

Luego de decir eso la miró de una forma que ella se sonrojó intensamente sus ojos brillaban con intensidad y sus labios estaban húmedos y entreabiertos... Entonces recordó las palabras de su hermana menor: “Os desea, ese hombre está perdido en tu escote y te mira como si quisiera comerte”.

Sophia se alejó despacio pues no quería ser brusca y salir corriendo como deseaba, no habría sido cortés. Aunque se muriera de ganas.

—Gracias... sus palabras me halagan, sir Lawrence. Pero quiero que sepa que en realidad lo hago porque amo a mi madre y es mi deber cuidar de ella.

Sir Lawrence se puso serio y de pronto tomó su mano con tanta suavidad que casi no se dio cuenta.

—Señorita Sophia, por favor, déjeme aliviar su tristeza... yo prometí a tu padre que cuidaría de usted, que la haría mi esposa cuando llegara el momento y él sonrió... Enfermo como estaba, en su lecho de muerte creo que se fue feliz al saber que su hija quedaría en tan buenas manos.

Ella se apartó despacio al comprender que intentaba acercarse demasiado, tal vez para abrazarla o algo peor: darle un beso. Pero fue tarde porque al parecer el antiguo amigo de su hermano estaba decidido a cortejarla y no pensaba dejarla ir tan rápido. Había esperado esa oportunidad para hablarle y no la perdería...

—Casese conmigo señorita Carrington, no me rechace... sé que esto le parecerá precipitado, pero siempre he soñado con casarme con usted, señorita Sophia. Es usted todo lo que siempre he soñado encontrar en una esposa. Es tan bondadosa y abnegada, tan dulce y femenina. Tímida y modesta... ni siquiera es consciente de lo hermosa que es ni presume de ello.

Sophia lo escuchó en silencio y sus ojos se llenaron de lágrimas y él pensó que eran por su petición, porque tal vez también lo amaba en silencio y no se atrevía a decirlo ni a demostrarlo claro.

Pero Sophia no lloraba por sir Lawrence, se sintió abrumada porque esa petición le provocaba tristeza y dolor, pues no era el irlandés quién se lo pedía sino un viejo amigo, a quién apreciaba, pero al cual era incapaz de amar ni aceptar como su marido. A pesar de saber que era un hombre bueno y que

sería un excelente esposo. No podría engañarle solo para tener una boda ventajosa, no podría hacerlo.

Y él, al verla tan abrumada pensó que no hablaba por timidez o miedo.

—No tienes que responder ahora Sophia, puedo esperar—dijo él mirando sus ojos y sus labios con deseo. Se moría por envolverla entre sus brazos y besarla, pero no se atrevió, sabía que no habría sido correcto, y él era todo un caballero.

Y como si ella pensara lo contrario se alejó despacio sin decir palabra. Debió decirle que sí, o debió prometerle que lo pensaría y demostrar que su pedido la conmovía de alguna manera, pero no pudo hacerlo, una petición de matrimonio era algo muy serio y no podía fingir y aceptar sólo para contentar a su familia.

El dolor de su corazón impidió que pensara con claridad, pensaba en el irlandés y en que habría preferido que fuera él quién pidiera su mano y mientras regresaba a Fendon Castle suspiró mientras secaba sus lágrimas con rapidez. Debía olvidarle, no había sido más que un juego para él, realmente no estaba interesado en ella, o fue un interés pasajero...

No debía hacer eso, odiaba hacerse esas preguntas y torturarse pensando en cuál podía ser la respuesta. Debía olvidar al señor Kavanagh...

Avanzaba rumbo a la mansión cuando de repente vio a su hermana Alina que la miraba con una sonrisa burlona.

—¿Entonces os ha pedido matrimonio? Oh Sophia, tenéis que aceptarle. ¿Os dais cuenta? Es casi un milagro—exclamó.

Sophia la miró furiosa.

—¿Así que has estado espiando?

—¿Y tú qué crees? Oh, vamos tienes que decirle que sí—su hermana emitió una risita.

La expresión de Sophia decía lo contrario y Alina se rindió. Sabía que su hermana mayor era terca como una mula y que la razón por la cual no aceptaba esa boda ventajosa era por culpa de ese irlandés malvado.

—No seas boba por favor, mira todo esto... es un paraíso y será tu hogar y el de tus hijos, no puedes cambiar esto por una mansión arruinada, embrujada llamada Drake house. Además, os recuerdo que el irlandés no pidió vuestra mano—dijo Alina sin piedad.

Ahora su hermana mayor realmente estaba enojada porque salió corriendo sin decir palabra, y como un viento furioso desapareció de los jardines y entró en la casa. No hablaría con nadie y se quedaría en su habitación hasta la hora de la cena.

Regresaron días después a Winter house y ambas hermanas se veían cansadas y malhumoradas luego de tantas diversiones y reprimendas de tía Amy, aunque Alina estaba mucho más molesta que Sophia. Sophia parecía

feliz por el regreso.

“Claro, la muy boba cree que verá a su amado irlandés, no piensa en otra cosa” pensó Alina.

Tía Amy miró con ansiedad a las niñas, no le agradaba reprenderlas, pero ambas habían arruinado sus vestidos durante el juego tonto de la gallinita ciega, y como si fuera poco, luego de eso Sophia se había puesto malhumorada por algo que no logró entender y se encerró en su habitación diciendo que estaba indispuesta. Hizo eso y mucho más mostrándose rebelde y muy poco razonable ante el cortejo de sir Lawrence. Este la seguía embobado a todas partes, no dejaba de mirarla esperanzado y su sobrina... Nada. Una indiferencia que casi ofendía. Y ella sintiendo esa rabia y esa impotencia al ver como la muy tonta echaba a perder su única oportunidad de lograr un matrimonio ventajoso.

No podía creer que quisiera echarlo todo a perder, sin importarle nada. Había hablado con ella el día anterior y sus respuestas fueron evasivas y muy poco satisfactorias.

Ahora permanecía con la mirada fija en la ventanilla del carruaje, los labios levemente apretados sin decir nada. Era una de las pocas jovencitas de esa edad que podía permanecer horas sin hablar y últimamente se había vuelto obcecada, irracional, caprichosa... Sophia no era así, nunca había dado trabajo, desde niña que... En cambio, su hermana era otro cantar, pero...

Exasperada tía Amy decidió interrogarla.

—¿Qué tienes, Sophia? ¿Por qué no respondes cuando te hablo? —le preguntó.

Sophia no respondió, como si ahora además de todo sufriera una sordera repentina lo que aumentó su desconcierto.

—¡Sophia! —dijo.

Alina le dio un codazo para despertarla y la joven miró a su tía con expresión aturdida.

—¿Qué sucede, tía Amy?

—Pues a mí nada... ¿y a ti?

—No me pasa nada.

—Mientes. A ti te pasa algo, te conozco desde que saliste del vientre de mi hermana. Menudo trabajo que le diste al nacer.

Los ojos de la joven se abrieron porque sabía que vendría un sermón y no estaba de ánimo para soportarlo. Pues no se equivocaba porque tía Amy comenzó a preguntarle por qué había rechazado tan regio pretendiente, en qué estaba pensando para cometer esa locura y qué le pasaba que estaba tan cambiada.

Sophia escuchó todo resignada, pero en vez de quedarse callada como siempre lo hacía dijo:

—Tía Amy, es que no creo que sea honesto engañar a sir Lawrence,

haciéndole creer que estaría encantada de casarse con él cuando no era verdad.

Esas palabras espantaron a tía Amy, pero luego de unos minutos comprendió que tenía razón. Ella tampoco habría aprobado que lo engañara.

—Pero es un caballero tan atento y refinado. Es guapo y joven y os mira con tanta devoción. ¿Por qué os disgusta él, Sophia? ¿O es el matrimonio lo que os desagrada? —preguntó con cautela su tía. Se veía cansada, deprimida en realidad, había esperado que esa visita significara algo bueno para su sobrina, no que todo se estancara de forma penosa.

Sophia no respondió, no quería enfadar a su tía y Alina, que conocía bien sus razones intervino para defenderla:

—Sophia es así tía, es muy tímida y no le agrada sir Lawrence. En realidad, lo hace porque es muy honesta y se siente incapaz de engañar a nadie.

Tía Amy miró a una y luego a otra con expresión de desconcierto.

—Yo entiendo eso que dices—dijo al fin resignada—pero nadie se casa por amor hoy día. Todos lo que hablan del amor romántico no son más que unos tontos que sueñan cosas que jamás pasarán. La amistad, el afecto y el respeto es lo primordial en un matrimonio. Y sir Lawrence es un caballero tan bueno... Es el mejor amigo de vuestro hermano y creo que está enamorado de ti Sophia, siempre ha estado interesado en ti y ... Sería un

buen esposo y no lo digo porque... Sophia, es mejor casaros con un hombre rico que con uno pobre que os hable de amor y tonterías, porque el amor no es lo que hace que una familia no pase necesidades.

Otro pequeño discurso sobre las ventajas de casarse con un hombre rico.

Y de pronto ella la interrumpió para decirle:

—Tía Amy, es que no me molesta ser pobre. Nunca me ha importado, tú lo sabes. Mamá fue quién más sufrió, no yo...

Tía Amy enrojeció.

—Lo sé hija y sé que tienes muchas cualidades y no... nunca te ha importado. Pero te pido que pienses en el futuro, que no dejes pasar esta oportunidad. No es lindo casarse con un hombre pobre y luego pasar estrecheces y miseria, tener que hacer las faenas domésticas porque no puedes pagar una simple fregona...

Se refería al irlandés por supuesto. Si ella supiera que prefería mil veces fregar y cocinar a tener que vivir en un palacio junto a Lawrence Gladstone.

—Es que no quiero casarme con él tía, no deseo hacerlo. No insistas con eso, por favor. Me haces sentir mal y no es justo.

Tía Amy recapituló, podía entenderla, ella misma había elegido rechazado una proposición matrimonial ventajosa siendo joven para

permanecer soltera, pero... en realidad ella lo hizo luego de sufrir un fuerte desengaño, de otra forma tal vez habría formado una familia.

Sin embargo, no creía que esa vida fuera la más conveniente para sus sobrinas. Para Alina decididamente que no, y para Sophia tampoco. Sospechaba que la pobre era muy tímida y que por eso no quería casarse. No imaginaba que fuera por el irlandés, ya ni se acordaba de él en realidad.

—No puedes obligarla a que acepte al señor Gladstone, tía Amy—dijo su otra sobrina con mucha impertinencia.

La miró con fijeza, espantada e incrédula.

—Alina, ¿cómo te atreves a hablarme así?

La jovencita siguió en su trece y hasta se rió en su cara.

—Oh por supuesto que sí, crees que debe aceptarlo porque es lo mejor. Claro que no quieres obligarla, por supuesto que no...

—Eres una atrevida Alina.

—No, solo soy sincera en un mundo donde nadie lo es. ¿Por qué Sophia debe casarse forzada por las circunstancias? ¿Qué culpa tiene ella de que nuestro padre perdiera toda la fortuna y que nuestro hermano nos arrebatara la dote para conservar el señorío de Richmond? —la jovencita volvió al ataque.

Tía Amy enrojeció por el disgusto, sabía que todo lo que había dicho era tristemente cierto, pero ella también adoraba a su sobrino mayor y en

realidad no había habido otra opción.

—No fue así y no te atrevas a decir eso. Cuando llegemos a casa estaréis castigada Alina, ¿habéis comprendido? Siempre os he cuidado y solo velo por vuestro futuro, por el futuro de las dos ¿y así me pagan ambas? ¿Una mostrándose descarada y la otra dando de calabazas a un regio pretendiente?

Alina no respondió y soportó resignada el rezongo. Por supuesto que nadie le daría la razón, pero ambas sabían que su hermano las había perjudicado, que no necesitaba hacer lo que hizo. Es que la exasperaba ver tanta injusticia y que quisieran obligar a su hermana a casarse para salvar a la familia cuando otros hombres (incluyendo a su padre) la habían dejado en la pobreza. En realidad, habría sido lo correcto, ella misma se lo había dicho pero la insistencia de tía Amy la había fastidiado y listo.

Los ojos de Alina miraron a su hermana que sonreía de forma leve para agradecerle su intervención. Esa chica era todo un misterio, la creían tímida pero no lo era tanto, pensaba que el matrimonio le daba chucho pero ella sospechaba no era así porque el irlandés la había despertado y como un gato, la había puesto a punto para la primavera... sonrió ante su ocurrencia, era un refrán utilizado por la señora Murray, su ama de llaves que tildaba así a los mozos que seducían a las chicas nuevas y “las ponían a punto para la primavera” es decir para “aparearse en la primavera como decían hacían los gatos”. Ella lo había oído a hurtadillas y le había parecido una expresión

muy graciosa.

Suspiró, ella también echaba de menos a su enamorado y había pasado unos días muy aburrida, estaba harta de que gobernaran su vida, de que la mandaran, no habían hecho más que recibir órdenes desde su nacimiento. Y ciertamente que se había aburrido de Fendon Castle y esperaba que no la llevaran de regreso.

Llegaron a casa una hora después, justo para el almuerzo, pero al parecer la cocinera lo había olvidado y debieron comer una sopa de la noche anterior.

Su madre aguardaba con ansiedad los resultados del viaje. Todos sabían que por nada del mundo querría desprenderse de Sophia, ni que le dieran una bolsa de monedas de oro como en los cuentos. Para la señora Emily Carrington, su hija valía mucho más.

Las tres entraron en su habitación luego del frugal almuerzo para saludarla y conversar. Tía Amy la puso al corriente de todo, disgustada por la actitud de sus sobrinas, sobre todo por el comportamiento de Alina y también...

—Déjalas Amy, es que ya no son niñas... Además, ya os advertí que mi hija no está hecha para el matrimonio. ¿Por qué has insistido? ¿Quieres que sea infeliz? O que sufra los rigores del matrimonio, las exigencias... La pobrecita no tiene salud para eso. Déjala en paz—dijo su hermana muy

segura de sí.

Tía Amy soportó estoica la reprimenda y su hermana continuó:

—¿Y por qué no se casa Alina con sir Lawrence? Alina es una niña más robusta, fuerte, y tiene carácter para enfrentar las dificultades del matrimonio.

—Pero sir Gladstone le propuso matrimonio a Sophia, está enamorado de Sophia y Alina no... no se parece en nada, si fuera parecida tal vez tendría alguna chance.

—Sí, tal vez tengas razón querida, los hombres son muy caprichosos en ese sentido. Si se enamoran de una mujer seguro que no querrán a otra. En realidad, siempre consiguen lo que desean y sir Lawrence es un caballero muy paciente.

—Pero Emily, querida. Es una magnífica oportunidad para Sophia.

—¿Oportunidad? Ay Amy, deja de insistir. Si ella dijo que no es por una razón, Sophia es una joven muy tímida y delicada, no está hecha para el matrimonio. Deja de insistir.

Al día siguiente de su regreso Sophia recibió una carta del irlandés que llenó su corazón de alegría en un instante. Era como si él estuviera en esas líneas, su forma de escribir... las letras danzaban y el papel tenía impregnado ese olor a campo, a muérdago y flor silvestre. El aroma de la mansión de

Drake house.

Alina imaginó que esa carta era de su enamorado y no le gustó demasiado, pero como ella también quería ver a Brandon y esperaba que Sophia la cubriera en su ausencia, no dijo palabra. Además, había visto al irlandés esa mañana cuando daba un paseo en su yegua por la campiña y sabía que tenían un trato....

—Alina... Ephraim me ha escrito. Quiere verme—dijo su hermana ilusionada.

Ella la miró nada emocionada.

—¿Y qué dice?

—No me ha olvidado, Ali, quiere saber cómo he estado y se disculpa por no haberme escrito antes pues tuvo que viajar a Londres la semana pasada.

—¿A Londres? Vaya...

Los ojos de Sophia se habían vuelto luminosos, esos días había estado tan triste, tan desolada porque pensaba que no volvería a ver a su amado irlandés, sufriendo como una tonta día tras día... temiendo que él la hubiera olvidado porque necesitaba constantemente atención, reafirmación, como si eso fuera posible. Qué extraño, ella tampoco se sentía segura del amor de Brandon. Al comienzo sí pero ahora... Y lo amaba tanto que le dolía el corazón a veces, sentía un pesar, una angustia tan grande. Su vida era él, su

esperanza de ser feliz una vez en su vida dejando atrás esa casa triste con una madre inválida y una tía recalcitrante y dominante. Maldita sea... Tía Amy solo quería lo mejor para las dos, pero lo único que quería era poder cumplir un viejo sueño, salvarlas de la pobreza en una vida cómoda pero infeliz como tantas jóvenes casadas a la fuerza por sus familias. Lo había visto tantas veces, mujeres casada soportando una vida de malos tratos, partos continuos y un marido beodo o lujurioso. Horrendo. Y las pobres no podían quejarse ni hacer nada, solo sonreír y fingir que todo era color de rosa. Pero a ella no la engañaban, sus viejas amigas, sus primas... solo una de ellas era realmente feliz. Y en realidad era feliz porque le había tocado un marido amoroso y alegre, y joven, las otras... Padecían en silencio, soportaban maridos infieles, avaros... o lujuriosos.

Y mientras tanto, tía Amy hacía planes casamenteros para ambas.

—¡Ally! ¿Vendrás conmigo o no? —chilló Sophia molesta por su indiferencia.

Ella la miró.

—Lo siento, disculpa. Estaba distraída. Te acompañaré por supuesto. Sabes que puedes contar conmigo, pero Sophia, no te hagas tantas ilusiones.

Su hermana se puso seria.

—¿Por qué lo dices?

—Sabes por qué te lo digo. Tía Amy, nuestra madre, jamás lo

permitirán.

Pero a su hermana no le importaba, lo vio en sus ojos que brillaban con intensidad.

El irlandés aguardaba en el lugar de la cita muy inquieto. Llevaba días, semanas sin poder acercarse a Sophia y los últimos rumores de que cierto caballero se proponía conquistarla solo hicieron que estuviera de un humor de perros. Conocía bien a sir Lawrence Gladstone y no se sentía nada feliz con sus visitas frecuentes a la señorita Sophia y la posibilidad de que la cortejara y pidiera su mano lo ponía enfermo de celos.

De pronto la vio llegar a pie seguida de su hermana que parecía algo enfurruñada... Eran como el día y la noche, no podía haber dos hermanas más distintas. No sólo en el exterior pues la menor era más alta y de cabello castaño con reflejos dorados y grandes ojos cafés y su hermana mayor fuera rubia y etérea, tan dulce... Ciertamente que no parecía la hermana mayor, al contrario, se veía tan ingenua e inocente, Alina en cambio era despierta, perceptiva y osada. Sophia ingenua y confiada, tan suave y delicada... sus ojos zafiro lo miraron un instante y notó cómo sus blancas mejillas se teñían de rubor.

—Buenos días señor Kavanagh—saludó Alina.

Él no apartó su mirada de Sophia y ella se ruborizó mientras besaba su

mano y conversaban. Hasta que de pronto notó que su sombrero estaba roto y su cabello estaba sin las cintas. Algo había pasado y no tardó en enterarse.

—Temo que no podremos volver señor Ephraim, alguien de la casa nos ha seguido hasta aquí y tal vez esté escondido en algún lugar—le dijo Sophia.

Esas palabras lo inquietaron y tomó la mano de Sophia y la besó con suavidad queriendo saber qué había pasado.

—Un hombre nos siguió en su caballo, sospecho que era Edwin el ayudante del cochero, es un entrometido y siempre nos vigila. Creo que es tía Amy quién se lo ha pedido, luego de enterarse de su amistad con mi hermana—respondió Alina.

El irlandés se sintió muy intranquilo, no le agradó enterarse que las habían seguido y de inmediato dio órdenes a su fiel criado para que fuera a investigar.

—¿Acaso ese joven os hizo daño Sophia? —le preguntó con ansiedad.

Ella negó con un gesto y el irlandés pensó que esas citas clandestinas se habían vuelto peligrosas, no para él por supuesto sino para las dos jóvenes. Sophia ni siquiera imaginaba que existiera la perversión y la maldad, ni que tal vez ese malnacido no fuera un sirviente espía de su tía sino un hombre sin escrúpulos aguardando la oportunidad de abusar de una de ellas. Esas cosas de las que nadie hablaba pasaban, con más frecuencia en esos desolados

páramos y las jovencitas estaban en peligro.

Y luego de conversar un momento con Sophia a solas la invitó a su mansión.

—No, no podemos ir señor Kavanagh. Debemos regresar a Winter house a la brevedad—le respondió Alina nerviosa.

Pero Sophia vaciló, él lo notó, no quería regresar tan pronto a su casa. Sus ojos decían mucho más que sus palabras. Sabía lo que había nacido entre ambos, lo sentía ¿y por qué demonios debían seguir ocultándose?

Sophia miró a su hermana esperando su decisión y esta le dijo algo al oído. Él imaginó que estaba espantada y pretendía convencerla de que no fuera.

—Señor Ephraim, si aceptamos acompañarle a su casa tardaremos demasiado en regresar y tía Amy nos castigará.

—Está bien... pero necesito un momento a solas con Sophia, por favor señorita Alina—dijo.

Estaba harto de esperar, de verla a escondidas, de tener que soportar esas citas clandestinas que ahora sabía, eran peligrosas. Todo porque Alina no quería que se acercara a la mansión y fuera él mismo a buscarlas.

La jovencita aceptó con una mueca mientras se alejaba al carruaje.

—Sophia... sé que tu familia te ha prohibido verme y que eso no te ha detenido, pero no podemos seguir así, escondiéndonos como bandidos ni que

tú sufras en manos de algún demente que siga tus pasos—dijo entonces.

Sophia tembló al oír sus palabras.

—Creo que quise hacer esto desde el primer día que te vi en esa boda ángel—dijo antes de atrapar su boca en un delicado beso.

Fue tan repentino, ese abrazo, ese beso furtivo y robado que Sophia se resistió y lo apartó ruborizada. Su primer beso y se lo había dado el irlandés, pero...

Se alejó algo asustada y mareada.

—Sophia—su llamado era un ruego posesivo, estaba pidiéndole que no se fuera, que lo perdonara por su arrebató, pero ni una palabra salió de sus labios.

Ella no se detuvo y huyó, corrió desesperada hasta llegar hasta su hermana. Y entonces al ver que él seguía llamándola con desesperación vaciló y lo miró. Sus ojos parecían echar chispas, pero no estaba enojada, solo sorprendida por el arrebató del caballero.

Y más calmada le dijo que debían regresar a casa.

Pero él simplemente estaba harto de esperar, de poder verla cada vez menos y por poco espacio de tiempo y dando tres largas zancadas la alcanzó.

—Señorita Sophia, ¿por qué huye así de mí? ¿Acaso la he asustado? —dijo el irlandés observándola con fijeza.

No tuvo la certeza de que estuviera asustada, ni sintió tampoco su

rechazo, pero... ella lo miró muy quieta sin responderle como si no supiera qué decir o no se atreviera a hacerlo.

Entonces fue Alina quien intervino y lo enfrentó.

—Señor Ephraim a mi hermana nunca la han besado. Es muy tímida y está asustada. No la abrume con preguntas ni recriminaciones, no es su culpa. Su vida ha sido el piano, la poesía y el encierro. Sophia necesita tiempo y paciencia.

Había cierto enojo en sus palabras, enojo que no pasó desapercibido por el irlandés que miró a Sophia con ansiedad esperando que dijera algo, pero no lo hizo, solo permaneció atrás de su hermana, escondida, como si buscara protección. Pero sus ojos no se apartaban de los suyos, por momentos esquivaba su mirada, pero parecía muy atenta a toda la conversación.

El caballero recapituló, tal vez su desesperación lo había traicionado, su ansiedad había precipitado ese beso, pero no se arrepentía, el sabor de su boca era tan dulce, el calor, el olor de su piel todo era tan suave y delicioso. Se sintió excitado al imaginar que un día le haría el amor toda la noche, todas las noches de su vida.

Y dando un paso hacia ella tomó su mano y se disculpó por su arrebato.

—Lo lamento, no quise asustarla... por favor, perdóneme. Creo que me dejé llevar por la pasión que usted me inspira, señorita Sophia.

Ella oyó sus palabras sonrojada.

—Está bien, acepto sus disculpas, señor Kavanagh. Pero ahora debo regresar a mi casa. Debo hacerlo, es peligroso que nos quedemos aquí—le respondió la jovencita.

Él notó que sus ojos se llenaban de lágrimas mientras Alina tomaba su mano y emprendían el camino de regreso, solas por esa sombría campiña.

Pues no lo permitiría. No las dejaría allí solas desamparadas.

—Aguarden por favor, las llevaré en mi carruaje de regreso a su casa. No es prudente que hagáis el camino solas—les dijo.

Sophia se detuvo y lo miró, la idea le pareció muy agradable pero su hermana intervino.

—No es necesario señor Ephraim. Podemos volver solas.

—Pueden hacerlo sí pero no es seguro. Un hombre las siguió. ¿Y por qué crees tú que lo hizo? —replicó el irlandés. La intervención de Alina empezaba a hartarle. Cuidar de Sophia era su obsesión, su obligación, pues si algo le pasaba por su culpa nunca se lo perdonaría.

Alina sostuvo su mirada y finalmente cedió. Ambas entraron a su carruaje y fueron por las calles con las cortinas echadas.

—No es buena idea, señor Kavanagh, pueden vernos y contarle a mi tía y sabe que se enfurecerá. Usted no la conoce, irlandés—la voz de Alina se oía histérica.

Sophia miraba a su amado irlandés a hurtadillas, no dejaba de pensar

en ese beso, de sentirse en las nubes. Tal vez al comienzo se asustó, pero ahora pensaba que había sido maravilloso. Lo amaba tanto, pero se preguntó por qué todavía no le había pedido matrimonio, ¿acaso no podía hacerlo? ¿No era viudo? ¿O temería ser rechazado? Ella lo habría aceptado sin pensarlo.

Pero tal vez él creyera que no era el momento.

En el carruaje el viaje se hizo más corto, por desgracia para ella y había llegado el momento de la despedida. Ephraim tomó sus manos y las besó con suavidad.

—No os pediré que volváis a ese bosque Sophia, os veré en la parroquia el domingo, esperadme a las diez. Allí estaré.

Sophia asintió emocionada y luego corrió con su hermana sintiendo que nada ni nadie podría impedir que un día estuvieran juntos. Que ni los castigos ni advertencias de tía Amy iban a separarlos.

El irlandés la dejó partir con pesar, estaba furioso, temía que ocurriera lo contrario, que su familia obligara a la joven a casarse con el acaudalado y respetable sir Gladstone, él sí podía aspirar a pedir su mano... Pero eso no pasaría, no lo permitiría. Sophia sería suya muy pronto....

Y mientras esperaba que Sophia se volviera una última vez para mirarle, su mente atormentada hacía planes. Cuando Sophia se volvió un instante y sus ojos lo miraron sintió que era la señal que había estado esperando. Sólo entonces la saludó con un gesto, inclinando su sombrero y

regresó a su carruaje.

En el interior del Winter Cottage, había demasiada algarabía para prestar atención a dos niñas que habían llegado con la falda embarrada y el cabello hecho un desastre. Los ojos luminosos y felices, las mejillas encendidas de Sophia y el enojo obstinado de su hermana, todo pasó completamente desapercibido.

Alina fue la primera en olfatear que había algo muy raro. Tía Amy no las interrogó ni les gruñó como hacía día cada vez que la contrariaban en algo, sino que las miró como si fueran dos ángeles enviadas del cielo.

—Oh Sophia, Alina... por favor... daos prisa. Acaba de llegar sir Gladstone con su hermana Mary y se quedarán hasta el fin de semana pues luego se irán a Londres.

Allí estaba la respuesta. Alina vio cómo la felicidad de su pobre hermana se evaporaba como por encanto ante la mención de ese pretendiente que quería convertirla en su esposa. Sir Lawrence. Vaya. Qué pelmazo. Pobre Sophia. Pretendida por un hombre tan excepcional, de conducta intachable, perfecto por dónde se lo mirara. Y encima guapo. Muy guapo... con ese porte casi militar, y heredero de un señorío hermoso llamado Fendon Castle... Y la muy tonta prefería a ese irlandés de carácter endemoniado, atormentado por secretos del pasado y sin fortuna ni belleza para compensar tantos defectos.

Demonios, si al menos pudiera convencer a su hermana de que esa boda sería un error, pues intuía que ese hombre la haría tan desdichada. Pero la muy necia no la escucharía ni ahora ni nunca. Era terca como una mula, con la locura y ceguera de todos los tontos enamorados de ese mundo. Bueno, ella también estaba ciega, sabía que amaba al hombre equivocado y sin embargo...

—Por favor, subid a cambiaros esa ropa—dijo entonces su tía al notar por primera vez que sus dos sobrinas tenía el cabello sin peinar y los vestidos ajados.

Ambas obedecieron sin decir nada, no querían enfadar a su tía, estaba de tan buen humor.

Pero nada más entrar en el cuarto las dos siguieron caminos diferentes en busca de un vestido que fuera presentable.

Sophia todavía flotaba en una nube al recordar ese beso. Se negaba a pensar en sir Lawrence ahora ni quería verlo en realidad.

Luego de vestirse con la ayuda de su hermana, una doncella llegó algo tarde para ayudarlas con el cabello y el vestido. Fue entonces que notó que Alina estaba muy malhumorada, como si la aventura de esa mañana hubiera sido algo nefasto, pero tuvo que esperar a que la doncella se retirara para poder hablar a solas.

—Alina, ¿en qué piensas? ¿Por qué estás tan enojada? —le preguntó

entonces Sophia mientras cepillaba su cabello y sonreía en el espejo seguramente pensando en ese maravilloso beso.

La muy boba pensaba que ser besada era lo mismo que ir al cielo y volver. Si supiera que a ella la habían besado más de seis veces y que en una ocasión Brandon había intentado llegar un poco más lejos en la pradera.

—No, no estoy enojada, solo cansada por la correría de hoy. Ese hombre que nos siguió pudo hacernos algo muy feo, Sophia. Y tú sólo piensas en el beso de tu enamorado irlandés.

Su hermana se puso seria, pero en realidad no les prestó mayor atención a sus palabras. Claro, ¿qué sabía ella de esos asuntos? Su mundo era el piano, cuidar a mamá y ahora los besos ardientes del irlandés.

—Por algo el irlandés dijo que no habrá más citas en el campo, que de aquí en más se verán en lugares concurridos. Una idea acertada os diré y sin embargo temo que será nefasta para el romance. Tía Amy lo notará, verá que veis con demasiada frecuencia a tu enamorado y no le gustará nada.

Sophia se puso seria.

—Pues no me importa lo que diga tía Amy, no es la dueña de mi vida, no es mi madre—respondió molesta. Empezaba a hartarse del poder que tenía la tía sobre ellas. —Además no creas que va a obligarme a que me case con sir Gladstone. No lo haré.

—¿Y qué harás: casarte con tu amado y diabólico irlandés? Sospecho

que quiere pedírtelo, ese beso fue como una señal. Creo que quiere saber si lo aceptarías si te lo pidiera—dijo Alina con malicia.

Ella seguía pensando que su hermana saldría corriendo la noche de bodas y terminaría encerrándose en su habitación loca de miedo. La veía muy miedosa y tonta, completamente ignorante y nada dada a esas cosas. Había mujeres así, que realmente sufrían la intimidad y escapaban siempre que podían exigiendo cuartos separados y demás...

Alina comprendió, además, que la visita inesperada de sir Lawrence no era casualidad, sino algo planeado por ambas familias. Por su hermano, su tía y sir Lawrence por supuesto.

—Bueno ya veremos si logras escapar—dijo Alina.

Era hora de presentarse para saludar a los recién llegados, a sir Lawrence y a su hermana Mary. Una joven que Alina recordaba engreída y sosa.

Sophia la siguió muy contra su pesar, pero su corazón estaba junto al irlandés, la había besado y esperaba que pronto le hiciera una proposición.

Entraron en el comedor poco después para saludar a los recién llegados. Sir Lawrence la miró con intensidad, como si fuera una especie de visión.

Y cuando se acercó para besar su mano sintió sus labios húmedos rozar su piel y se estremeció de horror. No soportaba que la tocara, que demorara

más tiempo del habitual ese beso y habría deseado apartar su mano molesta, pero todos la miraban y no habría sido cortés, además.

Fue tan incómodo para ella. Sólo quería alejarse y escapar de esas visitas, pero sabía que eso no era posible pues las reglas de la civilidad la obligaban a quedarse y conversar.

Alina notó que su hermana estaba tensa y distante y que buscaba a toda costa alejarse de su enamorado y sonrió con malicia. Pues él no dejaba de mirarla con total embeleso a pesar de que su engreída hermana no dejó de hablar de las fiestas de Londres, de la moda de entonces y de lo mucho que había esperado ese viaje, él se mantuvo lacónico, reservado, pero muy cerca de su Sophia por supuesto, esperando paciente como el más fiel de los enamorados.

Cuando ambas se retiraron a descansar esa noche, Sophia estaba muy alterada por las emociones de ese día. Alina se rio divertida al ver su expresión de malhumor.

—Deja de reírte—la reprendió su hermana mayor.

—Es que no puedo evitarlo, lo siento... traes una cara. Y tía Amy también, pues el señor Lawrence quería pasear contigo a solas y te has negado de forma obstinada.

Sophia se sonrojó y esquivó su mirada mientras se desvestía con prisa y se cubría con un vestido de dormir de tela gruesa y abrigada.

—Tú no entiendes, Alina. Te ríes, pero ya quisiera saber cómo te sentirías si te vieras obligada a casarte con un hombre que detestas.

—Sophia... por qué odias tanto al señor Gladstone? No puedo entenderlo.

Su hermana mayor la miró mortificada.

—¿Es que no comprendes? Ni siquiera soporto que me bese, ni tenerle cerca, ¿cómo esperas que acepte ser su esposa?

—Oh sí que entiendo. Todavía suspiras pensando en el beso del irlandés.

Sophia se sonrojó y sus ojos brillaron de la emoción.

—Estáis enamorada, Sophia. ¿Pero realmente queréis casaros con el irlandés? Para él esto no es un juego. Si te pide matrimonio...

No pudo terminar la frase, su hermana la interrumpió.

—Por supuesto que aceptaré Alina, hace tiempo que sueño con que lo haga. Lo amo y moriré si no me dejan casarme con él, ¿entiendes? No lo soportaré ni querré jamás a otro hombre.

Hablaba con tal vehemencia que su hermana la miró sorprendida, como si no pudiera creerlo.

—Sophia, tú ni siquiera sabes cómo se hacen los bebés y quieres casarte.

Sophia la miró turbada y replicó con calor:

—Claro que sé, me crees tan boba. Me he criado en una granja rodeada de animales que copulan sin parar a cada rato. ¿Crees que nunca vi eso? Por más que hubiera querido cerrar los ojos, lo veía en todas partes.

—¿Así? ¿Y crees que es igual entre los esposos?

—Por supuesto que no, hay otra suavidad y delicadeza.

—¿De veras? ¿Y cómo sabéis eso?

—Me lo dijo Meg. Ella me habló de su noche de bodas en una ocasión.

—¿Os habló de eso? Rayos, no puedo creerlo. ¿Y qué os contó? — Ahora su hermana menor se sintió muy picada por la curiosidad pues no era un tema del que se hablara de forma abierta.

—No os diré, sólo lo mencioné para que dejes de acusarme de ser una ignorante.

—¿Qué? ¿Y no me dirás nada? Por favor. ¿Qué os dijo? Cuéntame cómo fue, yo también necesito saberlo.

—Tú ya lo sabes, espías a los campesinos en la pradera.

Alina se sonrojó y rio divertida.

—Imagino que los caballeros son más delicados que esos brutos campesinos—opinó.

—No todos, Alina. Algunas damas se casan y luego sienten que odian la intimidad.

—Sí, es verdad. Pero ... entonces, ¿crees estar preparada para casarte

con el irlandés sólo porque os dio un beso que os dejó por las nubes?

—Yo lo amo, Alina, lo amo tanto, pero temo que tía Amy no me deje casarme. Que haga algo para separarnos y yo... no quiero casarme con sir Lawrence.

—Vaya, ahora entiendo. Tú no soportas imaginar tu noche de bodas con ese caballero.

Sophia asintió.

—Pero sí te imaginas en los brazos del irlandés—Alina le guiñó un ojo. Su hermana apartó la mirada.

—Sophia, ese hombre no es para ti.

—Ay no empieces con eso por favor. ¿Por qué siempre me dices lo mismo?

—Es algo que presiento... Sospecho que ese caballero no es bueno y no es por los rumores que he oído de él. Tú eres muy buena para él y quizás os haga su esposa, sé que planea hacerlo, pero... no creo que sea buena idea.

—Pero ¿por qué lo dices? Dame una razón, por favor.

—Es que creo que es un hombre malvado y que las habladurías son ciertas. Temo que luego te haga daño, Sophia. Tú eres tan buena, mereces un hombre como sir Lawrence.

—Pero no lo amo, Alina. No soporto que me bese, que me toque. ¿Cómo esperas que me convierta en su esposa? Y no sería feliz, ni él lo sería

tampoco.

Su hermana menor la miró pensativa.

—Lawrence está loco por ti, Sophia. Claro que será muy feliz de que seas su esposa. Además, te ha dicho que entiende tus sentimientos hacia él y no te exigirá nada pues sería muy feliz sabiendo que eres su esposa.

—Y tú oíste toda la conversación, por supuesto. Pues no me importa lo que él desee, pues no tengo ninguna intención en convertirme en su esposa y deseo que no llegue a pedírmelo como espera tía Amy.

—Lo hará, por supuesto. Sólo os dio tiempo, pero tía Amy dijo que sólo se ha interesado en ti.

Sophia no quería continuar esa conversación y dijo que necesitaba irse a dormir. Demasiadas emociones para un solo día y ahora que había visto al irlandés y la había besado nada podía salir mal. Tenía esperanza, había regresado, la había buscado y no la había olvidado.

A la mañana siguiente, Sophia salió a dar un paseo por los jardines del cottage para estar a solas, por momentos estar con tantas personas la hacían sentirse agobiada.

Necesitaba paz, soledad para pensar en ese beso, para soñar despierta con Ephraim y desear que el tiempo pasara deprisa. Faltaba tanto para el

domingo...

Observaba el paisaje extasiada cuando de repente vio un hombre montado en un caballo negro observándola y se detuvo asustada, sorprendida. No era la primera vez que la seguía alguien y la vez anterior había ocurrido cuando fue a reunirse con el irlandés...

Ese sujeto estaba a unos cien metros y parecía estar mirándola, espiándola. Asustada corrió a la casa y de repente al volverse vio que el caballero había desaparecido. Se detuvo para tomar aire y entonces vio a sir Lawrence montado a su caballo mirándola. No pudo ser él... no habría podido llegar tan rápido...

—Buenos días señorita Sophia—la saludó tocando su sombrero se detuvo frente a ella—¿Ocurre algo, señorita? —quiso saber al notar que estaba nerviosa.

Ella se sonrojó al comprender que el misterioso jinete debió ser el irlandés, no sería la primera vez que se acercaba y la espiaba, así que mejor sería no decir nada. No deseaba delatarle.

—Solo daba un paseo...—le respondió y entonces vio que Alina se le acercaba despacio, montada a su caballo, una yegua baya.

No era la primera vez que los veía cabalgar juntos, pero en esa ocasión notó que Alina estaba sonrojada.

—Nada, estoy bien—respondió Sophia inquieta. —Sólo daba un paseo.

Él se acercó mirándola con intensidad mientras descendía del caballo y se olvidaba por completo de su hermana.

—Permítame acompañarla, por favor—dijo galante.

La joven no tuvo más alternativa que aceptar. Sir Lawrence la acompañó y se internaron en la campiña. Sophia no se dio cuenta, pero no había ningún sirviente cerca y el misterioso jinete había desaparecido. Sin embargo, en su corazón sabía que era él, que él también se moría por verla, aunque fuera un momento.

Caminaron sin detenerse hasta que cansada decidió sentarse en una de las piedras grises y planas que había cerca de un lago. Le gustaba mucho ese lugar, le daba tanta paz.

Él se sentó a su lado.

—Mañana deberé partir con mi hermana a Londres, señorita Sophia—dijo de repente sir Lawrence.

Esa noticia la llenaba de ilusión, al fin se vería libre de ese pretendiente, pero procuró disimularlo.

—¿De veras?

La señorita Mary Gladstone no había dejado de hablar de su viaje a Londres desde su llegada y estaban allí de paso, para complacer a su hermano que quería saludar a unos amigos. A ellos por supuesto.

—Sí, pero sólo la escoltaré hasta la casa de su madrina, lady Rose.

Luego debo regresar a Fendon Castle. Mi padre me ha pedido que esté de regreso cuanto antes—parecía preocupado y entonces Sophia recordó que su padre sufría del corazón y no le quedaba mucho tiempo de vida.

—Lamento tener que marcharme tan pronto, señorita Sophia. Y espero poder contar muy pronto con su presencia—dijo el señor Gladstone.

Sophia lo miró con curiosidad. ¿Por qué había dicho eso?

Él se detuvo. Habían llegado a lo más denso de la campiña y estaban solos, en un lugar apartado y desolado. ¡Qué tonta había sido! Por eso le hablaba y la miraba de esa forma. Rayos, tenía que escapar.

—Señorita Sophia, ¿qué le pasa?

La joven se detuvo y lo miró.

—Es que debo regresar a casa, tía Amy se preocupará—dijo ruborizada.

—No se preocupe, su tía sabe que está en mi compañía y que nada malo podría pasarle.

—Por supuesto, es que ella es muy nerviosa, usted no la conoce y si no me ve ahora...—era necesario escapar, rayos, debía hacerlo.

Hubiera corrido, pero no habría sido muy amable y, además, él la siguió como una sombra y de pronto se encontró a solas con su pretendiente, a solas y envuelta en sus brazos. Eso fue la experiencia más extraña e inquietante.

—Señor Lawrence, ¿qué hace usted? —le reprochó y de pronto se vio atrapada, enredada sin poder escapar y sintió con horror que él le robaba un torpe beso mientras apretaba sus pechos al abrazarla muy fuerte.

Fue tan osado que no supo reaccionar a tiempo, jamás habría creído que fuera capaz de semejante arrebato amoroso. Y mientras luchaba por librarse de ese abrazo sintió su boca atrapar la suya y algo húmedo se deslizó por la suya como si él quisiera probar su sabor... y luego suspiró cuando la tuvo así, pegada a él y prisionera de un abrazo amoroso tan atrevido como importuno y por supuesto: indeseable. Ella luchó con todas sus fuerzas para librarse, pero ese hombre era fuerte y no tenía intención de dejarla en paz.

Hasta que Sophia lo apartó con todas sus fuerzas y lo miró furiosa, pero sin atreverse a decirle que estaba loco y era un hombre atrevido.

—Lo siento señorita Sophia... perdóneme—dijo él enseguida—Es que la amo tanto, siempre la he amado, desde que era una niña.

Sus palabras la turbaron y sintió que ardía por dentro. ¿Acaso esperaba justificar ese arrebato diciendo simplemente que la amaba?

—Sé que está confundida, que es muy tímida y tal vez le dé miedo pensar en el matrimonio ahora pero no tema. Soy un hombre paciente y jamás le haría daño.

Sophia se alejó sin decir palabra, estaba furiosa y asustada. Jamás

pensó que ese hombre sería capaz de hacerle eso. La había tratado como si fuera ya su esposa y tuviera algún derecho a propasarse, a exigirle que...

Corrió rumbo a la casa y tomó un atajo por los jardines, sólo quería encerrarse en su habitación y no hablar con nadie.

Estaba tan furiosa por el rapto que nada más entrar lloró furiosa y desconsolada.

Agradeció que su habitación estuviera vacía porque en esos momentos no deseaba ver a nadie.

Al día siguiente sólo se vieron durante el almuerzo y la cena, se mantuvo alejada de él cuidando a su madre que sufría de nuevo jaquecas. Nunca había estado tan feliz de atenderla.

—Sophia ¿qué haces aquí? Ve a reunirte con los jóvenes de Fendon Castle—le reprendió su tía al ver que se quedaba allí todo el día.

Sophia no respondió y se alejó de su madre para que su tía la dejara en paz. Ambas conversaron un momento y la joven se escabulló para que tía Amy no la obligara a dejar la habitación.

En un momento se acercó a la ventana para ver ese frío día de otoño con algunas nubes en el horizonte. Sonrió al pensar que faltaban sólo dos días para ver al irlandés en la iglesia. Pero entonces vio a su hermana y a sir Lawrence conversando en los jardines y tembló de rabia al recordar lo que le

había hecho. ¿Por qué no se fijaba en su hermana y la dejaba en paz? Ella aceptaría encantada sabiendo que sería la señora de Fendon Castle. Ahora más que nunca sabía que nunca sería su esposa.

Sir Lawrence se marchó muy temprano rumbo a Londres con su hermana, y antes de irse quiso despedirse de ella.

—Espero verla pronto señorita Sophia, ha sido una estadía muy agradable para mí—le dijo.

Ella trató de ser amable y fingir que nada había pasado, pero no pudo evitar sentir un rechazo y rabia, ese hombre le provocaba fastidio. Y cuando finalmente se fue, sintió un alivio inmenso.

Pero cuando regresaba adentro vio a su hermana conversar con tía Amy y mirarse con aire conspirador. Tía Amy estaba feliz, pero Sophia se sintió feliz porque mañana vería a Ephraim. Era lo único que le daba consuelo.

Al día siguiente fueron al templo en compañía de su tía y su hermana. Era una cita de todos los domingos y la iglesia estaba tan atestada que debieron conformarse con los asientos de la mitad luego de que tía Amy estuviera saludando y conversando con sus amigas.

Sophia buscó a Ephraim, pero no lo vio por ningún lado, miró a hurtadillas y el sermón del reverendo Adams se le hizo eterno. Ese hombre hablaba tanto y decía tantas cosas que a veces se entreveraba y... era suplente

del reverendo Stuart, demasiado joven y atolondrado para hablar. El reverendo Stuart siempre organizaba sus sermones y eran claros, sencillos, a veces parecían cuentos.

Cuando terminó la liturgia, Sophia se disponía a abandonar el recinto algo triste pues el irlandés no había ido como prometió, cuando sintió un raro murmullo de fondo y notó que varias personas miraban hacia adelante y hacían gestos como si hubieran visto algo extraño.

—Sophia—dijo su hermana Alina señalando a la distancia con un gesto.

Sophia tembló al ver aparecer en persona al irlandés, despertando miradas de rabia y descontento como aquella vez en la boda, como el día que lo conoció. La gente lo evitaba como si fuera el diablo, se alejaban de él lentamente fingían no verlo o simplemente lo miraban con expresión torva.

—Pero ¿cómo se atreve? —dijo una mujer gorda de un sombrero inmenso de ala ancha.

—Claro que no se anima a entrar, no es tan descarado. Sabe bien lo que hizo...—dijo otra.

—¿Y qué hizo?

Sophia se sintió muy nerviosa al oír esa conversación y aunque deseaba correr al encuentro de su enamorado no pudo evitar oír la conversación.

—Pues claro que lo sabes Annie, todos saben que mató a la pobre hija

del conde de Richmond. Pobrecita niña, era adorable. Rubia. Como un ángel.

No era la primera vez que oía esa acusación tan cruel. Desconocía los detalles, solo sabía que había sido una boda convenida por su padre y que el matrimonio no había sido afortunado. La joven murió al poco tiempo despertando sospechas y su hermana había dicho filosóficamente “bueno, si muere el marido culpan siempre a la esposa y si sucede a la inversa el marido es el culpable...”

Miró inquieta al irlandés. Sabía que no eran más que rumores, que él nunca sería capaz de algo tan monstruoso, que se reía de todas esas comadres que murmuraban a su espalda. Sus ojos la miraban a ella y sonreían levemente y Sophia se acercó hechizada por su mirada y por el anhelo de verlo y conversar un instante. Solo eso...

—Señorita Sophia, ¿cómo está usted? —preguntó y luego besó su mano galante.

Ella se sonrojó intensamente y sólo deseó que todos desaparecieran en ese instante y pudieran quedarse a solas. Pero en ese momento se convirtieron en el centro de las miradas y apenas pudieron conversar, pues tía Amy se acercó con gesto furibundo.

—Sophia—dijo en tono impertinente y luego miró al irlandés: — Señor Kavanagh—a modo de saludo.

Él la saludó muy gentil. Pero detrás de tía Amy apareció su hermano

mayor de la nada y él estaba mucho más enojado que la dama de marrón...

—Sophia. ¿Qué haces aquí? —dijo y miró al señor Kavanagh casi sin verle mientras se la llevaba lejos de su compañía.

¡No podía ser! Cuando no era tía Amy era su hermano Anthony... miró al irlandés con desesperación, pero su hermano le ordenó que subiera al carruaje de inmediato. Imaginaba que le daría un sermón, su tía y su hermana aguardaban en el vehículo con expresión de ansiedad.

—¿Acaso os volviste loca, hermanita? ¿Estabas coqueteándole a ese sujeto? —la acusó.

Diablos, ¿qué hacía Anthony en la parroquia? ¿Por qué no estaba con su esposa, con su hija en el señorío de Richmond? Se preguntó Sophia molesta.

—No estaba coqueteándole, el señor Kavanagh es mi amigo—le respondió Sophia.

—¿Tu amigo? ¿Ese sujeto tiene la peor reputación del condado, es que no te has enterado? Tía Amy. ¿Qué significa todo esto?

Su tía lo miró con los labios apretados.

—Ya le hablo a tu hermana, Anthony, pero no ha querido escucharme. ¿Acaso sigues viéndote a escondidas con ese caballero?

Rayos, ahora los dos la acusaban mientras Alina observaba la trifurca sin mover un dedo, no hacía más que mirar por la ventanilla como si esperara

ver a alguien.

—¿Así que has estado viéndote con ese sujeto contrariando las órdenes de nuestra tía? Sophia, te desconozco.

Ella lo miró ceñuda y no respondió, no quería que luego se enojara y la dejara castigada durante días, lo conocía bien. Y luego de retarla, de decirle que era una tonta de capirote agregó:

—Te prohíbo que vuelvas a verlo Sophia, ¿me has escuchado? —dijo furioso y luego miró a tía Amy. —Y tú tía Amy, por favor, avísame si esa pequeña cabeza hueca no hace caso a mis consejos.

La cara de su tía era un cuadro. Ella que tenía tanto carácter... y sin embargo claudicó ante su sobrino, pues al parecer la autoridad del señor de Richmond house era casi como la de nuestro Señor: totalmente inescrutable.

Ante los gritos de Anthony, tía Amy callaba. Sin embargo, no respondió que ella había hablado con su sobrina, no se defendió, no dijo nada.

Sophia pensó que era injusto, pero pronto descubrió por qué su hermano estaba tan furioso, pues al llegar al Cottage dijo que quería hablar con ella en la biblioteca.

Alina la miró con pena y se fue con tía, sintió que todos la dejaban sola. La dicha de haber visto al irlandés se había esfumado y sólo quedaba un recuerdo dulce en su mente, dulce pero triste. No era justo, fueron tan

groseros al tratarlo así, al llevársela como si hubiera hecho algo muy malo.

—Sophia. Ve. Tu hermano espera en la biblioteca—le dijo tía Amy con expresión torva—Os advertí, os dije que no hablaras con ese caballero.

La jovencita se alejó sin decir palabra, sabía que la esperaba otra reprimenda y debía ser fuerte. Mejor sería evitar confrontaciones todavía.

Su hermano estaba allí, parado frente al escritorio que perteneció a su padre. Se parecía mucho a él, en apariencia, no había heredado su carácter noble y bondadoso por desgracia.

Al verla entrar la miró muy serio y luego le ordenó que se sentara. No la perdió de vista.

—¿Desde cuándo tienes una amistad tan inconveniente, Sophia? —le dijo casi enseguida.

Ella lo miró sin responderle.

—Habla, hermanita. Sé bien que no eres muda y conoces la respuesta.

Sophia tragó saliva y apretó sus manos, tensa.

—Hace unas semanas—respondió.

—¿Y lo has visto aquí, en la casa?

—No.

—¿De veras? No mientas, Sophia. Te conozco y te vi muy sonrojada al lado de ese caballero hoy. Y sospecho que esto no es nuevo y que tú... estás interesada en ese hombre.

Ella parpadeó inquieta, pero no respondió, no podía hacerlo. Sintió un nudo en la garganta, dijera lo que dijera su hermano se enfurecería y le prohibiría verlo.

—Te agrada más que sir Gladstone al parecer—era una acusación.

Sophia enrojeció.

—Y, sin embargo, os aseguro que de los dos, sólo sir Lawrence es un auténtico caballero, Sophia—insistió su hermano. Y luego, como si cambiara de idea le dijo con suavidad: —¿Acaso no os agrada sir Gladstone?

Ella lo miró inquieta, aturdida. Y volvió a callar. No diría una palabra.

—Sophia, exijo una respuesta. Deja de fingir inocencia. Has estado flirteando con el hombre más malvado y peligroso del condado. ¿Es que no lo entiendes? Ese hombre no es para ti y jamás aceptaré que tengas siquiera una amistad con él, mucho menos si él... Me han dicho que ese demonio está interesado en ti. ¿Acaso os habló, os dijo algo?

—No... no me ha dicho nada, déjame en paz—replicó la jovencita desesperada.

—¿Qué te deje en paz? Pues es ese malnacido que debe alejarse de ti, no es más que el hijo ilegítimo de un escocés que está aquí como señor de su infame señorío gracias a la generosidad y bondad de su abuelo, que lo nombró su heredero in extremis. Pero no fue capaz de usar el apellido ilustre de su madre, Stone Hill, prefiere ser reconocido como el bastardo Kavanagh.

—Por favor no lo llames así. No tienes más que prejuicios contra Ephraim, como todos aquí. Nadie lo conoce, nadie le da una oportunidad. Es un caballero bueno y muy agradable.

—¿Oh, de veras? Entonces has podido conocerlo más de lo que has confesado. Y por supuesto que se ha hecho el caballero frente a ti, no es tonto, jamás se mostraría como es. Ese hombre ha tenido todo para convertirse en un sujeto respetable y apreciado aquí, pero decididamente que ser un hombre de bien nunca estuvo en sus planes. Para empezar, fue concebido en el pecado, en un acto de desobediencia de su madre y luego, al regresar, cuando su abuelo estaba muriendo insistió en seguir usando el apellido de su padre. Tiempo después enamoró a la hija del conde de Warwick, una jovencita preciosa y buena y su suerte parecía que iba a cambiar. Pudo cambiar. Pero él lo arruinó de nuevo. Hizo muy desdichada a la joven y su boda duró lo que un suspiro.

—Eso no fue su culpa, fue una fatalidad. Lo detestan porque su madre se fugó con un caballero, y lo odian porque es el fruto de ese amor, como si fuera su culpa y toda su vida debería ser condenado y culpado de algo que no hizo.

Su hermano la miró furioso de que defendiera al irlandés.

—Sophia, no sabes nada de ese hombre, no tienes idea a quién estás defendiendo. Sólo lo defiendes con obstinación porque te has encaprichado

con ese caballero. Pero no sabes nada de él ni de su familia. De haber vivido su tío Andrew él jamás sería el dueño de Drake house. Pero esa familia parece condenada a la desgracia y aunque su abuelo era un buen hombre y respetable, sus hijos salieron torcidos y su único nieto también. Frecuenta clubes de Londres Sophia, y se rodea de indeseables. Hombres jóvenes y libertinos, seres de mala reputación y francamente inmorales. Así que no lo defiendas, tú no sabes la verdad. ¿En realidad, no sabes nada de ese hombre y te prohíbo que vuelvas a dirigirle la palabra, has comprendido? No sería prudente que lo hicieras, además.

Ella lo miró nerviosa cuando dijo eso último.

—¿Prudente? No comprendo por qué lo dices, Anthony.

Él se acercó y la miró.

—No deseo que arruines tu reputación hermanita con esa amistad. ¿Es que no piensas en tu futuro? ¿Tienes la posibilidad de hacer un buen matrimonio y quieras arruinarla por un irlandés beodo y libertino?

—Ephraim no es un libertino, Anthony. Eres muy cruel al decir esas cosas.

—¿Cruel dices? Cruel es que arruines tu vida por coquetear con ese sujeto. Sophia, despierta, no tienes ninguna esperanza de ser la esposa de ese hombre, sobre mi cadáver os casarías con él si es que ese sinvergüenza tiene la osadía de pedir tu mano, cosa que dudo que haga. Además, no es necesario

que pierdas el tiempo flirteando con ese caballero.

Sophia sintió su corazón palpar enloquecido.

—Tengo el pretendiente adecuado para ti. Es sir Lawrence y acaba de pedirme tu mano esta mañana, hermanita y lo he aceptado. Él será tu marido y no creo que seas conveniente que se entere de esta desafortunada amistad.

—No es verdad—murmuró.

—Por supuesto que lo es. ¿No estás feliz? Dudo mucho que encuentres un partido mejor que ese en todo el condado, Sophia. Es un hombre rico y de noble linaje. Y necesita una esposa pronto pues su padre se lo ha pedido encarecidamente. No le queda mucho tiempo de vida al caballero de Fendon. Una verdadera pena por supuesto.

—No me casaré con sir Lawrence, no lo haré.

Él la miró ceñudo.

—Pues no te he pedido tu opinión, Sophia.

—No lo haré. Por favor. ¿Acaso les has dado tu consentimiento, le has prometido que seré su esposa?

Su hermano asintió muy serio.

—Así es, hermanita. Y mejor será que dejes esa amistad y te hagas a la idea de que te casarás con sir Lawrence, pues le he dado mi palabra y tú sabes bien que la palabra de un caballero vale mucho. Y no me harás quedar mal por un capricho.

—¿Un capricho? ¿Eso crees que es? —Sophia contuvo las lágrimas y quiso escapar de esa habitación y de esa casa en esos momentos.

—Por supuesto que lo es. No es más que un desvarío amoroso. Vaya, ¿quién lo iba a imaginar? La tímida y apocada Sophia, sufriendo caprichitos románticos.

Se burlaba de ella, se reía como siempre había hecho.

—Pero no podrás tener esos caprichos, hermanita. Tu deber es obedecerme, soy vuestro tutor en ausencia de nuestro padre y te ordeno que te cases con sir Gladstone en dos semanas y lo harás.

—¿Qué dices?

—Lo que acabo de deciros. No habrá una fiesta por respeto a su padre enfermo. Sólo una pequeña ceremonia. Por eso he venido hoy, hay una boda que organizar y espero que os hagáis a la idea.

Sophia incorporó furiosa y lo enfrentó con su mirada retadora. Pero no dijo nada. Sólo quería abandonar ese lugar y esa casa cuanto antes. Jamás se casaría con sir Lawrence. Antes prefería morir.

—¡Ven aquí Sophia, Sophia! —gritó furioso.

Ella corrió con todas sus fuerzas, pero él la siguió y la alcanzó cuando llegaba a la escalera. Estaba muy enfadado y sus ojos parecían dos llamaradas, sabía que eso era peligroso y que si lo provocaba le daría una zurra como cuando era una niña.

—Todavía no he terminado de hablar contigo Sophia, regresa ahora a la biblioteca—le dijo con la mandíbula tensa.

Ella se resistió, pero para él no fue difícil someterla, era un hombre fuerte y en el forcejeo lloró, no pudo contenerse y la voz de tía Amy hizo que su hermano aflojara la presión de sus manos.

—Anthony. Por favor. Deja en paz a Sophia.

No esperaba que su tía lo hiciera, pero la miró agradecida.

Su hermano en cambio no estaba tan contento con su tía, pero por respeto no replicó y la liberó.

Sophia corrió a encerrarse a su habitación para llorar, mientras veía que su tía se quedaba hablando con su hermano. Cuando llegó a su habitación se encerró con llave para que nadie la molestara. La magia de ese día se había arruinado por completo.

De pronto escuchó pasos y vio a su hermana mirándola con pena.

—Sophia. ¿Qué pasó?

Ella la miró.

—Tú ya lo sabías verdad?

Su hermana pareció sorprendida.

—¿De qué hablas? Yo no sé nada.

—Sir Gladstone. Anthony le dicho que seré su esposa, Alina. Ni siquiera habló conmigo de ello como si no existiera, como si no importara

saber lo que pienso al respecto.

Alina la miró con lástima.

—Entonces os casaréis con él?

—No, no lo haré. Y tú me ayudarás Alina.

—¿Ayudarte? ¿Cómo?

Sophia lloró y no le respondió.

—Luego te diré, ahora déjame sola por favor.

—Está bien... como quieras. Pero dudo que pueda hacer mucho. Si Anthony quiere que te cases con su mejor amigo, pues no veo la forma en que puedas escapar.

Días después tía Amy habló con Sophia en la sala de música.

No traía buena cara y ella lo notó enseguida.

—Siéntate querida niña—le rogó.

—Tu hermano me ha pedido que... hable contigo.

Dio algunos rodeos. Sobre su futuro, su felicidad, su bienestar y Sophia suspiró mientras permanecía impasible mirando el piano.

Hacía días que estaba castigada encerrada en su habitación sin poder tocar el piano, sin poder salir y lo peor de todo era verse privada de su piano.

Su hermano tenía todo organizado y ella, debía partir a Fendon Castle el lunes próximo.

Sophia no dijo nada.

Su tía estaba preparada para un estallido de llanto, preguntas, recriminaciones, hasta pedido de ayuda, pero algo raro estaba pasando.

—¿Sophia, te sientes bien?

Sophia permaneció con la mirada fija en el piano, parecía llamarla... Y sin poder contenerse se acercó y lo levantó para tocar una pieza. Lo necesitaba.

Su tía al ver que desobedecía una orden se levantó alterada.

—Sophia, deja el piano, estás castigada y tu hermano te prohibió que lo tocaras.

Ella la miró con rabia.

—¿Y por qué debo obedecer a mi hermano? Él no es mi padre. ¿Por qué permites que me trate así y por qué haces todo lo que él dice?

Los ojos de tía Amy se abrieron de repente, no se esperaba semejante contestación.

—No me hables así, siempre las he cuidado Sophia y tú en vez de agradecerme lo me lo recriminas. Tu hermano quiere lo mejor para ti y lo sabes.

—¿Y ahora me entregas a ese caballero y me dices que es por mi bien? Intentas convencerme de que no tengo otra alternativa.

—Es que no la tienes, Sophia, es cierto... ningún caballero se

interesará en ti, no un caballero tan magnífico como sir Gladstone.

—¿No tengo escapatoria? Si yo no he hecho nada malo. Por qué debo casarme de repente como si hubiera sido castigada por algo. Además ¿cómo esperas que me convierta en su esposa en dos semanas?

—Sophia, calma, para eso estoy aquí, siéntate. Tranquilízate. Debo hablarte de esa boda, de lo que se espera de ti. Te ruego que reflexiones, que veas la ventaja de esta unión.

Sí, las ventajas. Las virtudes de su futuro esposo. Viviría como una reina en Fendon Castle y nada le faltaría y luego arreglaría una boda igualmente ventajosa para su hermana.

—Sir Lawrence es un caballero, tú lo sabes.

¿Un caballero? Sintió rabia al recordar sus besos en los jardines.

—Él no te obligará a consumir el matrimonio, pero creo que tú debes permitir que eso pase. De eso quería hablarte.

Sophia no entendía a qué se refería con consumir y miró a su tía perpleja y se lo preguntó.

Y tía Amy se lo dijo.

La jovencita se puso colorada y muy alterada de imaginarse tal vez a ella desnuda en la cama soportando que ese hombre le hiciera las cosas que le había contado Alina una vez. Con sólo recordar su lengua en su boca sintió tanto asco que pensó que nunca podría llegar a consumir nada con ese

hombre.

—Ti Amy por favor, no quiero casarme, odiaría que ese hombre me tocara. No importa si dice que me dará tiempo, nunca estaré preparada para eso.

Sophia intentó convencer a su tía de que el matrimonio no era para ella, que sentía asco de pensar que un hombre pudiera desnudarla y hacerle esas cosas tan horribles y vergonzosas.

Pensó que como buena solterona que era tía Amy lo entendería.

Alina dijo una vez que las mujeres que no soportaban la intimidad se convertían en solteronas. Y tía Amy lo era...

—Sophia, eso dices ahora porque te da pudor pensar en eso y es muy encomiable que así suceda. Pero nada debe avergonzarte, sólo tratar de sacar ventaja de esto. Al principio será difícil para ti, lo sé, pero luego te acostumbrarás, Sophia, todas las mujeres pasan por eso la primera vez, pero si aceptas casarte con sir Lawrence no podrás negarte a sus brazos hasta que le des un heredero. Luego os dejará en paz.

Sophia se quedó pensando en esas palabras y de pronto volvió a sentarse en el piano y comenzó a tocar una melodía suave.

Tía Amy se dio por vencida.

—No puedo hacerlo tía, no puedo casarme con él y tú sabes por qué, lo sabes.

Su tía la miró con pena, pero no la reprendió como esperaba.

—¿Y por qué no se casa mi hermana Alina? Ellos han conversado algunas veces y creo que Alina está enamorada de Fendon Castle, tía Amy. Ella sería una esposa más apropiada para sir Lawrence.

—Sophia, eso es una locura, que quieras que tu hermana ocupe tu lugar porque ama el señorío de la familia Gladstone.

—Podrías preguntarle.

—Pero tú has sido la elegida del joven sir, no tu hermana. Porque te quiere a ti Sophia, hace tiempo que le gustas. Solo esperaba que crecieras un poco porque te veía muy joven. Sabe que todavía lo eres y ha prometido que cuidará de ti y sé que lo hará, que será un excelente esposo- Escucha hija, es un buen hombre, de no ser así jamás te pediría esto. Y tiene una buena posición, nada te faltará, cuidará de ti y tus hijos nacerán en un hogar con todas las comodidades.

—Pero tú me criaste diciéndome que el dinero no lo era todo, tía Amy, que, aunque nos faltaran vestidos nuevos y otras cosas, debíamos agradecer y dar gracias al Señor por lo que teníamos.

—Sí, es verdad, pero en este mundo Sophia la vida es muy dura para las personas pobres y no deseo que tú vivas con estrecheces, que por un capricho lo pierdas todo. Porque sé que ese hombre es un capricho de juventud. ¿Qué vida tendrías con ese joven irlandés? He oído decir que su

propiedad está en ruinas y que ... él no puede casarse contigo y no lo hará. Por favor no te ilusiones, intenta olvidar a ese hombre. No se trata de que su fortuna haya menguado y su mansión sea un lugar espantoso para vivir... Lo que quiero decirte es...—tía Amy vacilaba, notaba el cambio en su sobrina al mencionar al irlandés.

—Escucha Sophia... ese hombre no es bueno. Por eso me sentí tan mal, tan afectada cuando supe que lo veías a escondida. No se trata de que sea pobre—hizo una pausa y continuó, muy afectada: —Su esposa era un ángel, todos lo decían y un día apareció muerta, dijo que fue un accidente, pero nadie le creyó y todos saben que él no la quería, que no era un esposo tierno y considerado y que si lo contrariaba la dejaba encerrada en la habitación. Fue una boda arreglada por las familias, ignoro si ella se enamoró, si fue él que se encaprichó pues en esos tiempos no vivíamos aquí, pero... Lo que sí sé es que luego apareció muerta, Sophia. Y tú eres una joven hermosa, delicada como una flor, tan frágil y si algo te pasara, si ese hombre te lleva con él a esa mansión Sophia... ¡Tiemblo de pensar en lo que podría pasarte!

—Pero él no me ha pedido matrimonio, tía Amy—dijo la joven con cierto pesar—Además, ¿cómo sabes si él culpable de la muerte de su padre? Nosotros no vivíamos en este pueblo cuando ocurrió esa tragedia.

—Sin embargo, le han visto merodeando el Cottage y también... que te

has visto con él a escondidas con la ayuda de Alina. No me engañas Sophia, ¿crees que no tuve un día tu edad y me enamoré de un muchacho que me decía cosas bonitas y me buscaba? Pues despierta ahora, ese hombre planea seducirte y no está jugando como tú lo haces, es un hombre y lo que quiere es encerrarte en su mansión como hizo con la otra esposa y luego... serás muy desdichada. Por favor, escucha mi consejo.

—¿Y qué crees que sentiré si me obligáis a casarme con sir Lawrence?

Su tía guardó silencio un momento.

—Es lo mejor para ti, es por tu bien, Sophia—dijo nerviosa—. Y sé que

un día me lo agradecerás. Ahora eres muy joven para tomar una decisión tan importante tú sola. No puedes hacerlo. Puede que las intenciones del irlandés sean honestas, pero no es un buen hombre para tenerle en cuenta como candidato a pedir tu mano. Tu hermano no lo aceptará, él es tu tutor en ausencia de tu padre y le debes respeto y obediencia. No podrás casarte si él no da su consentimiento, si no está presente el día de tu boda, ¿comprendes?

Sophia abandonó el piano cuando escuchó las últimas palabras de su tía.

—No puedes decir eso tía. Mi hermano no es mi tutor, no es justo, él lo tiene todo en esta vida ¿y acaso pretende quitarme lo único que me hace feliz?

—Anthony sólo piensa en tu felicidad y la de tu hermana, también está buscando un esposo para ella. No quiere que sean dos solteras, deberías sentirte agradecida por eso. Que a pesar del revés de fortuna que tuvo vuestro padre podréis hacer buenos matrimonios las dos.

Oh por supuesto, su amable y bondadoso hermano mayor, que recibió toda la herencia paterna, incluyendo las dos propiedades del norte que debían ser su dote para casarse. Claro que era muy generoso y abnegado cuando lo tenía todo.

Sophia no quería oír nada más del asunto y lo que hizo fue correr de la sala furiosa. Necesitaba pedirle ayuda a su hermana, debían intentar algo... sospechaba que si no se fugaba la obligarían a casarse con ese hombre.

Pero Alina estaba nerviosa, no hacía más que dar vueltas en su habitación como fiera enjaulada.

—Alina, quieren obligarme a que me case con ese hombre por favor tienes que ayudarme...

Su hermana la miró muy seria mientras Sophia le contaba la conversación con su tía.

—Sophia, es lo mejor y lo sabes. Lo que dijo nuestra tía es verdad, nuestro hermano no aprobaría nunca una boda con el irlandés y necesitas de su autorización para casarte.

—Pues no me rendiré, no me casaré con ese hombre y lo sabes. Yo no

soy como tú, no me interesa su fortuna ni el inmenso señorío de Fendon Castle.

Alina sonrió.

—Te arrepentirás de haberlo rechazado.

—No me arrepentiré. Bueno, ¿me ayudarás o no?

Su hermana menor la miró crispada.

—¿Y qué diablos quiere que haga? ¿Piensas huir del cottage ahora? ¿Y a dónde irías? ¿Esperas que algún familiar te dé cobijo en tu rebeldía?

Ella no lo esperaba, pero al menos quería saber que contaba con su hermana menor.

—Tú realmente quieres casarte con el irlandés? Yo no creo que sea buena idea, deberías esperar un poco, Sophia.

—Alina, sabes que Ephraim no me ha pedido matrimonio.

—Por supuesto, nadie lo deja acercarse a ti ahora, pero escucha, el señor Gladstone es un caballero muy guapo y adinerado. Todavía no entiendo por qué te niegas, yo aceptaría encantada casarme con él.

Sophia miró a su hermana menor boquiabierta.

—¿Y Brandon Becket?

Alina se puso muy seria.

—Se irá el mes próximo a América. Me pidió que me fuera con él, pero no es mi esposo y no quiero pasar meses atrapada en un horrible navío.

Así que hemos terminado.

Sophia no sabía nada de eso.

—Pero tú...

—No te lo dije, claro. Estoy destrozada, esperaba que al menos me pidiera matrimonio, pero sólo me pidió que huyera con él, que en Boston hará fortuna y podremos vivir como reyes, pero es demasiado aventurero para mi gusto. No lo haré además... veo algo malo en su futuro. Algo que me hiela la sangre, sabes.

Alina lloró al confesarle que había tenido una pesadilla con ese viaje y se lo dijo a su antiguo enamorado, pero él se burló de esos sueños.

—Oh Alina... crees que él corre serio peligro?

Su hermana asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Cuando suba a ese barco nunca más volveré a verle, sé que morirá y eso me aterra. Me aterra saber esas cosas, intuir las, quisiera no tener esas visiones ni esos sueños.

Sophia la abrazó y pensó que ambas eran tan desdichadas en esos momentos.

Alina acababa de perder a su amor y ella también, de cierto modo su amor por el irlandés era algo inalcanzable.

Pero Alina no quería ser consolada. No estaba tan triste como Sophia en realidad.

—Estoy bien, sólo necesito olvidar. Por eso llevo días así, de mal humor. Y os aseguro que me encantaría estar en tu lugar Sophia.

—Pero ¿por qué lo dices?

—Tú lo sabes... Sir Lawrence es un caballero tan educado y agradable. Y está loco por ti. No deberías creer que te han condenado a la horca ni sentirte tan desdichada. Es un buen hombre, Sophia. Piénsalo con calma.

—Pues tú sabes lo que pienso sobre eso y si tanto os agrada... ¿por qué no tomáis mi lugar?

Alina no se ofendió por sus palabras. Esta vez no.

—Pues no niego que me gustaría casarme y escapar de esta casa, pero tía Amy cree que soy muy joven para hacerlo. Piensa que soy una niña todavía y no lo soy. Además, él te escogió a ti, Sophia. Él te quiere a ti como a su esposa.

—Pero nunca me tendrá. Antes prefiero morir a tener que soportar que ese hombre me toque.

—Oh, ¿por qué dices eso? Pareces una malcriada. ¿Y crees que el irlandés no te tocará cuando llegue el momento?

Sophia se puso colorada como un tomate.

—Pues si piensas así mejor será que no te cases amiga. Y punto. No lo hagas. Porque el matrimonio es eso justamente. Y si pudiera iría encantada en tu lugar, pero no iré a donde no me llaman por supuesto. El día que encuentre

un esposo espero que esté loco por mí y no por ti.

Alina era orgullosa y lo que decía su hermana mayor era ridículo. Ir en su lugar. Como si eso fuera posible.

—Pero os vi conversar con sir Gladstone.

—¿Y eso qué? ¿Crees que por eso me aceptará a mí y no a ti? Vamos, es tu antiguo enamorado y no renunciará a ti tan fácilmente. Ya ves que habló con Anthony para que te cases con él y no ha esperado a conocer tu opinión al respecto. Debe pensar que eres muy tímida y nunca dices una palabra. Tú no estás lista para el matrimonio, eres una miedosa. Le tienes miedo a todo y también sospecho que temes ver a un hombre desnudo.

—No es verdad, no es por eso. Deja de burlarte de mí, realmente estoy desesperada. Debes ayudarme.

—¿Y qué quieres que haga? Por favor, dímelo. Ni siquiera puedes salir de esta habitación porque estás castigada, cómo esperas poder escapar de aquí.

—Alina, por favor, avísale al irlandés. Él debe saber que me tienen encerrada aquí.

Su hermana recapituló.

—Y qué si lo sabe? Quieres que venga y te lleve por la fuerza, que te rapte y luego... No podrás casarte con él, no te dejarán. Es una locura, Sophia. Esto no puede ser, no tienes edad para casarte sin la autorización de

mamá. Son muy estrictos con eso.

—Pero quizás el irlandés pueda convencerlos, hacer que autoricen nuestra boda. Si me lleva con él, si me rapta entonces tendrán que aceptarlo. Los obligaremos a hacerlo y...

—Sophia, eso no puedes decidirlo tú, lo deseas por supuesto, pero es él quien debe luchar por ti. Si realmente te ama por supuesto y sus intenciones son honestas.

Sophia sabía que su hermana tenía razón, estaba precipitándose por la desesperación de saber que su hermano y su tía querían casarla por la fuerza con ese caballero, pero no podía esperar a que el irlandés llegara y la rescatara en su caballo, como un caballero andante. Eso sólo pasaba en las novelas rosa que leía a veces, no en la vida real.

Sophia miraba la lluvia caer salpicando la ventana de su habitación como si fueran lágrimas y suspiró. Tres días de lluvia, de frío, y su hermana tan triste como ella o más pues Brandon había partido al nuevo mundo y sabía que nunca más iba a verle. Lo cierto es que ninguna era mejor compañía para la otra, pero Sophia comprendió que al menos ella no había perdido las esperanzas de que el irlandés fuera a buscarlo.

Miró a su hermana menor con pena, se veía pálida, cansada y dormía demasiado, tía Amy insistía en que llamaría al médico, pero Alina se negaba.

—¿Todavía llueve? Oh, qué mal va eso. Bueno, al menos aplazarán tu boda con el señor Gladstone.

La expresión de Sophia era de espanto.

—Debo ver al irlandés, escribirle una nota. Tú podrías...

—Ay no cuentes conmigo, tía Amy me vigila como una carcelera todo el día. No me deja salir de aquí, al parecer las dos estamos encerradas. Y yo por tu culpa. No pude despedirme de Brandon, no pude hacerlo—replicó Alina y lloró.

Su hermana mayor la abrazó.

La llegada de la doncella con la bandeja del almuerzo puso fin a la conversación. Pero luego, Alina no quiso probar ni un bocado de ese pastel de patatas ni el pudding.

—Debes comer algo, Alina. Te debilitarás.

Ella la miró con expresión desconsolada, como si nada le importara.

—No tengo hambre. Come mi ración si quieres. A ti nada te hace perder el apetito, ¿verdad?

Sophia la miró con expresión culpable.

—Sabes que no lo haré.

Alina no la escuchaba, se acercó a la ventana y dijo:

—Maldita lluvia... es como si todo estuviera perdido hoy y todo fuera llanto y dolor—se quejó y corrió los cortinados para no ver ese día gris y

lluvioso.

—Alina... ¿cuándo pase la lluvia podrías enviarle una carta al irlandés? Por favor.

—Cuando pase la lluvia todo se convertirá en un lodazal y no podré ir a ningún lado. En realidad, eso puede ser una ventaja para ti. La boda se retrasará pues nadie sensato saldría con un tiempo tan inclemente como este.

Tenía razón por supuesto. La lluvia incesante dejaría inundando los caminos y luego quedarían aisladas. No recibirían visitas, pero tampoco podrían salir. Eso descorazonó a su hermana mayor.

—Estoy harta de todo Alina, a veces quisiera arrojarme al mar ¿sabes? Meterme en el agua y desaparecer. Sí, es lo que más me haría feliz ahora.

Esas palabras escandalizaron a su hermana.

—No hables así por favor, no lo digas ni en broma. Tranquilízate. Todo se solucionará, ten paciencia. el día que menos lo esperes vendrá tu irlandés a buscarte.

Ella la miró con tanto dolor.

—Sabes que no es verdad, tú misma me has dicho que él jamás ha pedido mi mano y debo considerarme afortunada de haber recibido la proposición de sir Gladstone.

—Pero tú le interesas Sophia, lo sé. Me lo ha dicho.

Esas palabras la llenaron de ilusión.

—¿Te lo dijo? ¿Cuándo hablaste con él?

—Hace algún tiempo.

—Hace tiempo entonces. Ya no importa. El irlandés parece ser uno más de mis sueños que debo dejar ir—pensaba en voz alta. Su hermana la miró con pena.

—No digas eso, a lo mejor viene a buscarte.

Sophia no respondió, sus pensamientos estaban lejos mientras contemplaba la lluvia a través del cristal y veía las gotas caer y golpear el vidrio como lágrimas. Sus lágrimas. El tiempo se acababa, el tiempo inclemente y tirano y el irlandés no le había enviado siquiera un mensaje. No se atrevía a hacerlo, o no quería... su tía no lo permitiría, nunca la dejarían casarse con el hombre que amaba. No tenía edad suficiente para casarse sin autorización.

Sophia sintió que algo se quebraba en su interior, en pocos días sería llevada a Fendon Castle y nadie podría impedirlo y de pronto corrió hasta la puerta y comenzó a gritar con todas sus fuerzas.

—¡Sophia! ¿Qué tienes?

Alina se quedó mirando a su hermana espantada, no reaccionaba y no hacía más que gritar y llorar para que abrieran la puerta. Comenzó a lastimarse los puños de tanto golpear. Y no reaccionaba como si no la escuchara. Ni siquiera la veía.

Asustada pidió a gritos que abrieran la puerta porque su hermana sufría un ataque.

—Sophia, cálmate por favor—le dijo y quiso apartarla de la puerta y entonces su hermana tuvo otro ataque y comenzó a llorar desesperada.

Una doncella entró en la habitación poco después y al ver a la señorita Sophia presa de una crisis de nervios llamó al ama de llaves. La señora Wells.

Esta no le creyó una palabra hasta que vio a la jovencita llorando y pateando en el piso mientras su hermana luchaba para arrastrarla a la cama y pedía ayuda. Horrorizada comprendió que algo malo estaba pasando y debía avisar de inmediato a la señorita Amy Shelton.

Cuando la tía Amy entró en la habitación comprendió que aquello era más que un simple berrinche y se quedó aterrada mirando a su sobrina que siempre había sido tan callada y tranquila.

—Sophia—murmuró.

Su otra sobrina la miró nerviosa.

—Tía Amy, no puedo con Sophia, haz algo. Le va a dar un ataque—gritó—llama al doctor por favor.

La señora Shelton se acercó nerviosa y entonces comprendió que Alina no había exagerado: Sophia parecía presa de un ataque de nervios.

Y no pudo calmarla, parecía querer hacerse daño, se retorció como un

demonio furioso en la cama y no dejaba de gritar y llorar.

—Jesús, ese hombre la ha hechizado—murmuró.

Alina la miró asustada pero no dijo nada.

—Señora Wells por favor, busque al doctor Stevenson ahora. Sophia necesita un tónico, algo que calme sus nervios. Pero también debe verla un doctor cuanto antes.

El ama de llaves asintió.

—Por supuesto, señora Shelton. Iré por el tónico de lady Emily.

—Pero no le digas nada, o se pondrá nerviosa. La señora Carrington no debe saber nada de esto.

El ama de llaves obedeció y corrió en busca del doctor Samuel Stevenson que conocía a Sophia desde que era una niña y él sabía qué hacer. La pobrecita no dejaba de gritar y de llorar, sufría un verdadero ataque de nervios y la señorita Amy ya no sabía qué hacer con ella mientras que la señorita Alina miraba todo demasiado asustada para hablar.

—Esta casa es un caos. Parece como si el diablo hubiera entrado aquí para hacer de las suyas—se quejó la señora Wells mientras le pedía a un criado de confianza que fuera en busca del doctor Stevenson porque la señorita Sophia estaba enferma, sin darle más explicación.

Cuando el doctor Samuel Stevenson llegó dos horas después al cottage

encontró a Sophia dormida en su cama y a la señorita Shelton acongojada, nerviosa y tan desencajada como nunca la había visto antes. Estaba en el lecho junto a la enferma, con las manos apretadas y crispadas como si hubiera estado rezando.

—Buenos días señorita Shelton. ¿Se siente usted bien?

La dama parecía agotada y sus ojos estaban hinchados por el llanto y cuando habló no logró entender qué le pasaba.

—Estoy bien, pero es Sophia, doctor Stevenson... Mi pobre sobrina dijo que se arrojaría al mar, que no quería vivir más. Que no soportaba tanto dolor y ella... tuvo un ataque doctor y tuvimos que retenerla porque quería irse.

El médico escuchó la historia consternado, conocía a Sophia muy bien, era una joven tranquila y reservada y jamás habría creído que podría protagonizar un suceso tan penoso, tenía un temperamento dulce y jamás decía nada.

—Señorita Sophia—dijo el doctor.

La joven no se movió, parecía dormida pero no lo estaba. Sus ojos lo miraron y notó que estaba nerviosa. Triste.

—Sophia, ¿cómo estás, mi niña?

La jovencita no le respondió. No se movía, pero estaba despierta, con la mirada fija en el vacío. En apariencia parecía tranquila, pero a juzgar por

su decaimiento comprendió que algo muy grave había pasado y habló con su hermana que se encontraba en un rincón y luego con tía Amy.

—Todo esto es tan inesperado, doctor Stevenson, tan impropio de Sophia, pero... hace unos días peleó con su hermano y él fue algo duro con ella. Es que ella se entusiasmó con una amistad que sólo fue eso.

—Entonces su sobrina sufre amores contrariados—dijo el viejo doctor. Sabía que eso era algo común entre las jovencitas de esa edad. Lo que le sorprendía era que le pasara a la señorita Sophia. La pobre vivía encerrada en ese cottage cuidando a su madre, pues al parecer igual le había pasado.

La señorita Amy Shelton se sonrojó cuando le preguntó cuánto hacía que la jovencita estaba triste por un caballero.

—Es que no estoy segura de qué pasó exactamente con esa amistad, pero es claro que mi sobrina ha sucumbido a un capricho amoroso. El señor Kavanagh de Drake Manor, lo conocerá usted.

El médico asintió con expresión muy seria. Conocía a Sophia desde niña, él mismo había ayudado a traerla al mundo y siempre había atendido las dolencias de lady Emily Carrington. Y menos al caballero de Drake house, el irlandés. Los lugareños no tenían buena opinión del nuevo conde de Stone Hill, pero él no creía que fuera un mal hombre. No como otros en el pueblo que tenían apellido ilustre y fortuna.

—Por supuesto, comprendo—dijo el doctor—No se preocupe, señorita

Shelton. Veré qué puedo hacer, afortunadamente es joven y se repondrá, pero antes quisiera poder hablar con su sobrina un momento a solas.

—Oh sí por supuesto doctor Stevenson...

Tía Amy abandonó la habitación inquieta seguida de su sobrina Alina quien miró a su hermana con los ojos empañados por las lágrimas. “Pobre Sophie, tía Amy por favor, deja que se case con el irlandés”.

Su tía la miró con cara de espanto y aguardó a estar a solas en la habitación contigua para decirle: —¿Qué has dicho, Alina?

—Lo que os dije recién, por favor. Me parte el alma verla así, está sufriendo por él y dijo que quería arrojarse al mar porque todo en esta vida se le ha negado.

—¿Sophia te dijo eso? —tía Amy estaba sorprendida y espantada, más que antes.

—Sí, lo dijo—asintió su sobrina crispada.

—¿Y acaso ese malvado la ilusionó pidiéndole matrimonio?

—No, no lo hizo, pero sé que quería hacerlo, pero no se animaba. Pensaba que Sophia era tímida y debía darle tiempo.

—Es que no te das cuenta de que es una locura? No puede casarse con ese hombre. Tiene pésima reputación y ninguna persona de bien lo invita a su casa. Todos saben algo malo de él que se niegan a decir.

—Dicen que mató a la esposa, pero nadie tiene la certeza. No lo

quieren porque es el hijo bastardo de la hija del conde de Stone Hills.

—Bueno, eso es bastante escandaloso y os ruego que no habléis de esto con vuestra hermana. Es inapropiado y muy vulgar mencionar esas cuestiones familiares. De todas formas, no puede ser porque Anthony ha hablado con sir Gladstone y él quiere casarse con tu hermana en unas semanas. Irá primero a Fendon Castle para que allí la preparen para ser la señora de la mansión.

—Tía Amy, Sophia no puede ir, sufre una horrible crisis nerviosa. ¿Crees que en un día o dos se le pasará?

—Os pedí que hablaras con tu hermana, que la convencieras de que ese caballero no le convenía para nada.

—Y lo hice, tía, te lo juro. Traté de convencerla, pero no pude. Ella está enamorada del irlandés, lo ama locamente y nada de lo que le digas le hará cambiar de idea. Trata de entenderlo, por favor. Sophia está enferma de tristeza y desesperación porque piensa que nunca podrá casarse con Ephraim Kavanagh.

—Pero eso no puede ser, él ni siquiera ha pedido permiso para frecuentar nuestra casa. Sólo ha sido un idilio breve y clandestino y ahora comprendo que ese caballero era mucho peor de lo que pensaba al ilusionarla así y luego romper su corazón con su indiferencia. Pues dudo mucho que ese caballero tenga serias intenciones.

Alina no replicó pues sabía que de haber hablado con su tía no lo

habrían siquiera recibido. Y esos días, su pobre hermana no había hecho más que pedirle que le enviara una carta al irlandés, pero no podía salir, la vigilaban. Y esa lluvia incesante... pero debía buscar la manera de avisarle al irlandés cuanto antes.

El doctor Stevenson intentó conversar con Sophia, preguntarle qué le pasaba, pero la joven no se movió. Su mirada seguía perdida en un punto indefinido y por momentos cerraba los ojos como si durmiera. Pero no hablaba. No quería hacerlo.

—Sophia, si no me hablas no podré ayudarte—dijo entonces el doctor.

Lo extraño era que quién parecía haber sufrido un ataque había sido la señorita Amy y no su sobrina, sin embargo, ese silencio lo preocupaba. Sabía que estaba en shock y temía que hiciera una locura pues algunas mujeres quedaban muy afectadas luego de padecer amores contrariados más a una edad tan delicada... Las heridas del corazón solían dejar una honda huella y él como médico lo sabía muy bien. Y ahora debía buscar la manera de hacerla reaccionar. Era tan joven, la pobrecita no debía tener más de veinte.

—Sophia... ¿te gustaría que hablara con el caballero de Drake house...? —dijo entonces.

La jovencita lo miró con rabia, como si hubiera dicho algo impropio, pero no dijo palabra.

—Tal vez quieras que hable con el caballero Ephraim para que convenza a tu tía de que ...

—¡No! —fue la respuesta.

Bueno, al menos logró hacerla reaccionar. La jovencita estaba perfectamente, solo sufría de una crisis de nervios, pero se repondría.

—¿Entonces no has reñido con el caballero de Drake house? —insistió.

No tuvo respuesta.

—Hija, quiero ayudarte y para eso debo saber qué ha pasado. Tu tía Amy está muy afectada.

La jovencita frunció los labios molesta, sus ojos se apartaron del doctor y volvió a quedarse acostada como estaba al comienzo de esa charla.

Y por más que insistió no pudo saber qué había pasado ni por qué la jovencita había hecho una crisis nerviosa ese día. Al menos la encontró tranquila, pero cuando se reunió con la señorita Amy dijo que debía vigilarla.

—Este tónico hará que duerma y descansa sus nervios. Déjala así unos días por favor. Es importante que la vigile, no puede quedarse sola. Se le pasará en unos días, pero si no es así debe avisarme. Trate de que se distraiga, que salga a tomar aire. No es bueno que se quede aquí encerrada.

—¿Es muy grave lo que tiene mi sobrina, doctor?

—Bueno, es joven, se repondrá, sólo necesita tiempo y cuidados. El tónico la ayudará a descansar los nervios. Está muy alterada ahora y no debe

ser contrariada.

—Pero doctor, su hermano va a casarla en una semana con un amigo suyo, ¿qué puedo hacer? En lugar de su padre mi sobrino es responsable de sus sobrinas y, además, es un caballero de muy buen carácter...

La mujer hablaba con lágrimas en los ojos, ella misma sufría una crisis porque no sabía qué hacer con Sophia. Comprendía su tristeza, sus quejas sí, pero su sobrino había arreglado una boda muy ventajosa para la jovencita que solucionaría su vida para siempre. Y eso era algo que no podía postergarse.

—Señorita Shelton, comprendo lo que me dice, usted obra según su buen parecer y está bien pero no creo que sea buena idea en el estado en que está Sophia precipitar una boda. No sería beneficioso ni para la joven ni para su futuro marido. Hable con su otro sobrino sobre esto, él hará lo mejor para su hermana y no querrá que la boda sea anulada. Sophia no puede casarse ahora, si quiere a ese caballero de Drake house, no comprendo por qué se oponen a esa relación. El caballero es soltero y de buena familia.

—Doctor Adams, ese hombre es un malvado, su esposa anterior falleció en extrañas y misteriosas circunstancias. Sophia es muy joven e inocente, ella fue seducida por ese sujeto embaucado y no... No tenía buenas intenciones, doctor.

—Comprendo su parecer, pero su sobrina será muy desdichada si arreglan una boda con un hombre por el que no siente afecto ni tampoco... Es

una crueldad obligar a una jovencita a casarse contra su voluntad, señorita Amy.

Ahora la solterona se puso roja como un tomate.

—Pero se trata de un hombre bueno, de excelente familia que adora a Sophia doctor Stevenson, ¿qué será de ella cuando ya no estemos para cuidarla? Ese irlandés no puede ser su marido, por más que ella lo quiera y crea amarle es un hombre muy malo.

—Entonces aguarde un tiempo, suspenda la boda. Deje que su sobrina se recupere, señorita Shelton.

—No puede haber demoras, ya fue arreglado doctor. Y sé que esto no es más que un capricho, que luego se le pasará... Ella es tan joven, tan tierna y sospecho ese hombre le hizo mucho daño doctor, tengo que alejarla de él, no puedo permitir que la pobre arruine su vida por un capricho romántico. Pero aguarde doctor no se vaya por favor, mi hermana necesita medicina pues ha vuelto a sufrir jaquecas.

Días después tía Amy tuvo que reconocer que no podía con su sobrina, hacía días que se negaba a comer y pasaba el día entero acostada, llorando. Y en menos de dos días su hermano iría a buscarla para llevarla a Fendon Castle Manor y casarla con sir Lawrence.

Debía avisar a su sobrino, decirle lo que estaba pasando en Winter

Cottage, si no lo hacía se enfurecería y todo sería para peor.

Para colmo de males su hermana no hacía más que reclamar a Sophia.

—¿Qué le ocurre a Sophia? —le preguntó entonces—¿Por qué no viene a verme? ¿Acaso está enferma y no quieres decirme?

Amy se acercó a la cama de su hermana, haciendo un esfuerzo por mantener la calma pues todo estaba de cabeza en esa casa.

—No está enferma, sólo es que tiene jaquecas y el doctor dijo que debía descansar.

Los ojos azules de lady Emily Carrington brillaban nerviosos.

—¿Sophia tiene dolores de cabeza? Pobrecilla. ¿Qué tiene? ¿Comió algo que le cayó mal?

—No en realidad.

—Lo ves? Te lo dije. Sophia está nerviosa por la boda que preparó su hermano. ¿Es que no entiendes que la pobre no tiene salud para el matrimonio? Oh, ve a buscarla, la echo de menos. Dile que venga a verme un momento por favor, Amy.

Tía Amy fue a buscar a su sobrina pensando que la situación era cada vez más difícil. Su hermana le pedía que llevara a Sophia y si Sophia la veía le diría la verdad: que no quería casarse con sir Lawrence y luego tendría que soportar sus reproches. ¿Cómo hacerle entender que no tenía otra salida?

Subía las escaleras cuando sintió que la llamaba el ama de llaves a la

distancia.

—Señora Shelton, señora Shelton, aguarde.

Tía Amy se detuvo y vio a la señora Wells muy pálida y como crispada, como si la persiguiera el diablo.

—Señorita Amy... no imagina usted—dijo llevándose las manos regordetas al rostro.

—¿Qué sucede, señora Wells?

—El señor Kavanagh. Está aquí y exige ver a la señorita Sophia.

Fue la peor noticia que pudo darle.

—No puede ser. ¿Está aquí el irlandés?

El ama de llaves asintió.

—¿Dónde está? —preguntó con el corazón palpitante.

—En la sala de música, señorita Shelton. No sabía qué hacer con ese caballero y le dije que le avisaría.

La señorita Amy no respondió. Bajó las escaleras como estampida levantando sus faldas sujetando su crucifijo para protegerse de ese hombre. ¿Cómo tenía el descaro de aparecerse? Oh, cuando las cosas malas comienzan a suceder muchas otras más vendrán había dicho su santa madre hacía años y al parecer tenía razón: primero la crisis nerviosa de Sophia, la apatía de Alina, sus propios nervios destrozados con toda la situación que era incapaz de mejorar y ahora... El diablo iba a hacerles una visita de cortesía.

Oh, eso sí que era demasiado.

Ephraim Kavanagh estaba parado en la sala con cara de pocos amigos y al verla entrar simplemente la saludó como si él fuera el anfitrión y ella la visita. Dijo una frase parecida a “oh, señorita Amy ha venido usted a recibirme”.

Y ella debió responder: le recibo por educación, nada más sin embargo dijo con tono seco:

—Buenos días señor Kavanagh, su visita es algo extraña. No me había avisado que vendría.

El irlandés no sonreía.

—No lo hice, o quizás sí, pero temo que mis mensajes jamás llegan a destino. Por eso decidí venir personalmente. Quisiera ver a su sobrina Sophia por favor.

¿Y tenía el descaro de presentarse así a ver a su sobrina y decirle que sus mensajes jamás llegaban a destino? ¡Pero qué hombre tan atrevido!

Tía Amy trató de recuperarse.

—Lo lamento mucho, señor Kavanagh, pero me temo que no podré complacerle en esta oportunidad pues mi sobrina está algo indispuesta hace días y no debe recibir visitas.

El irlandés la miró con expresión sombría.

—¿La señorita Sophia está enferma? ¿Por eso la visitó el doctor el otro

día? —preguntó.

Vaya, ese hombre que vivía encerrado en su mansión siniestra ¿y se enteraba de todo? ¿Acaso estaba espiándoles?

—Sí... está muy nerviosa. Es que va a casarse la semana entrante con el señor Gladstone y verá... no creo que sea acertado que la vea en estos momentos. Está muy tensa por su boda.

La señora Shelton esperaba que luego de saber del compromiso inminente de su sobrina con el distinguido señor de Fendon Castle, ese joven se dejara de tonterías, pero su reacción fue distinta. Muy distinta a lo que podría esperarse de un caballero que recibía tan ingrata noticia.

—¿Así que desean casar a Sophia con el heredero del señorío de Fendon Castle? Vaya... no esperaba tal cosa—fueron sus palabras.

—Es un matrimonio muy ventajoso y apropiado, señor Kavanagh. El matrimonio es un asunto muy serio que no puede celebrarse solo por un capricho romántico. Ahora le ruego que no insista en ver a mi sobrina, le hará daño y si realmente siente afecto por ella querrá lo mejor, y lo mejor será que se case con un caballero de moral intachable y de posición sólida.

Se hizo un incómodo silencio en el cual el irlandés no se movió ni dijo nada, hasta que su mirada cambió y en su rostro apareció el reflejo de Sophia que lo miraba desde un rincón con una expresión tal de tristeza que se acercó para saber qué le pasaba. ¿Qué enfermedad tenía?

—Señorita Sophia... ¿Se siente usted bien? —le preguntó acercándose a ella dando tres zancadas.

Nadie impediría que la viera, que hablaran... maldita mujer entrometida, pensó el irlandés y se acercó para tomar la mano de la bella Sophia y la encontró fría y helada. Sus ojos estaban húmedos y se alejaba despacio, avergonzada de que la viera así.

—Sophia, ¿qué tienes? Ángel... ¿qué te han hecho? —le preguntó.

Ella no respondió, las lágrimas impedían que dijera palabra y sin embargo también la emocionaba que él estuviera allí. Había temido que fuera un sueño, una visión fruto de su dolor y desesperación, pero saber que estaba allí calmaba su dolor, pero también la atormentaba saber que iban a casarla con sir Lawrence y nadie podría impedirlo. Pero ella moriría antes que convertirse en la esposa de ese hombre.

—Sophia... ¿qué tienes? ¿Por qué lloras así? Dímelo por favor.

Tía Amy intervino molesta.

—Apártese de mi sobrina, irlandés. ¿Cómo se atreve a venir aquí sin ser invitado? Márchese de inmediato de esta casa—dijo lívida de furia al ver que ese sujeto tenía a su sobrina abrazada como si fuera su querida. Y lo peor era que su sobrina no reaccionaba, no lo apartaba como exigía el decoro, sino que parecía muy satisfecha de estar en los brazos del irlandés.

Pero él no se puso nervioso con la reprimenda por supuesto.

—¿Lo ha visto, señorita Shelton? Su sobrina necesita que la escuchen, que no la traten como mercancía. ¿Es que no ven lo triste que está de saber que piensan casarla con ese hombre en una boda arreglada?

La cara de tía Amy era de viva furia.

—¿Cómo tiene el descaro, la osadía de decir eso? Márchese de inmediato o deberé expulsarlo de una manera muy poco amable. Usted jamás será el esposo de mi sobrina. Es un bandido. Un maleducado sin modales encerrado en su mansión. Y si alguien pregunta por su pasado, por su pobre esposa Adelina... ya todos lo saben señor Kavanagh, deje de fingirse algo que no es. Usted no es un verdadero caballero.

Al oír esas palabras fue Sophia quien enfrentó furiosa a su tía.

—Eres muy mala tía Amy, ¿cómo puedes decirle cosas tan horribles del señor Kavanagh? ¿Por qué? Pensé que tú nos amabas, que cuidabas de nosotras como si fueras nuestra madre, pero tu debilidad por mi hermano mayor te ha convertido en una mujer malvada.

—¡Sophia! ¿Cómo te atreves a hablarme así? Soy tu tía y siempre he cuidado de ti y de tu hermana, he sido como una madre para las dos y lo sabes bien—tía Amy no salía de su asombro, su propia sobrina se le rebelaba por culpa de ese demonio.

Entonces vio con horror que el irlandés se alejaba con su sobrina para hablarle en privado mientras ella la miraba ceñuda nada dispuesta a

retractarse. Pero no se atrevió a intervenir, estaba como petrificada.

El irlandés sostuvo la mirada de la solterona de Winter Cottage y luego la apartó, tenía mejor asunto de qué ocuparse en esos momentos pues en sus brazos tenía a la señorita Sophia y consolarla era todo cuanto deseaba en esos momentos y algo más.

—Señorita Sophia—le dijo con mucha suavidad, mirándola fijamente a los ojos—usted no tiene que aceptar esa boda concertada... yo puedo ayudarla, he venido aquí por esa razón. Para saber cómo estaba. El doctor Stevenson me confesó que estaba usted sufriendo.

Sophia enrojeció pensando que ese doctor era un entrometido insoportable. ¿Acaso le contó que estaba triste por él?

La joven no pudo evitar sentirse en evidencia y profundamente avergonzada.

—Lamento mucho esto señor Kavanagh, mi tía ha sido muy descortés y no debió decir lo que dijo... en cuanto a lo otro es verdad. Me han dejado encerrada para que acepte casarme con sir Gladstone.

Sophia quiso alejarse, pero él la retuvo, pese a los gritos y amenazas de tía Amy él la abrazó y le robó un beso ardiente y desesperado. Un beso de amante, de hombre enamorado, no pudo dominarse o tal vez no le interesó hacerlo... Un beso robado a su amada, al ángel que pretendían arrebatarse. No diablos, no lo permitiría.

Sophia tembló de pies a cabeza al sentir ese beso y solo quiso escapar y se resistió.

—Déjeme señor Kavanagh—murmuró sin convicción.

—Pero ¿cómo se atreve? ¡Suelte a mi sobrina ahora! —chilló tía Amy y al ver que ese hombre no dejaba en paz a Sophia fue a pedir ayuda a sus criados.

El irlandés sostuvo la mirada de tía Amy sin inmutarse y luego pensó que debía actuar con firmeza.

—Señorita Sophia, no puedo decirle lo que necesita saber ahora, no dispongo de tiempo pues su tía está furiosa. Le ruego que confíe en mí, usted me necesita y yo también... Necesito que sea mi esposa. Por favor. Venga conmigo, he venido a llevarla, a rogarle que... Cásese conmigo, señorita Sophia. Sé que no podré darle la vida que se merece, pero mi vida está ligada a la suya, mi corazón, mi alma entera y moriré si me rechaza, haré una locura si me dice que no siente nada por mí o que no desea volver a verle—le confesó mientras la tenía aun fuertemente sujeta en un abrazo.

Sophia tembló y sintió alegría y pena, alegría porque lo deseaba tanto y pena porque temía que no pudiera ser.

—Señor Kavanagh, sólo Dios sabe lo que he esperado su declaración de amor, pero mi familia nunca me dejará casarme con usted. Mi hermano me ha prohibido volver a hablarle pues espera que acepte a sir Gladstone en unos

días. Que me case con él a la fuerza y prefiero morir a hacerlo, se lo juro.

—No tiene que escucharles, no lo haga por favor. Usted no necesita su aprobación, solo acepte ser mi esposa, señorita Sophia. Venga conmigo ahora. No tenga miedo, confíe en mí, no soy ese monstruo que dicen, nunca he hecho daño a nadie. En este pueblo me detestan porque soy el fruto de una pasión clandestina, el hijo de un caballero irlandés del que mi madre se enamoró perdidamente y jamás tuvo la aprobación de su familia por supuesto. Pero no soy un bastardo como dicen en este pueblo y llevo con orgullo el apellido de mi padre Kavanagh.

—Jamás hice caso a las habladurías, señor Kavanagh. Pero lo que más me angustia ahora es pensar que no podríamos casarnos, mi hermano no dará su consentimiento.

No pudo continuar porque él tomó sus manos y le rogó que aceptara ser su esposa, solo eso.

—Señorita Sophia, sólo diga que será mi esposa y yo buscaré la manera de casarnos sin la aprobación de su familia. No necesito su aprobación, sólo la suya. No soy un hombre tan rico como el señor Fendon Castle, pero le aseguro que a mí lado nada le faltará. Yo la amo señorita, creo que la amé desde el primer día que la vi en esa fiesta tocando el piano. Y no temo a su familia ni a su hermano, la llevaré conmigo si me acepta, luego nos casaremos, tiene mi palabra de que la convertiré en mi esposa.

Abrumada por esa declaración de amor y atormentada por su futuro si se quedaba en el cottage, Sophia supo que nada la haría más feliz que casarse con el hombre que amaba, y no importaba si había ido porque el doctor lo alentó a pedir su mano, el irlandés estaba allí rogándole que fuera su esposa sin pensar en la oposición de su familia y eso sólo era suficiente para ella.

—Sí, acepto irlandés, me casaré con usted. Lo haré, pero...

Él sonrió y besó sus labios de forma fugaz, ya era suya, y no se había apartado en ningún momento y ella respondió a ese beso con inusitada pasión.

—Su respuesta me ha hecho el hombre más feliz, señorita Sophia. No tema, venga conmigo ahora, por favor.

—Ahora? Pero mis ropas, mis cosas... Jamás permitirán que me vaya con usted, señor Kavanagh.

—Al diablo con todo, no me importa su familia no podrán impedir que la lleve conmigo este día, señorita Carrington. Sólo su palabra y voluntad me detendrían hoy, nadie más lo haría. No tengas miedo. Confía en mí. Se lo ruego, señorita Sophia.

—Confío en usted, irlandés—le respondió y se sonrojó al comprender que hacía rato que él la tenía entre sus brazos, tan cerca que casi podía sentir su corazón latir acelerado. Lo amaba, y lo habría amado igual sin importarle nada más, ni el qué dirán, ni que su familia entera se opusiera. Él le había

pedido que fuera su esposa y le había dicho que la amaba, pensó que nunca lo escucharía y habría llorado de felicidad en esos momentos, pero entonces vio acercarse a su tía con expresión lívida seguida de dos robustos mozos y el mayordomo.

La voz de su tía puso fin a su indecisión. Sus ojos echaban chispas y la escoltaban tres robustos mozos y la imponente señora Wells. Pero lo primero que hizo fue enfrentarse al intruso.

—Suelte a mi sobrina de inmediato irlandés o le aseguro que lo lamentará—le advirtió y luego volviéndose a su sobrina dijo su nombre en tono fuerte.

—¡Sophia! Ven aquí de inmediato.

Los enamorados se vieron rodeados pero el irlandés retuvo a Sophia en sus brazos y luego, tomó su mano despacio y la besó. Pero ella estaba asustada, sabía que no la dejarían irse con su amado y tembló.

—No temas Sophia, tranquila—le susurró el irlandés y luego miró a tía Amy con torvo semblante.

—Señora Shelton, acabo de pedirle matrimonio a su sobrina y ella me ha aceptado. Es su voluntad y usted debería respetarla, Sophia ya no es una niña. Tiene edad suficiente para decir por sí misma, además.

Tía Amy retrocedió espantada al oír eso.

—¿Qué ha dicho? Pero eso es absurdo. ¿Cómo se atreve a pedirle

matrimonio a mi sobrina? Primero debió hablar con su hermano Anthony, o con su madre para solicitar permiso para frecuentar esta casa y cortejar a mi sobrina.

—No fue necesario señora Shelton. Ya no lo es. Me casaré con Sophia y le doy mi palabra de caballero de que lo haré.

—¿Su palabra de caballero? —tía Amy comenzó a sudar profusamente y desesperada miró a Sophia, esperaba que al menos la escuchara.

—Sophia, mi niña. Ese hombre no te conviene y lo sabes. ¿Realmente quieres casarte con él? —le preguntó.

Sophia respondió con un tímido sí ruborizada al ser el centro de atención y también porque el irlandés la tenía abrazada como si ya fuera su esposa.

—¿Ha escuchado a su sobrina señora Shelton?

—Sí, pero ella no tiene experiencia, no es más que una colegiala todavía. Mi pobre Sophia... ¿qué sabe ella de la vida y el matrimonio? Usted es un seductor y un malvado señor Kavanagh. Tiene el poder de seducir y engatusar a jovencitas inocentes, pero no se saldrá con la suya. Mi sobrina necesita la autorización de su hermano para casarse y estoy segura que él jamás dará su consentimiento y que su padre, que en paz descanse, jamás habría dado su aprobación tampoco.

—Tía Amy mi hermano me ha quitado todo, nos arrebató Richmond,

nuestra herencia y ahora pretende venderme a sir Lawrence, ¿cómo puedes estar de su lado y decir que eso es lo correcto?

—¡Sophia, os desconozco! Ese hombre os ha embaucado y no permitiré que cometas esta locura. Sobre mi cadáver.

—Pues voy a casarme con él tía Amy, y me iré ahora. Deja que empaque mis cosas, por favor.

—¿Qué dices? ¿Acaso... has perdido el juicio Sophia? Oh, por supuesto que no te irás. ¿Es que no has pensado en tu madre? La matarás de un disgusto. Sophia, reacciona, has estado mal estos días y con los nervios destrozados. He luchado por ocultárselo a tu pobre madre, pero si te vas con este caballero la matarás. No soportaré perderte así ni saber que te casarás con un hombre tan malo como ese.

El señor Kavanagh iba a replicar, pero no fue necesario, Sophia se le adelantó.

—Eso no es verdad tía Amy, Ephraim no es un hombre malvado, tú nunca le has dado una oportunidad siquiera, y es el único hombre con el quiero casarme y si tú haces algo por impedirlo sabes bien lo que haré. Lo sabes.

Tía Amy la miró horrorizada al recordar esos días en los que su sobrina se pasó acostada llorando diciendo que se arrojaría al mar si no la dejaban casarse con el hombre que amaba. Jamás creyó que una niña tan dulce y

obediente se pusiera así de rebelde y obcecada de repente y tan pero tan infinitamente desconsiderada... pero ¿qué podía hacer? Estaba loca. El amor la había trastornado. Pero ella tampoco se rendiría.

—Sophia no puedes abandonar a tu familia por un capricho de juventud. Te arrepentirás, ese caballero no es para ti... hablemos en privado por favor. Cálmate. Estás muy nerviosa ahora, sé que no es buen momento, pero si al menos pudieras serenarte podríamos conversar un momento.

—Pues no, no quiero hablar contigo siempre te he obedecido tía Amy, toda mi vida y luego, no les importó encerrarme en mi habitación para que aceptara casarme con el señor Gladstone.

—No digas eso Sophia, no seas tan cruel y voluntariosa. Siempre te he cuidado, he velado por ti y por tu hermana. Toda mi vida. Ustedes son mi vida, mi familia.

El irlandés se enfureció al enterarse del cautiverio, pero no podía decir nada, Sophia estaba demasiado nerviosa y al borde del llanto. Lo mejor sería llevársela cuanto antes.

—Iré a buscar mis cosas—le dijo ella.

—No es necesario que lo hagas, Sophia—le respondió él.

—Debo hacerlo, necesitaré ropa—su voz se quebró y lloró, no pudo contenerse. Era la primera vez que peleaba con su tía y sentía que nunca más podría volver a ver a su familia y eso la hacía sentirse desdichada por

supuesto. Pero también sabía que ya no podría volver atrás ni deseaba hacerlo por supuesto.

No podría llevarse nada, no había tiempo que perder, él la llevaría a Drake house y nadie podría impedirselo.

Él tomó su mano y se disponían a marcharse juntos cuando apareció Alina mirando a ambos como si fueran dos bandidos.

—Sophia, ¿qué estás haciendo? ¿Acaso te irás con el irlandés? No te vayas por favor, no sé qué haré sin ti—dijo su hermana menor y lloró.

Su hermana mayor la miró sin decir palabra, estaba enojada por todo el escándalo que había armado su tía, sus palabras, sus reproches y no sentía deseos de soportar un berrinche de Alina.

Y esta al notar que su hermana no respondía se le acercó espantada.

—No puedes irte... Nuestro hermano se enfurecerá y es muy malvado, tú lo conoces.

Ella la miró compasiva pero no dio muestras de querer cambiar de idea.

—Debo irme Alina. Ayúdame a empacar por favor. ¿Puedes hacerlo?

Su hermana la miró escandalizada.

—¿Entonces te irás?

Sophia asintió.

Alina miró a su tía a la distancia y luego al irlandés.

—No podrás irte, no te dejarán.

El señor Kavanagh dijo que eso no pasaría.

—He venido a buscar a Sophia, Alina y me la llevaré.

Alina no supo qué decir, pero decidió ayudar a su hermana a juntar sus pertenencias. Sabía que ella querría llevarse su diario, sus escasas joyas y algunos vestidos. No imaginaba cómo terminaría esa historia, pero debía ayudar a su hermana a cumplir su sueño de amor con el irlandés. Había estado tan triste esos días y odiaba verla así, era verdad.

Sophia la acompañó hasta su habitación seguida del irlandés que la siguió como un perro guardián, como si ella fuera capaz de escaparse.

Sin embargo, Alina notó que Sophia no parecía tan feliz en esos momentos, notó algo extraño en su mirada, como si vacilara... o estuviera nerviosa. No era para menos, ella misma lo estaría si tuviera que fugarse con ese loco irlandés.

Y antes de despedirles le advirtió.

—Cuide mucho a Sophia, señor Kavanagh.

Él pareció sorprendido con sus palabras, pero fue sólo un instante, luego se puso serio al decirle: por supuesto que sí, señorita Carrington. Descuide. Me casaré con Sophia en cuanto pueda hacerlo.

Alina lloró cuando su hermana le dio las gracias. Ya tenía listo el equipaje así que se iría, la abandonaba en ese triste cottage. Primero su padre, luego su prometido y ahora su hermana. No podía creer su mala suerte.

—Sophia, no, no te vayas. No lo hagas—balbuceó.

Ella la miró con tristeza al ver que lloraba.

—Alina, no llores por favor. Soy muy feliz, pero me dará pena pensar que te quedas así—le dijo.

—Sophia, no te vayas... no lo hagas.

Iba a decirle algo más, pero se contuvo. Nunca le había agradado el irlandés y ciertamente que su ayuda para poder casarse con Brandon fue nula. Y ahora se llevaría a su hermana muy lejos y tuvo terror de no volver a verla.

—Calma Alina, te escribiré. Nos veremos y vendrás a mi boda, por supuesto.

Su hermana menor lloró desconsolada y se puso a balbucear que no se fuera, que no la dejara como si tuviera cinco años. Sophia no entendía qué le pasaba, comenzó a sentirse mal, nerviosa. Toda esa situación empezaba a desbordarse. La declaración de Kavanagh, la pelea con tía Amy y el berrinche de su hermana menor.

Y ahora venía lo peor, abandonar la casa, pues temía que los criados o su tía hicieran algo para impedir su inminente partida.

Sin embargo, no fue así, su tía que tanto le había rogado que se quedara no apareció para despedirse, ni para recriminarle su fuga. Allí sólo estaban los criados del irlandés y su mayordomo y la imponente señora Wells. Ninguno dijo palabra excepto la despedida final. El ama de llaves le deseó

buen viaje sin decir más. Sophia asintió y dejó atrás su hogar con la sensación de que jamás regresaría y eso le dio miedo, miedo pues no sabía qué le depararía el destino excepto que ella había escogido fugarse con el hombre amaba y que su familia desaprobaba.

A su alrededor la luz del sol comenzaba a cubrirse con nubarrones oscuros mientras que ráfagas de viento volaban su capa. Sophia observó nerviosa el carruaje oscuro al que la llevaba el irlandés y entonces, de una manera incomprensible sintió deseos de correr. ¿Qué locura estaba haciendo? Pero ella lo amaba, no debía tener miedo.

Al ver que vacilaba el irlandés le habló:

—Sube preciosa, ven...

Ya no podría echarse atrás, debía subir al carruaje. Amaba a ese hombre sí, pero tenía miedo, ¿y si luego no se casaba con ella? ¿Pero sería mejor quedarse y que la entregaran a sir Gladstone, que la vendieran a él como si fuera su esclava?

No podía escapar como una chiquilla, no podía hacerlo. Miró a los criados que estaban sentados a cada lado como dos guardianes. Esquivó sus miradas turbada y se sentó frente a Ephraim y él la miró con tanta intensidad. Ella se estremeció al sentir esa mirada y sí, estaba asustada, no podía evitarlo. Su cabeza era un torbellino en esos momentos.

—¿Señorita Sophia tiene frío? —preguntó él.

Ella lo miró inquieta y atormentada, deseaba decirle tantas cosas, pero no se atrevía. Sabía que había hecho lo correcto, pero tenía miedo, mucho miedo.

Entonces él le ofreció su capa para abrirla, la puso sobre sus hombros con gesto decidido.

—Gracias señor Kavanagh.

—No me llames así preciosa, dime Ephraim—sus ojos la miraron con ansiedad y entonces notó que uno de los criados no dejaba de mirar a su novia raptada y les dirigió una mirada de advertencia y estos miraron a otro lado de inmediato.

Sophia permaneció con la mirada baja atemorizada por la locura que la había impulsado ese día a seguir al irlandés.

Cuando el carruaje se detuvo en la mansión de Drake house una niebla espesa lo cubría todo y allí estaba: quieta y silenciosa, de piedra y madera, la mansión ancestral de los condes de Wellington. Ya había estado allí con Alina, pero ese día le pareció extraña, casi siniestra, tal vez por esa niebla espesa y helada que lo cubría todo.

—Ven querida—dijo él tomando su mano para ayudarla a descender del carruaje como si temiera que cambiara de idea.

Ella lo siguió y al entrar una mujer anciana de cabello muy largo

aguardaba. Rayos, parecía una bruja, su mirada maligna, su forma de andar, no parecía una criatura de este mundo. Sophia estuvo a punto de gritar y el irlandés sonrió al ver su terror.

—No temas preciosa, es solo el ama de llaves, la señora Manderley. Señora Manderley, por favor, la señorita Carrington se hospedará aquí y será muy pronto la nueva señora de Drake house—anunció Ephraim.

El rostro ajado y maligno del ama de llaves asintió sin sonreír.

—Bienvenida a Drake house, señorita Sophia, seré vuestra servidora.

—Y cuidaréis de ella también—agregó el conde con expresión ceñuda —Avisad a los sirvientes, cuidaréis de mi futura esposa como es debido y no deseo que nada la inquiete o perturbe aquí. ¿Habéis comprendido?

Era una advertencia, una amenaza, Sophia miró a su prometido con expresión perpleja.

—Sí señor Kavanagh, por supuesto... —la anciana parecía algo incómoda o asustada.

—Muy bien... —respondió él—Seguidme querida, por aquí.

Sophia lo siguió cubierta con su capa, pues en el comedor hacía frío y también en los demás rincones. ¿A dónde la llevaba?

Él se detuvo al llegar al final del pasillo.

—Ven, entra, no temas preciosa... vaya, estás asustada ¿verdad?

Sophia no respondió, pero su mirada lo decía todo mientras observaba

la habitación amueblada y cubierta con un empapelado claro.

—Esta será tu habitación ahora, Sophia, pero luego de nuestra boda ocuparemos la habitación nupcial. Puedes quedarte aquí y descansar si deseas, en un momento vendrá tu doncella para ayudarte querida.

Sophia sonrió con timidez y entonces apareció una joven criada para escoltarla a su habitación.

—Por aquí, señorita Carrington—dijo.

Ella la siguió sin mirar atrás. Nada más llegar a su habitación descubrió que era simplemente perfecta y emocionada descubrió que todo parecía haber sido decorado a su gusto, alfombras rojas con dibujos de arabescos, una cama con dosel inmensa en un rincón y una mesita de ébano antigua para escribir cartas. Y los cortinados de la ventana eran de seda transparente.

Mientras recorría la habitación apareció una mucama con su maleta y sus escasas pertenencias. Sin decir nada desempacó y guardó todo cuidadosamente en un armario. Sophia la miró distraída y luego se acercó a la ventana para ver la vista de Drake house. Casi no podía creer que estuviera allí. Había huido de su casa, enfrentado a tía Amy y desobedecido a su hermano, pero no le importaba. Lo había hecho, se había atrevido. Sin embargo, sintió mucha pena al pensar en su hermana menor, sabía que la echaría de menos. Pero trató de no pensar en ello pues la entristecía.

El paisaje verde y gris que la rodeaba le pareció tan hermoso. Al fin lo

había hecho, iba a casarse con Ephraim y todavía tenía la sensación de que estaba viviendo un sueño.

Una criada entró poco después llevándole una bandeja con alimentos.

Por primera vez comprendió que hacía horas que no comía nada, casi lo había olvidado.

Sin darse cuenta se había quedado dormida cuando la criada dijo que el señor de la mansión la esperaba para cenar en su compañía. Sophia despertó aturdida sin saber qué pasaba hasta que recordó. Estaba en la mansión del irlandés.

—El señor Ephraim la espera señorita—insistió la doncella con la mirada baja. Parecía un ratón asustado.

—Pero mi vestido está ajado—se quejó—y mi cabello...

—Yo puedo ayudarla con eso... aguarde. El señor dijo que usara los vestidos que están en el mueble de allí—señaló hacia el rincón con un gesto.

¿Que ella usara esos vestidos? ¡Qué extraño! Pensó la joven mientras escogía uno de su agrado.

Bueno, tal vez los suyos no eran tan elegantes ni...

Vaya, esos vestidos eran nuevos, ¿los habría comprado para ella? Se preguntó mientras se deshacía del anterior con la ayuda de la doncella.

No le agradó desnudarse frente a una extraña, pero debía acostumbrarse, ahora tendría una doncella para ayudar a vestirla y peinarla.

Cuando terminó de abrochar el último botón del corsé Sophia pensó que ese vestido no era muy decente pues el corsé marcaba demasiado sus pechos redondos y llenos. Siempre había disimulado su busto abundante usando vestidos holgados con un escote discreto, pero con ese vestido...

—Se ve hermosa señorita—opinó la doncella.

—No... este vestido no es de mi talla, me veo como una ramera con él—exclamó Sophia molesta.

La doncella retrocedió espantada.

—Oh claro que no señorita Sophia, no diga eso.

—Es verdad, no es apropiado y me lo quitaré ahora. Ayúdame.

La doncella obedeció y la ayudó a buscar un vestido que fuera más de su agrado y entonces apareció un vestido con un escote más discreto y Sophia se sintió mucho más cómoda y decente. Y mientras se miraba en el espejo recordó las palabras de su hermana “tú no estás hecha para el matrimonio, ¿qué harás cuando el irlandés intente desnudarte para hacerte un bebé?” Sin saber por qué esas palabras la pusieron histérica y apuró el paso mientras la criada la llevaba al comedor frío y lleno de sombras.

Allí estaba el irlandés cuyo rostro permanecía en la penumbra a pesar de los candelabros que iluminaban el salón antiguo, repleto de muebles y tapices en tono oscuro. Sophia apenas prestó atención a los retratos, jarrones, sus ojos miraron a su anfitrión que la observaba con fijeza y atención. Su

vestido, sus gestos y el rubor que comenzaba a llegar hasta las orejas.

Y al ver que se quedaba allí tiesa sin animarse a dar un paso le habló.

—Señorita Sophia, por favor... Siéntese a mi derecha. Temo que no habrá más comensales hoy. Pero es mejor así, no hay nada más triste que una mesa llena de parientes molestos, ¿no lo cree usted?

Ella obedeció y de pronto se preguntó por qué no estaría presente la joven que había visto en el jardín y cuándo iba a preguntarle llegaron los sirvientes con la cena.

Comieron en silencio como si fueran dos extraños, dos conocidos que se reunían para cenar. Pero Sophia temblaba al sentir su mirada y se preguntó si el irlandés planeaba convertirla en su querida...

—Señorita Sophia... parece asustada—dijo él—apenas ha probado bocado.

Ella lo miró espantada.

—Es que no tengo mucha hambre ahora, señor Kavanagh.

El irlandés sostuvo su mirada.

—Pero debes alimentarte preciosa, no deseo que enfermes.

Los ojos de la jovencita parpadearon inquietos.

—Mi habitación está cerrada con llave señor Ephraim... ¿por qué? —preguntó la joven.

—Es necesario por su seguridad, señorita Sophia. Su hermano vendrá a

buscarla y si intenta llevarte por la fuerza no podrá hacerlo.

Ella sostuvo su mirada y se estremeció al pensar que su hermano podía hacer mucho daño a si se lo proponía.

—¿Y cree que vendrá? —preguntó con un hilo de voz.

—Por supuesto querida. Tú eres una pieza muy valiosa para él. Tal vez cuando comprenda que te ha perdido decida usar a Alina para sus planes...

La mención de su hermana menor la espantó.

—Mi hermana, oh no, no sería justo. Sólo tiene diecisiete años.

Él la miró con atención mientras bebía vino tinto despacio.

—Sí, lo sé, pero a su familia no le importó sacrificar sus sentimientos, temo que nada podemos hacer al respecto.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pero si usted puede hacer algo para salvar a mi hermana, por favor señor Kavanagh—dijo.

Él tomó su mano y la besó.

—No se preocupe por eso, por favor, en verdad que ignoro qué pasará mañana, pero creo que debemos estar listos para enfrentar al pretendiente desairado y quizás, abandonar estas tierras.

—¿Abandonar estas tierras, dice usted?

Él asintió.

—Hace tiempo que quiero regresar a mi país, señorita. Sólo vine

porque mi abuelo me lo rogó encarecidamente en una carta. Quería partir sintiéndose en paz y luego me quedé más tiempo del que debía. Y de eso quería hablarle después.

—Pero nos iremos... a dónde señor Kavanagh?

El irlandés sonrió levemente mirándola con intensidad.

—A mi hogar en las costas de Kerry, señorita Carrington. A Kavanagh.

Sus palabras le provocaron un sobresalto. ¿Kavanagh? Pero jamás lo había mencionado. Pero no dijo nada entonces y bebió un sorbo de vino, lo necesitaba y luego sintió como ese líquido rojo la quemaba por dentro y le daba sueño. Había sido un día difícil y necesitaba descansar sin pensar en nada más.

Despertó sintiendo gritos a su alrededor y se incorporó con el corazón palpitante pues había tenido sueños extraños.

¿Dónde estoy? Murmuró en voz alta. No podía recordar ni saber qué era ese lugar hasta que se sonrojó al ver que tenía puesto un vestido ligero.

Lo último que recordaba fue haberse quedado dormida en la mesa.

Él debió llevarla a su habitación y quitarle el vestido. O a lo mejor fue la doncella.

Saltó de la cama, pero todavía estaba mareada por el vino y por los recuerdos de la pasada noche. “Sophia, eres tan hermosa, Sophia” le dijo él

mientras besaba y acariciaba su cuerpo con sus besos.

Se sonrojó al recordar que la había desnudado. Sí, había sido él y se quedó mirándola con fijeza, muy serio, como si la visión de su cuerpo desnudo fuera algo abrumador. Y cuando la tomó entre sus brazos respondió a sus besos y gimió porque ahora era ella quien se sentía abrumada por sus caricias y deseaba ser su amante. Oh, cómo pudo llegar tan lejos.

Dio unos pasos por la habitación y entonces recordó el resto de ese encuentro. Él se había detenido a tiempo.

—No puedo hacerlo, si lo hago sería el maldito irlandés como me llaman aquí. No lo haré...—dijo y entonces la ayudó a ponerse ese vestido ligero y luego la abrazó. Un abrazo suave y tan dulce, tan cerca de él que pudo sentir su corazón latir enloquecido, su respiración agitada y su deseo. Su deseo de hacerla suya sin esperar la bendición.

Sophia se miró en el espejo y vio a trasluz que no llevaba ninguna ropa debajo de ese vestido ligero y luego pensó que se veía distinta, ya no era la misma y a pesar de los gritos que se oían desde el corredor recordaba agitada la forma en que respondió a ese caballero, sin pudor y con absoluta entrega. De haberlo intentado ella se habría entregado a él, lo habría hecho, estaba desnuda en esa cama y no había sentido vergüenza como imaginó, sólo un deseo extraño y poderoso.

Ahora debía vestirse, buscar su ropa, los gritos eran cada vez más

airados y de pronto notó que alguien giraba el picaporte de la puerta. Corrió a esconderse asustada, si alguien la encontraba así pensaría lo peor.

Drake house olía a azufre por doquier pues había llegado el hermano de la señorita Sophia a primera hora y desde entonces no había hecho más que gritar, insultar y amenazar al irlandés para que le devolviera a su hermana sana y salva.

El caballero de Kavanagh replicó en tono muy sereno que no pensaba hacer tal cosa.

—Entonces me veré obligado a llamar a la policía, no me obligue a hacerlo. Podemos llegar a un acuerdo. Si devuelve a mi hermana ahora entonces nada de esto se sabrá, tiene mi palabra.

Era la tercera vez que le decía algo como eso y el irlandés se cansó de declinar su ofrecimiento.

—Me casaré con su hermana, señor Carrington. Le di mi palabra a su tía y lo haré.

—Es que yo no quiero que lo haga. ¿No lo entiende? Mi hermana puede aspirar a un mejor partido con usted, perdone mi franqueza, pero jamás lo he considerado un pretendiente adecuado para Sophia, sino todo lo contrario.

—Pero me casaré con ella de todas formas, por eso la he raptado.

—Mi hermana no tiene edad para casarse sin el consentimiento de sus padres y familiares y lo sabe bien. Y le aseguro que en cuanto salga de esta casa usted no tendrá un solo oficial que esté dispuesto a ayudarle con eso.

El caballero, lejos de preocuparse por eso lo miró imperturbable mientras le respondía:

—Es que no espero casarme aquí en estas tierras, lo haré en Irlanda. Me llevaré a Sophia hoy mismo.

—¿Qué se llevará a mi hermana? Sobre mi cadáver hará eso.

—OH, vamos, ¿acaso intenta retarme a duelo, señor Carrington?

La cara larga y filosa de Anthony Carrington era un cuadro y casi comenzaba a sudar profusamente.

—Por supuesto que no, ¿verdad?

Ahora el señor de Richmond sí que estaba enojado.

—Es usted un rufián señor Kavanagh, pero no se saldrá con la suya. Usted ha raptado a mi hermana, pero todo el condado lo sabrá y no tendrá paz. Y le aseguro que cuando sir Gladstone lo sepa también querrá vengarse y convertirá su vida en un infierno. Esto no quedará así.

El irlandés hizo caso omiso a las advertencias.

—Y yo estaré esperándole por supuesto.

Los gritos dejaron de oírse y el caballero se retiró con su séquito de sirvientes, frustrado en su propósito de hacerle cambiar de idea y devolver a

la jovencita que acababa de raptar. Ni muerto, por supuesto.

Pero cuando todo terminó sintió el imperioso deseo de reunirse con su bella cautiva.

Sophia tembló cuando sintió que abrían la puerta con llave.

Apenas tuvo tiempo de cubrirse con el primer vestido que encontró pues no quería que su hermano la viera así. Temblaba al pensar lo que pensaría, lo que le diría.

Pero cuando vio al irlandés su alivio fue inmenso.

—Señorita Sophia... parece asustada.

Ella se sonrojó y retrocedió un poco más.

—Es que oí la voz de mi hermano, señor Kavanagh.

—Pues sí, estuvo aquí hace un momento. Pero no tema, lo he convencido de que lo mejor era que se marchara y nos dejara en paz.

—¿Acaso lo amenazó?

—Sí, pero eso no debe asustarla, señorita Sophia. Todo ha pasado. Fue una discusión algo acalorada, pero creo que entendió que no debe regresar.

—¿Él quiso llevarme de regreso a Winter?

El irlandés vaciló y asintió con un gesto, luego agregó:

—Tranquila, eso no pasará señorita Sophia.

Pero ella no se lo tomó con tanta calma, la presencia de su hermano, sus gritos y amenazas la dejaron crispada. Y también la puerta que era

cerrada con llave al anochecer, como si fuera su prisionera o temiera que ella pudiera huir.

Pasó el día entero en la mansión encerrada mientras su anfitrión salió la mayor parte del día a realizar diligencias para su boda.

La casa era algo extraña sin él, sombría y Sophia recordó las advertencias de su hermana sobre ese lugar y procuró ignorarlas. En cambio, decidió ordenar sus pertenencias y escribir una carta a Alina para darle la tranquilidad de que estaba bien.

Nada malo pasaría.

Sin embargo, le costó un poco escribir esa carta, más de lo que había imaginado y cuando finalmente lo hizo sintió golpes en su puerta y tembló. Era algo extraño que alguien golpeará su puerta de esa forma y se preguntó si acaso no era su hermana que había ido a visitarla, escapada de su casa. Pero no se atrevió a moverse y miró la puerta pensando que era aterrador sentir esos golpes desesperados del otro lado sin saber quién era.

Trató de escapar, pensó en correr, en gritar pidiendo ayuda pues por un momento pensó que era sir Gladstone que había ido a buscarla con la policía.

—Sophia, abre por favor, soy yo, Alina—dijo desesperada.

Era ella, no podía creerlo. Sintió tanto alivio al oír su voz, pero la puerta estaba cerrada con llave y ella no tenía una copia.

—Alina. Eres tú, qué alivio.

—Sí, boba, soy yo. ¿Quién creías? Abre la puerta por favor. Tengo que hablar contigo ahora.

—Es que no tengo las llaves.

—¿Qué no tienes las llaves, grandísima boba?

—Pues no...

—¿Y eso significa que ese demonio te dejó encerrada aquí?

—No me dejó encerrada, es que tuvo que irse y nuestro hermano vino hoy temprano.

—Sophia, espabila por favor, ese hombre está loco, no puede encerrarte, así como si fueras su prisionera.

Su hermana miró a su alrededor y de pronto, sobre la mesa de luz vio dos llaves envueltas en una cinta con una nota. “Estas son las llaves de su habitación, puede salir si lo desea, pero le ruego prudencia, tengo fuertes sospechas de que sir Gladstone vendrá de un momento a otro. No abra la puerta a nadie a menos que esté segura señorita Sophia. He dado órdenes a mis sirvientes de que no dejen entrar a nadie durante mi ausencia, regresaré pasado el mediodía o antes. E. Kavanagh.”

Sophia guardó la nota cuidadosamente y tomó las llaves y fue a abrir la puerta. Le parecía bastante desconcertante que ese mismo día escribiera una carta para su hermana y ella apareciera en persona.

—Alina, ¿qué haces aquí? ¿Por qué vas vestida así?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, lo aprendí de tu enamorado irlandés, a él le encantaba disfrazarse.

Su hermana menor había ido vestida de mucama con un pulcro uniforme.

—Fue idea de tía Amy, ella me ayudó a venir hoy. Espera que te convenza de regresar.

Por eso la habían dejado entrar, la confundieron con una criada. Qué idea tan astuta.

—Alina, no volveré a casa y lo sabes, por qué estás aquí?

Los ojos de su hermana menor se veían tristes y algo hinchados, como si hubiera estado llorado durante horas. Sintió pena por ella por supuesto, pero ¿qué podía hacer? No iba a regresar a su casa.

—Es una locura todo esto, Sophia, nuestro hermano vendrá con la policía, pero cuando Gladstone se entere será mucho peor. Nadie insulta impunemente a un caballero tan poderoso como ese. Tú ni te imaginas lo que hará.

—Alina, por favor, sólo quieres asustarme. No me convencerás de que regrese a Winter Cottage. Ya no. Tomé una decisión al huir con Kavanagh y me despedí de esa vida y también de los miedos que tenía. Tú sabes la razón, sabes que prefería morir a tener que desposarme con ese caballero.

—Sí, por supuesto que lo sé, pero pensé que habías cambiado de idea, no te vi muy segura el día de tu partida. Estabas nerviosa, lo sé, te conozco bien. Por eso he venido. Puedes venir conmigo, te ayudaré a escapar Sophia.

—Es que no quiero escapar. Voy a casarme con el irlandés, tú sabes que hace tiempo que sueño con ello y no pensé que pudiera ser.

—Sophia, no permitirán que te cases con él, no pueden casarse sin el consentimiento de nuestro hermano, debes saberlo. Esa boda jamás podrá realizarse.

Ella tragó saliva y sintió deseos de llorar.

—Pues no me importa eso, sé que Ephraim no se rendirá, lo único que me detenía era pensar que sus sentimientos por mí no eran profundos, pero ahora sé qué hará todo lo que esté a su alcance para convertirme en su esposa —dijo Sophia.

—No te dejarán casarte con él, nuestro hermano está furioso y hará lo que sea... acudió a la policía y denunciarán al irlandés por raptó de una joven de buena familia. Irá a prisión, ¿no lo entiendes? Debes impedir eso. Hazlo por él.

Sophia se asustó cuando dijo eso.

—Alina, lo que dices es muy grave, muy serio. Tratas de asustarme para que abandone al señor Kavanagh, pero no lo haré.

—Eres una necia, ¿crees que busco asustarte? ¿Acaso prefieres

convertirte en la mujer de un hombre sin poder ser nunca su esposa? Tu reputación quedará arruinada para siempre y nunca más tendrás la estima y el respeto de la buena sociedad, Sophia. Piénsalo con calma.

—Pues no tengo nada que pensar. Nadie arrestará a Ephraim, no lo permitiré, lo que dices es absurdo. Yo no he sido raptada, estoy aquí porque deseo estar aquí y se lo diré a la policía si acaso nuestro hermano llega tan lejos.

—Quedarás marcada si lo haces.

—Pues no me importa. Lo prefiero a vivir una vida infeliz junto a Gladstone, forzada a una boda por un acuerdo familiar.

Alina guardó silencio y comprendió que había perdido la partida, Sophia no se rendiría, no aceptaría regresar a Winter Cottage. Algo había cambiado en ella, ya no era la joven tímida y asustadiza y estaba empeñada en casarse con el irlandés y si no lo lograba, pues tampoco le importaba ser su amante. Vaya, eso último le sorprendía, su hermana mayor siempre había sido tan seria, tan cuidadosa de su reputación.

—Sophia—iba a hablarle, iba a decirle que estaba cometiendo un error, pero supo que perdería el tiempo. Ella estaba decidida a salirse con la suya y no abandonaría a Kavanagh.

—Está bien, tú ganas. Sólo vine a avisarte que... Sophia, tienes que irte de Devonshire ahora. Debes marcharte. No puedes quedarte aquí. Nuestro

hermano está furioso y creo que perdió el juicio, y si no puede convencerte te encerrará en un lugar y dirá a todos que te volviste loca.

Sophia se asustó mucho cuando dijo eso, porque en verdad que lo creía capaz.

—¡Irnos de aquí... pero Ephraim no está, tuvo que salir.

—Entonces escóndete en esta casa, busca un lugar porque vendrán por ti hoy, Sophia, hoy o mañana. Están luchando para que nada de esto se sepa, pero creo que nuestro hermano habló en secreto con sir Gladstone. Necesita su ayuda para acusar al irlandés, ellos dirán que fuiste raptada contra tu voluntad para salvar tu reputación y luego tratarán de convencerte, de extorsionarte para que te cases con Gladstone a cambio de que no sea enviado a prisión.

—¿Esconderme? —replicó Sophia aturdida y comenzó a caminar por la habitación nerviosa.

—Sí, debes esconderte, esta habitación no es muy segura, habla con algún criado pídele que te ayuden a buscar un lugar mejor.

Sophia se detuvo.

—Debo avisarle al irlandés, debo pedirle que le avisen—murmuró y tiró del cordel con energía. Los nervios la consumían y estaba al borde de las lágrimas, no permitiría que acusaran a Kavanagh, que lo enviaran a prisión.

Pero no acudió una doncella como esperaba sino Ephraim.

—Sophia, ¿qué sucede? ¿Por qué estáis llorando? —le preguntó.

—Oh Ephraim, habéis regresado—balbuceó.

Entonces fue el turno de Alina explicar la razón de su visita y por qué estaba disfrazada de sirvienta.

El irlandés miró a Alina sin ocultar su disgusto.

—¿Habéis venido a avisarle a Sophia o a intentar convencerla de que regrese a casa? —preguntó.

La jovencita se puso colorada.

—Eso no es verdad, vine a ayudar, necesitaba advertirles.

—¿De veras? ¿Y por qué el disfraz? ¿Por qué no me buscaste para hablar sobre ello? Tu hermano estuvo hoy a primera hora.

Alina demoró en responder.

—Porque temí que no me creyerais, que no me dejarais entrar.

Los ojos del irlandés brillaban de rabia.

—Todos vosotros, los Carrington, son traicioneros y ladinos. Excepto Sophia, ella es un ángel, un ángel en medio de tanta maldad y oscuridad.

Alina lo miró molesta, pues en realidad él era la oscuridad.

—Pues temo que tendrá que confiar en mí, señor Kavanagh. Mi hermano no permitirá que se case con Sophia, irá a la policía y lo acusará de rapto.

Ephraim escuchó el siniestro plan de la familia Carrington sin

inmutarse y mirando a Sophia le pidió que tuviera calma.

—Tu hermana ha venido a asustarte preciosa, a eso vino. No busca ayudarte, sólo quiere ayudar a vuestro siniestro hermano y su malvado pretendiente Gladstone.

Sophia se sonrojó, quería mucho a su hermana y ciertamente que no la creía capaz de tal cosa.

—Pero no temas preciosa, pronto nos iremos de aquí. Nunca esperé quedarme en Drake house y lo sabes. Me quedé por ti, pues hace algún tiempo que quería vender esta propiedad y regresar a mi tierra. Fue mala idea venir excepto por haberte conocido.

Esas palabras alarmaron a Alina.

—¿Os llevaréis a Sophia? ¿Pero a dónde? ¿Acaso regresaréis a Irlanda?

El irlandés no respondió a eso y le pidió a su futura cuñada que regresara a su cottage.

—Ya habéis asustado a Sophia de mil formas, dejadnos en paz ahora, Alina.

La jovencita no replicó y Sophia habría querido retenerla, decirle que debía encontrar una escolta que la llevara de regreso al cottage.

—Déjala. Seguro habrá traído sirvientes que la esperan en los jardines —dijo su prometido.

Sophia se quedó mal por todo lo que había pasado y muy afectada al

pensar que su hermano podía llevar a la policía y se lo dijo.

—No temas Sophia, dudo mucho que lo hagan, no resistirían el escándalo. Tu hermana sólo busca asustarte, preciosa. Quiso asustarte para que regresaras a casa y me dejaras aquí. Me pregunto si no fue tu hermano quien lo planeó todo desde el principio. No confío en tu familia, antes Alina era distinta, pero a lo último cambió. Quizás por lealtad a los suyos. Aunque en realidad recuerdo que ella quiso convencerte de que no te fueras la última vez.

Sophia tuvo la sensación de que él le restaba importancia, que no sentía que hubiera un verdadero peligro.

Pero ella pasó el resto del día nerviosa, inquieta, cualquier sonido la sobresaltaba como si esperara que su hermano o sir Gladstone llegaran de un momento a otro rodeados de agentes. En vano el irlandés le dijo que no debía estar asustada, cuando llegó la noche Sophia sintió que la casa se llenaba de sombras y susurros.

Alina le había advertido que había algo extraño en esa casa, algo sombrío y esa noche durante la cena casi tuvo la sensación de que había un fantasma silencioso observándolos desde un rincón.

—¿Lo ves? No pasó nada, querida. Sólo querían asustarte—dijo su prometido mirándola con fijeza.

Sophia no se sentía nada tranquila, ese día había sufrido lo indecible

pensando que en cualquier momento irían a buscarlos.

—¿Crees que no vendrán?

—Bueno, eso no me preocupa, ángel, me preocupas tú. Temo que has quedado muy afectada por la visita de vuestra hermana.

Sophia asintió en silencio y él objetó: —No has probado tu cena, preciosa.

—Es que no tengo apetito—replicó.

—Debes comer, Sophia, no quiero que enfermes.

Ella sonrió.

—No enfermaré, jamás lo hago.

—Pero el médico fue a visitarte hace días.

Su mirada cambió cuando le dijo eso.

—Es que me encerraron y sufrí una crisis de nervios. No quería comer, ni quería vivir si me quitaban la última esperanza de ser feliz—dijo y su voz se quebró.

Él se acercó y tomó su mano y la besó.

—No llores, todo estará bien ahora. Jamás iba a dejarte, ¿acaso creías que tu familia me alejaría de ti? Fueron tan crueles al dejarte encerrada. Iba todos los días a Winter cottage, pero no me dejaban entrar. Inventaban excusas. Pero yo no iba a rendirme, Sophia, siempre estuve allí y cuando supe que el doctor había ido a verte porque estabas enferma me desesperé.

Jamás imaginé que serían tan crueles contigo. Y no permitiré que se acerquen a ti ni te hagan daño, nunca más preciosa. Ahora tranquila, nadie va a separarte de mí ahora. No tengas miedo, y come algo, has estado convaleciente y no quiero que sufras una recaída.

Sophia comprendió que debía obedecer, no tenía alternativa, pero no llegó ni a comer un tercio del pastel de pollo y patatas, pero sí bebió un sorbo de vino y sintió que tenía sed.

Necesitaba beberse esa copa y lo hizo sin pensar.

Él la observó con fijeza, como si estuviera enfadado y Sophia bajó la mirada incómoda.

—Pensé que vuestra hermana os llevaría hoy—le confesó.

Ella se sonrojó y trémula balbuceó:

—Oh, no es verdad.

—Tuve miedo de perderte preciosa. En un instante temí que cambiaras de parecer y reconsideraras regresar a tu casa para evitar el escándalo.

Sophia tembló al oír sus palabras.

—Y crees que me importa el qué dirán? Nunca me ha importado los rumores ni las habladurías del condado.

Ephraim sonrió y su expresión oscura se suavizó despacio.

—¿Y si fuera cierto? ¿Si en verdad soy ese demonio que todos pintan?
¿No os da miedo el futuro incierto que os aguarda a mi lado en Kavanagh?

Sophia dijo que no le importaba.

—A menos que desees que regrese a mi casa, si ese es vuestro deseo me iré Ephraim—replicó luego con calor.

El irlandés se puso serio.

—Sophia, sabes que nunca querría eso. Tu eres mía y no podría vivir si me abandonararas, no podría soportarlo—dijo.

Sophia tembló al sentir su mirada porque sabía lo que significaba. Ella sentía lo mismo, sabía que moriría si no podía casarse con él, si su familia la llevaba a la fuerza de Drake house. Inquieta bebió de su copa de vino sintiendo que su calor la quemaba por dentro. Su calor y su mirada parecía traspasarla y tembló al sentir que ella sentía lo mismo en su corazón.

Dejó la copa y olvidó que había prometido terminarse todo el plato, no llegó ni a la mitad.

Y de pronto, sin mediar palabra tomó su mano y la llevó hasta su habitación.

Sólo cuando llegaron frente a ella le dijo: —Debes descansar, nos espera un largo viaje mañana.

Ella lo miró perpleja y él avanzó con paso lento y de pronto la tomó entre sus brazos ahogando un gemido que brotó de sus labios en el instante en que la besó. Y envuelta en sus brazos, atrapada por su calor y por sus besos, Sophia se sintió tentada y mareada, sin saber cuándo debía pedirle que se

detuviera porque no era correcto. En verdad que estar entre sus brazos le daba tanta calma y bienestar. Habría deseado quedarse allí para siempre. No quería que la liberara, no quería tener que detenerle, sus besos eran tan dulces y ese abrazo tan reconfortante y tierno, que respondió a sus besos sin pudor, como si no fuera ella misma, como si él hubiera despertado algo dormido largo tiempo en su ser. Algo que no sabía que era, pero podía sentirlo.

Entonces fue él quien se detuvo y la miró algo avergonzado por haberse dejado llevar.

—Preciosa, lo siento... no debí hacerlo, pero no pude resistirme—le confesó y besó sus manos en son de despedida mientras se alejaba de ella sin dejar de mirarla.

Sophia habría deseado rogarle que se quedara, pero sabía que no era correcto y se quedó allí mirándole en la penumbra de su habitación, con el corazón palpitante y un anhelo insatisfecho.

Partieron una semana después a Kavanagh. Sophia apenas tuvo tiempo de garabatear un mensaje para su hermana antes de marcharse. Esperaba recibir muy pronto su visita en el condado de Clare. Eso decía su carta, pero no estaba segura de que llegara a sus manos. Todo era tan incierto. Sólo sabía que su familia no había aceptado la petición del irlandés y seguía oponiéndose a la boda. Su hermano le escribió una misiva instándola a huir

de Drake house pues si insistía en esa boda dejaría de ser parte de la familia Carrington para siempre. La carta la llenó de rabia y angustia. Era una condena al destierro y a ser olvidada para siempre por su familia y no podía creer que fueran tan crueles, que no comprendieran que sólo el amor movía sus acciones, el amor que sentía por el irlandés y sabía era correspondido.

Cuando su prometido vio la carta se enfureció y no dijo nada, pero esa noche durante la cena le dijo que viajarían a Clare la semana entrante.

Sophia lo miró sorprendida pero no dijo nada. Sabía que se marcharían, pero no esperaba que fuera tan pronto.

Ahora, enfrentada al viaje se sintió menos valiente que antes y con algunas dudas. Y de pronto, mientras el carruaje emprendía el largo viaje hasta el puerto de Devon le preguntó qué pasaría con Drake house.

—Creo que alquilaré esta propiedad hasta que logre venderla. No deseo regresar aquí, en verdad que estaba haciendo planes de marcharme cuando te conocí en esa fiesta y tuve la única excusa razonable para quedarme.

Sophia sonrió y él tomó sus manos y le dio un beso fugaz mientras le decía muy serio: nos casaremos en cuanto lleguemos a Kavanagh, Sophia. Os haré mi esposa.

Era un sueño por supuesto, era su más anhelado sueño, pero no pudo evitar sentir tristeza cuando abandonaron el condado y viajaron hasta Kinsley, en Clare. Fue una dura travesía por mar y tuvieron que esperar un

día entero para embarcar pues las aguas estaban agitadas.

Cuando finalmente llegaron a la mansión de Kavanagh en Kinsley Sophie se sintió tan extraña y mareada por el viaje, casi enferma, pero no dijo nada. La visión de la mansión rodeada de una bruma otoñal le resultó bella sin embargo.

Avanzó por el sendero de grava tomada de su mano, contemplando el paisaje agreste y circundante de lagos y bosques repletos de fresnos y alerces, pero la casa atrajo nuevamente su mirada. Era una antigua construcción de piedra rodeada de espesa vegetación, tan cubierta de niebla que le daba un aspecto casi fantasmal. Su nuevo hogar, el lugar donde se casarían y nacerían sus hijos... Le costaba imaginar a ese lugar con niños correteando a su alrededor.

—Sophia, os sentís bien?

Ella asintió. Su prometido parecía preocupado.

—Os veo algo pálida.

—Estoy bien, sólo un poco cansada.

Él la abrazó aprovechando que se habían quedado a solas en el portal. Necesitaba sentir su calor, de pronto esa niebla parecía rodearla y hacerla tiritar.

Su prometido le sonrió y le robó un beso fugaz.

—Bienvenida a casa, ángel, bienvenida a Kavanagh, tu nuevo hogar—

le dijo él muy serio.

Sophia sonrió feliz y por primera vez desde su partida se sintió a salvo de las maquinaciones de su familia y del pretendiente desairado. Una nueva vida comenzaba en Irlanda, en la mansión de Kavanagh y estaba lista para aceptar ese desafío.